
LIBRO SEGUNDO.

EUTERPE.

Antes de pasar Herodoto a referir la conquista de Egipto por Cambyses, hijo de Cyro, que reserva para el libro siguiente, traza en este segundo una descripción topográfica del Egipto. -El Nilo, su origen, extensión y avenidas. -Costumbres civiles y religiosas de los Egipcios. -Hércules. -Animales sagrados. -Métodos de embalsamar los cadáveres. -Reyes antiguos de Egipto: Menes, Nitocris, Meris. Sesostris, sus conquistas, repartición del Egipto. -Proteo hospeda en Menfis a Helena, robada por Alejandro, entretanto que los Griegos destruyen a Troya. -Rampsinito. -Quéope obliga a los Egipcios a construir las pirámides. -Micerino manda abrir los templos. -Invasión de los Etíopes. -Seton, sacerdote

y rey. -Cronología de los Egipcios. -División del Egipto en doce artes. -El Laberinto. -Psamético se apodera de todo el Egipto: su descendencia: Neco, Psamis, Apries. -Amasis vence a Apries y con su buena administración hace prosperar al Egipto.

Después de la muerte de Cyro, tomó el mando del imperio su hijo Cambyses, habido en Casandana, hija de Farnaspes, por cuyo fallecimiento, mucho antes acaecido, había llevado Cyro y ordenado en todos sus dominios el luto más riguroso. Cambyses, pues, heredero de su padre, contando entre sus vasallos a los Jonios y a los Eólios, llevó estos Griegos, de quienes era señor, en compañía de sus demás súbditos, a la expedición que contra el Egipto dirigía.

II. Los Egipcios vivieron en la presunción de haber sido los primeros habitantes del mundo, hasta el reinado de Psamético¹. Desde entonces, cediendo este honor a los Frigios, se quedaron ellos en su concepto con el de segundos. Porque queriendo aquel Rey averiguar cuál de las naciones había sido realmente la más antigua, y no hallando medio ni

¹ Reinaba Psamético por los años del mundo 3300, casi 700 antes de Jesucristo.

camino para la investigación de tal secreto, echó mano finalmente de original invención. Tomó dos niños recién nacidos de padres humildes y vulgares, y los entregó a un pastor para que allá entre sus apriscos los fuese criando de un modo desusado, mandándole que los pusiera en una solitaria cabaña, sin que nadie delante de ellos pronunciara palabra alguna, y que a las horas convenientes les llevase unas cabras con cuya leche se alimentaran y nutrieran, dejándolos en lo demás a su cuidado y discreción. Estas órdenes y precauciones las encaminaba Psamético al objeto de poder notar y observar la primera palabra en que los dos niños al cabo prorumpiesen, al cesar en su llanto e inarticulados gemidos. En efecto, correspondió el éxito a lo que se esperaba. Transcurridos ya dos años en expectación de que se declarase la experiencia, un día, al abrir la puerta, apenas el pastor había entrado en la choza, se dejaron caer sobre él los dos niños, y alargándole sus manos, pronunciaron la palabra *becos*. Poco o ningún caso hizo por la primera vez el pastor de aquel vocablo; mas observando que repetidas veces, al irlos a ver y cuidar, otra voz que *becos* no se les oía, resolvió dar aviso de lo que pasaba a su amo y señor, por cuya orden, juntamente con los niños,

pareció a su presencia. El mismo Psamético, que aquella palabra les oyó, quiso indagar a qué idioma perteneciera y cuál fuese su significado, y halló por fin que con este vocablo se designaba el pan entre los Frigios². En fuerza de tal experiencia cedieron los Egipcios de su pretensión de anteponerse a los Frigios en punto de antigüedad.

III. Que pasase en estos términos el acontecimiento, yo mismo allá en Memfis lo oía de boca de los sacerdotes de Vulcano, si bien los Griegos, entre otras muchas fábulas y vaciedades, añaden que Psamético, mandando cortar la lengua a ciertas mujeres, ordenó después que a cuenta de ellas corriese

² Cuando este experimento tan raro no fuera tan fabuloso como lo es a juicio de Herodoto el que refiero en seguida, no basta a demostrar cuál haya sido la nación más antigua del mundo. Es evidente que si los hombres tuviesen una lengua natural, sería esta innata en todos los pueblos, como los afectos y pasiones: y no lo es menos que todo idioma es solo una invención arbitraria y artificial, pues entre los objetos y los sonidos con que el hombre los designa no hay otra relación o correspondencia que la que los pueblos se convinieron en darle, si se exceptúan las interjecciones comunes a todos y que por sí no forman sentido. Déjese a los antiguos filósofos el investigar si el hombre salió mudo de la tierra o cuál sería su idioma en el estado de naturaleza; pues absurdas son entre los modernos estas disputas, cuando la revelación nos enseña que las lenguas han tenido dos veces a Dios por autor y maestro.

la educación de las dos criaturas; mas lo que llevo arriba referido es cuanto sobre el punto se me decía. Otras noticias no leves ni escasas recogí en Memfis conferenciando con los sacerdotes de Vulcano; pero no satisfecho con ellas, hice mis viajes a Tebas y a Heliópolis con la mira de ser mejor informado y ver si iban acordes las tradiciones de aquellos lugares con las de los sacerdotes de Memfis, mayormente siendo tenidos los de Heliópolis, como en efecto lo son, por los más eruditos y letrados del Egipto. Mas respecto a los arcanos religiosos, cuales allí los oía, protesto desde ahora no ser mi ánimo dar de ellos una historia, sino sólo publicar sus nombres, tanto más, cuanto imagino que acerca de ellos todos nos sabemos lo mismo³. Añado, que cuanto en este punto voy a indicar, lo haré únicamente a más no poder, forzado por el hilo mismo de la narración.

IV. Explicábanse, pues, con mucha uniformidad aquellos sacerdotes, por lo que toca a las cosas públicas y civiles. Decían haber sido los Egipcios los primeros en la tierra que inventaron la descripción del año, cuyas estaciones dividieron en doce partes

³ Ignoro lo que pretenda significar el autor con estas palabras, sino que sea una misma la mitología griega y egipcia, o que no sea dable a nadie penetrar el sentido de ella.

o espacios de tiempo, gobernándose en esta economía por las estrellas. Y en mi concepto, ellos aciertan en esto mejor que los Griegos, pues los últimos, por razón de las estaciones, acostumbran intercalar el sobrante de los días al principio de cada tercer año; al paso que los Egipcios, ordenando doce meses por año, y treinta días por mes, añaden a este cómputo cinco días cada año, logrando así un perfecto círculo anual con las mismas estaciones que vuelven siempre constantes y uniformes. Decían asimismo que su nación introdujo la primera los nombres de los doce dioses que de ellos tomaron los Griegos⁴; la primera en repartir a las divinidades sus aras, sus estatuas y sus templos; la primera en esculpir sobre el mármol los animales, mostrando allí muchos monumentos en prueba de cuanto iban diciendo. Añadían que Menes fue el primer hombre que reinó en Egipto; aunque el Egipto todo fuera del *Nomo*⁵ *Tebano*, era por aquellos tiempos un puro cenagal, de suerte que nada parecía entonces

⁴ Estos doce dioses, según Ennio los comprende en dos versos, son:

Juno, Vesta, Minerva, Céres, Diana, Venus, Mars,
Mercurius, Jove, Neptunus, Vulcanus, Apollo.

⁵ *Nomo* equivalía a provincia o distrito, y recibía el nombre de su metrópoli o capital

de cuanto terreno al presente se descubre más abajo del lago Meris, distante del mar siete días de navegación, subiendo el río.

V. En verdad que acerca de este país discurrían ellos muy bien, en mi concepto; siendo así que salta a los ojos de cualquier atento observador, aunque jamás lo haya oído de antemano, que el Egipto es una especie de terreno postizo, y como un regalo del río mismo, no solo en aquella playa a donde arriban las naves griegas, sino aun en toda aquella región que en tres días de navegación se recorre más arriba de la laguna Meris; aunque es verdad que acerca del último terreno nada me dijeron los sacerdotes. Otra prueba hay de lo que voy diciendo, tomada de la condición misma del terreno de Egipto, pues si navegando uno hacia él echare la sonda a un día de distancia de sus riberas, la sacará llena de lodo de un fondo de once *orgias*⁶. Tan claro se deja ver que hasta allí llega el poso que el río va depositando.

VI. La extensión del Egipto a lo largo de sus costas, según nosotros lo medimos, desde el golfo Plintinetes hasta la laguna Sorbónida, por cuyas cer-

⁶ La *orgia* en Herodoto es medida de 4 codos o de 6 pies, y de 10 según Plinio, quizá no se traduciría mal por *braza* en castellano.

canías se dilata el monte Casio, no es menor de 60 *schenos*. Uso aquí de esta especie de medida por cuanto veo que los pueblos de corto terreno suelen medirlo por *orgías*; los que lo tienen más considerable, por *estadios*,⁷ los de grande extensión, por *parasangas*, y los que lo poseen excesivamente dilatado, por *schenos*. El valor de estas medidas es el siguiente: la *parasanga* comprende treinta *estadios*, y el *scheno*, medida propiamente egipcia, comprende hasta sesenta. Así que lo largo del Egipto por la costa del mar es de 3.600 *estadios*.

VII. Desde las costas penetrando en la tierra hasta que se llega a Heliópolis, es el Egipto un país bajo, llano y extendido, falto de agua, y de suyo cenagoso. Para subir desde el mar hacia la dicha Heliópolis, hay un camino que viene a ser tan largo como el que desde Atenas, comenzando en el *Ara de los doce Dioses*, va a terminar en Pisa en el templo de Júpiter Olímpico, pues si se cotejasen uno y otro camino, se hallaría ser bien corta la diferencia entre los dos, como solo de 45 estadios, teniendo el que va desde el mar a Heliópolis 1.500 cabales, faltando 15 para este número al que una a Pisa con Atenas.

⁷ El *estadio* consta de 125 pasos o de 625 pies.

VIII. De Heliópolis arriba es el Egipto un angosto valle. Por un lado tiene la sierra de los montes de Arabia, que se extiende desde Norte al Mediodía y al viento Noto, avanzando siempre hasta el mar Eritrheo; en ella están las canteras que se abrieron para las pirámides de Memfis. Después de romperse en aquel mar, tuerce otra vez la cordillera hacia la referida Heliópolis, y allí, según mis informaciones, en su mayor longitud de Levante a Poniente viene a tener un camino de dos meses, siendo su extremidad oriental muy feraz en incienso. He aquí cuanto de este monte puedo decir. Al otro lado del Egipto, confinante con la Libia, se dilata otro monte pedregoso, donde están las pirámides, monte encubierto y envuelto en arena, tendiendo hacia Mediodía en la misma dirección que los opuestos montes de la Arabia. Así, pues, desde Heliópolis arriba, lejos de ensancharse la campiña, va alargándose como un angosto valle por cuatro días⁸ enteros de navegación, en tanto grado, que la llanura encerrada entre las dos sierras, la Líbica y la Arábica, no tendrá a mi parecer más allá de 200 estadios en su mayor estre-

⁸ Si el número de cuatro días no es error de los copistas, será una equivocación del autor, pues según convence la expe-

chura, desde la cual continúa otra vez ensanchándose el Egipto.

IX. Esta viene a ser la situación natural de aquella región. Desde Heliópolis hasta Tebas se cuentan nueve días de navegación, viaje que será de 4.860 estadios, correspondientes a 81 schenos: sumando, pues, los estadios que tiene el Egipto, son: 3.600 a lo largo de la costa, como dejo referido; desde el mar hasta Tebas tierra adentro 6.120⁹, y 1.800, finalmente, de Tebas a Elefantina.

X. La mayor parte de dicho país, según decían los sacerdotes, y según también me parecía, es una tierra recogida y añadida lentamente al antiguo Egipto. Al contemplar aquel valle estrecho entre los dos montes que dominan la ciudad de Memphis, se me figuraba que habría sido en algún tiempo un seno de mar¹⁰, como lo fue la comarca de Ilion, la de Teutrania, la de Efeso y la llanura del Meandro, si no desdice la comparación de tan pequeños efectos

riencia, se necesitan más jornadas para recorrer lo angosto del país.

⁹ Esta suma, equivocada sin duda, debe ser 6.360 estadios.

¹⁰ Tal opinión, si se atiende a la poca alteración de aquel terreno en el espacio de 2.000 años, debe reputarse por fábula egipcia, y solo puede hallar cabida en la fantástica imagina-

con aquel tan admirable y gigantesco. Porque ninguno de los ríos que con su poso llegaron a cegar los referidos contornos es tal y tan grande, que se pueda igualar con una sola boca de las cinco¹¹ por las que el Nilo se derrama. Verdad es que no faltan algunos que sin tener la cuantía y opulencia del Nilo, han obrado, no obstante, en este género grandiosos efectos, muchos de los cuales pudiera aquí nombrar, sin conceder el último lugar al río Aque-loó, que corriendo por Acarnia y desaguando en sus costas, ha llegado ya a convertir en tierra firme la mitad de las islas Equinadas.

XI. En la región de Arabia, no lejos de Egipto, existe un golfo larguísimo y estrecho, el cual se mete tierra adentro desde el mar del Sud, o Erithreo¹²; golfo tan largo que, saliendo de su fondo y navegándole a remo, no se llegará a lo dilatado del Océano hasta cuarenta días de navegación y tan estrecho, por otra parte, que hay paraje en que se le atraviesa en medio día de una a otra orilla; y siendo

ción del que se forje un mundo entero, viviente, expuesto a continuas alteraciones y a palingenias periódicas.

¹¹ El autor solo da al Nilo cinco bocas, omitiendo las dos que abrió la industria del hombre.

¹² Así es llamado entre los y antiguos el mar del Sud desde la Arabia hasta la India.

tal, no por eso falta en él cada día su flujo y reflujo concertado. Un golfo semejante a éste imagino debió ser el Egipto que desde el mar Mediterráneo se internara hacia la Etiopía, como penetra desde el mar del Sud hacia la Siria aquel golfo arábigo de que volveremos a hablar. Poco faltó, en efecto, para que estos dos senos llegasen a abrirse paso en sus extremos, mediando apenas entre ellos una lengua de tierra harto pequeña que los separa. Y si el Nilo quería torcer su curso hacia el golfo Arábigo, ¿quién impidiera, pregunto, que dentro del término de veinte mil años a lo menos, no quedase cegado el golfo con sus avenidas? Mi idea por cierto es que en los últimos diez mil años que precedieron a mi venida al mundo, con el poso de algún río debió quedar cubierta y cegada una parte del mar. ¿Y dudaremos que aquel golfo, aunque fuera mucho mayor, quedase lleno y terraplenado con la avenida de un río tan opulento y caudaloso como el Nilo?

XII. En conclusión, yo tengo por cierta esta lenta y extraña formación del Egipto, no sólo por el dicho de sus sacerdotes, sino porque vi y observé que este país se avanza en el mar más que los otros con que confina, que sobre sus montes se dejan ver

conchas y mariscos¹³, que el salitre revienta de tal modo sobre la superficie de la tierra, que hasta las pirámides va consumiendo, y que el monte que domina a Memphis es el único en Egipto que se vea cubierto de arena. Añádase a lo dicho que no es aquel terreno parecido ni al de la Arabia comarcana, ni al de la Libia, ni al de los Sirios, que son los que ocupan las costas del mar Árabe; pues no se ve en él sino una tierra negruzca y hendida en grietas, como que no es más que un cenagal y mero poso que, traído de la Etiopía, ha ido el río depositando, al paso que la tierra de Libia es algo roja y arenisca, y la de la Arabia y la de Siria es harto gredosa y bastante petrificada.

XIII. Otra noticia me referían los sacerdotes, que es para mí gran conjetura en favor de lo que voy diciendo. Contaban que en el reinado de Meris, con tal que creciese el río a la altura de ocho codos, bastaba ya para regar y cubrir aquella porción de

¹³ Las conchas halladas a gran distancia del mar; las plantas exóticas petrificadas en países diversos del que las produjo; los elefantes desenterrados en la Siberia, ¿no son otros tantos testimonios permanentes que deponen a favor de la narración de Moisés y del gran trastorno producido por el diluvio universal? Pero los sabios del siglo desprecian la re-

Egipto que está más abajo de Memfis; siendo notable que entonces no habían trascurrido todavía novecientos años desde la muerte de Meris. Pero al presente ya no se inunda aquella comarca cuando no sube el río a la altura de dieciseis codos, o de quince por lo menos. Ahora bien; si va subiendo el terreno a proporción de lo pasado y creciendo más y más de cada día, los Egipcios que viven más abajo de la laguna Meris, y los que moran en su llamado Delta¹⁴, si el Nilo no inundase sus campos, en lo futuro, están a pique de experimentar en su país para siempre los efectos a que ellos decían, por burla, que los Griegos estarían expuestos alguna vez. Sucedió, pues, que oyendo mis buenos Egipcios en cierta ocasión que el país de los Griegos se baña con agua del cielo, y que por ningún río como el suyo es inundado, respondieron el disparate, «que si tal vez les salía mal la cuenta, mucho apetito tendrían los Griegos y poco que comer.» Y con esta burla significaban, que si Dios no concedía lluvias a estos pueblos en algún año de sequedad que les en-

velación, y van a buscar en las fábulas orientales la base de un nuevo sistema de la naturaleza.

¹⁴ Delta es aquella porción del Egipto desde el Cairo hacia el Mediterráneo, encerrada en los dos brazos del Nilo que van el uno a Alejandría y el otro a Damiatá.

viara, perecerían de hambre sin remedio, no pudiendo obtener agua para el riego sino de la lluvia que el cielo les dispensara.

XIV. Bien está: razón tienen los Egipcios para hablar así de los Griegos; pero atiendan un instante a lo que pudiera a ellos mismos sucederles¹⁵. Si llegara, pues, el caso en que el país de que hablaba, situado más debajo de Memphis, fuese creciendo y levantándose gradualmente como hasta aquí se levantó, ¿qué les quedará ya a los Egipcios de aquella comarca sino afinar bien los dientes sin tener dónde hincarlos? Y con tanta mayor razón, por cuanto ni la lluvia cae en su país, ni su río pudiera entonces salir de madre para el rico de los campos. Mas por ahora no existe gente, no ya entre los extranjeros, sino entro los Egipcios mismos, que recoja con menor fatiga su anual cosecha que los de aquel distrito. No tienen ellos el trabajo de abrir y surcar la tierra con el arado, ni de escardar sus sembrados, ni de prestar ninguna labor de las que suelen los demás labradores en el cultivo de sus cosechas, sino que, saliendo el río de madre sin obra humana y retirado

¹⁵ Nuestro autor participa más del gusto y animación de un viajante que de la seriedad de un historiador severo; y reina

otra vez de los campos después de regarlos, se reduce el trabajo a arrojar cada cual su sementera, y meter en las tierras rebaños para que cubran la semilla con sus pisadas. Concluido lo cual, aguardan descansadamente el tiempo de la siega, y trillada su parva por las mismas bestias, recogen y concluyen su cosecha.

XV. Si quisiera yo adoptar la opinión de los Jonios acerca del Egipto, probaría aún que ni un palmo de tierra poseían los Egipcios en la antigüedad. Reducen los Jonios el Egipto propiamente dicho, al país de Delta, es decir, al país que se extiende a lo largo del mar por el espacio de cuarenta schenos, desde la atalaya llamada de Perseo hasta el lugar de las Taricheas Pelusianas y que penetra tierra adentro hasta la ciudad de Cercasoro, donde el Nilo se divide en dos brazos que corren divergentes hacia Pelusio y hacia Canopo; el resto de aquel reino pertenece, según ellas, parte a la Libia, parte a la Arabia. Y siendo la Delta, en su concepto como en el mío, un terreno nuevo y adquirido, que salió ayer de las aguas por decirlo así, ni aun lugar tendrían los primitivos Egipcios para morir y vivir. Y entonces,

en su obra cierto tono de jocosidad que en algunos pasajes he procurado conservar.

¿a qué el blasón o hidalguía que pretenden de habitantes del mundo más antiguos? ¿A qué la experiencia verificada en sus dos niños para observar el idioma en que por sí mismos prorrumiesen? Mas no soy en verdad de opinión que al brotar de las olas aquella comarca llamada Delta por los jonios, levantasen al mismo tiempo los Egipcios su cabeza. Egipcios hubo desde que hombres hay, quedándose unos en sus antiguas mansiones, avanzando otros con el nuevo terreno para poblarlo y poseerlo.

XVI. Al Egipto pertenecía ya desde la antigüedad la ciudad de Tebas, cuyo ámbito es de 6.120 estadios. Yerran, pues, completamente los Jonios, si mi juicio es verdadero.

Ni ellos ni los Griegos, añadiré, aprendieron a contar, si por cierta tienen su opinión. Tres son las partes del mundo, según confiesan: la Europa, el Asia y la Libia¹⁶; mas a estas debieran añadir por cuarta la Delta del Egipto, pues que ni al Asia ni a la Libia pertenece, por cuanto el Nilo, único que pudiera deslindar estas regiones, va a romperse en dos corrientes en el ángulo agudo de la Delta, quedando

¹⁶ La Libia de Herodoto es el África entera de los latinos, quienes sólo daban el nombre de Libia a aquella porción de

de tal suerte aislado este país entre las dos partes del mundo con quienes confina.

XVII. Pero dejemos a los Jonios con sus cavilaciones, que para mí todo el país habitado por Egipcios, Egipto es realmente, por tal debe ser reputado, así como de los Cilicios trae su nombre la Cilicia, y la Asiria de los Asirios, ni reconozco otro límite verdadero del Asia y de la Libia que el determinado por aquella nación. Mas si quisiéramos seguir el uso de los Griegos, diremos que el Egipto, empezando desde ha cataratas¹⁷ y ciudad de Elefantina, se divide en dos partes que lleva cada una el nombre del Asia o de la Libia que la estrecha. Empieza el Nilo desde las cataratas a partir por medio el reino, corriendo al mar por un solo cauce hasta la ciudad de Cercaroso; y desde allí se divide en tres corrientes o bocas diversas¹⁸ hacia Levante la Pelusia, la Canobica hacia

la península que desde la Etiopía se extiende hacia el Océano Atlántico y mar Mediterráneo.

¹⁷ Los antiguos contaban dos de estos altos derrumbaderos por donde se precipita el Nilo: la catarata menor cerca de Elefantina en el confín de Egipto, y la mayor dentro de la Etiopía.

¹⁸ No es fácil concordar las descripciones de los antiguos, acerca de la madre principal del Nilo y de sus cauces naturales y artificiales, y sustituir con los nombres modernos los que entonces tenían. Sábese únicamente que la boca Canobi-

Poniente, y la tercera que siguiendo su curso rectamente va a romperse en el ángulo de la Delta y cortándola por medio se dirige al mar, no poco abundante en agua y no poco célebre con el nombre de Sebennitica: otras dos corrientes se desprenden de esta última, llamadas la Saitica y la Mendesia; las dos restantes, Bucolica y Bolbitina, más que cauces nativos del Nilo, son dos canales artificialmente excavados.

XVIII. La extensión del Egipto que en mi discurso voy declarando, queda atestiguada por un oráculo del dios Amon que vino a confirmar mi juicio anteriormente abrazado. Los vecinos de Apis y de Marea, ciudades situadas en las fronteras confinantes con la Libia, se contaban por Libios y no por Egipcios, y mal avenidos al mismo tiempo con el ritual supersticioso del Egipto acerca de los sacrificios, y con la prohibición de la carne vacuna, enviaron diputados a Amon, para que, exponiendo que nada tenían ellos con los Egipcios, viviendo fuera de la Delta y hablando diverso idioma, impetrasen la facultad de usar de toda comida sin escrúpulo ni

ca fue la única primitiva del río, siendo las demás de la industria o efecto de la inundación anual por tantos siglos

excepción. Mas no por eso quiso Amon concederles el indulto que pedían, respondiéndoles el oráculo que cuanto riega el Nilo en sus inundaciones pertenece al Egipto, y que Egipcios son todos cuantos beben de aquel río, morando más abajo de Elefantina.

XIX. No es sólo la Delta la que en sus avenidas inunda el Nilo, pues que de él nos toca hablar, sino también el país que reparten algunos entre la Libia y la Arabia ora más, ora menos, por el espacio de dos jornadas. De la naturaleza y propiedad de aquel río nada pude averiguar, ni de los sacerdotes, ni de nacido alguno, por más que me deshacía en preguntarles: ¿por qué¹⁹ el Nilo sale de madre en el solsticio del verano? ¿por qué dura cien días en su inundación? ¿por qué menguado otra vez se retira al antiguo cauce, y mantiene bajo su corriente por todo el invierno, hasta el solsticio del estío venidero? En vano procuré, pues, indagar por medio de los

continuada. Actualmente las de Damiatá y Roseta son las dos únicas de consideración.

¹⁹ Estos fenómenos antiguos del Nilo se observan todavía, aunque se ignoró la razón de ellos hasta la entrada de los Portugueses, que la descubrieron en las copiosísimas lluvias que caían en la Etiopía, y que acrecentaban el Nilo, como sucede en la India con el Indo y Ganges.

naturales la causa de propiedad tan admirable que tanto distingue a su Nilo de los demás ríos. Ni menos hubiera deseado también el descubrimiento de la razón por qué es el único aquel río que ningún soplo o vientecillo despidе.

XX. No ignoro que algunos Griegos, echándola de físicos insignes, discurrieron tres explicaciones de los fenómenos del Nilo; dos de las cuales creo más dignas de apuntarse que de ser explanadas y discutidas. El primero de estos sistemas atribuye la plenitud e inundaciones del río a los vientos Etésias²⁰, que cierran el paso a sus corrientes para que no desagüen en el mar. Falso es este supuesto, pues que el Nilo cumple muchas veces con su oficio sin aguardar a que soplen los Etésias. El mismo fenómeno debiera además suceder con otros ríos, cuyas aguas corren en oposición con el soplo de aquellos vientos, y en mayor grado aun, por ser más lánguidas sus corrientes como menores que las del Nilo. Muchos hay de estos ríos en la Siria; muchos en la Libia, y en ninguno sucede lo que en aquel.

XXI. La otra opinión, aunque más ridícula y extraña que la primera, presenta en sí un no sé qué de

²⁰ Parece que estos vientos anuales son principalmente los cierzos o los del Poniente.

grande y maravilloso, pues supone que el Nilo procede del Océano, como razón de sus prodigios, y que el Océano gira fluyendo alrededor de la tierra.

XXII. La tercera, finalmente, a primera vista la más probable, es de todas las más desatinada; pues atribuir las avenidas del Nilo a la nieve derretida, son palabras que nada dicen. El río nace en la Libia, atraviesa el país de los Etíopes, y va a difundirse por el Egipto; ¿cómo cabo, pues, que desde climas ardorosos, pasando a otros más templados, pueda nacer jamás de la nieve deshecha y liquidada?

Un hombre hábil y capaz de observación profunda hallará motivos en abundancia que lo presenten como improbable el origen que se supone al río en la nieve derretida. El testimonio principal será el ardor mismo de los vientos al soplar desde aquellas regiones; segunda, falta de lluvias o de nevadas²¹, a las cuales siguen siempre aquellas con cinco días de intervalo; por fin, el observar que los naturales son de color negro de puro tostados, que no faltan de allí en todo el año los milanos y las golon-

²¹ Los modernos descubrimientos han demostrado la inexactitud de estas observaciones de Herodoto, habiéndose visto que los Andes en la zona tórrida están siempre coronados de nieve, y que la lluvia dura todas las noches bajo los trópicos por algunos meses continuos.

drinas, y que las grullas arrojadas de la Escitia por el rigor de la estación acuden a aquel clima para tomar cuarteles de invierno. Nada en verdad de todo esto sucediera, por poco que nevase en aquel país de donde sale y se origina, el Nilo, como convence con evidencia la razón.

XXIII. El que haga proceder aquel río del Océano, no puede por otra parte ser convencido de falsedad cubierto con la sombra de la mitología. Protesto a lo menos que ningún río conozco con el nombre de Océano²². Creo, si, que habiendo dado con esta idea el buen Homero o alguno de los poetas anteriores, se la apropiaron para el adorno de su poesía.

XXIV. Mas si, desaprobando yo tales opiniones, se me preguntare al fin lo que siento en materia tan oscura, sin hacerme rogar daré la razón por la que entiendo que en verano baja lleno el Nilo hasta rebosar. Obligado en invierno el sol a fuerza de las tempestades y huracanes a salir de su antiguo giro y ruta, va retirándose encima de la Libia a lo más alto del cielo. Así todo lacónicamente se ha dicho, pues

²² Los Egipcios, según Diodoro Sículo, llamaban río Océano al Nilo. Herodoto niega la existencia del Océano como río, no como mar.

sabido es que cualquier región hacia la cual se acerque girando este dios de fuego, deberá hallarse en breve muy sedienta, agotados y secos los manantiales que en ella anteriormente brotaban.

XXV. Lo explicaremos más clara y difusamente. Al girar el sol sobre la Libia, cuyo cielo se ve en todo tiempo sereno y despejado, y cuyo clima sin sople de viento refrigerante es siempre caluroso, obra en ella los mismos efectos que en verano, cuando camina por en medio del cielo. Entonces atrae el agua para sí; y atraída, la suspende en la región del aire superior, y suspensa la toman los vientos, y luego la disipan y esparcen; y prueba es el que de allá soplen los vientos entre todos más lluviosos, el Noto y el Sudoeste. No pretendo por esto que el sol, sin reservar porción de agua para sí²³ vaya echando y despidiendo cuanta chupa del Nilo en todo el año. Mas declinando en la primavera el rigor del invierno, y vuelto otra vez el sol al medio del cielo, atrae entonces igualmente para sí el agua de todos los ríos de la tierra. Crecidos en aquella estación con el agua de las copiosas lluvias que recogen, empapada ya la tierra hecha casi un torrente, corren

²³ Alude a la opinión común de que el sol se alimenta de los vapores atraídos.

entonces en todo su caudal; mas a la llegada del verano, no alimentados ya por las lluvias, chupados en parte por el sol, se arrastran lánguidos y menoscabados. Y como las lluvias no alimentan al Nilo²⁴, y siendo el único entre los ríos a quien el sol chupe y atraiga en invierno, natural es que corra entonces más bajo y menguado que en verano, en la época en que, al par de los demás, contribuye con su agua a la fuerza del sol, mientras en invierno es el único objeto de su atracción. El sol, en una palabra, es en mi concepto el autor de tales fenómenos.

XXVI. Al mismo sol igualmente atribuyo el árido clima y cielo de la Libia, abrasando en su giro a toda la atmósfera, y el que reine en toda la Libia un perpetuo verano²⁵. Pues si trastornándose el cielo se trastornara el orden anual de las estaciones; si donde el Bóreas y el invierno moran se asentaran el Noto y

²⁴ Antes bien en lo interior del África son muchos y caudalosos los ríos: ni es verdad tampoco que no se conozcan allí los vientos y las tempestades, pues éstas son recias y van acompañadas a veces con piedra y granizo, y los vientos templan el calor y hacen la región habitable. Todo este pasaje fue ya refutado por Plutarco, Diodoro Sículo y otros.

²⁵ Los Abisinios tienen cuatro estaciones no menos que nosotros, que llaman el Matzau, el Tzadai, el Hagai y el Gramt. Su Matzau o primavera empieza el 23 de Setiembre, y cada estación ocupa tres meses.

el Mediodía; o si el Bóreas arrojase al Noto de su morada con tal trastorno, en mi sentir, echado el sol en medio del cielo por la violencia de los aquilones subiría al cenit de la Europa, como actualmente se pasea encima de la Libia, y girando, asiduamente por toda ella, haría, en mi concepto, con el Istro lo que con el Nilo está al presente sucediendo.

XXVII. Respecto a la causa de no exhalarse del Nilo viento alguno, natural me parece que falte éste en países calurosos, observando que procede de alguna cosa fría en general. Pero, sea como fuere, no presumo descifrar el secreto que sobre este punto hasta el presente se mantuvo.

XXVIII. Ninguno de cuantos hasta ahora traté, Egipto, Libio o Griego, pudo darme conocimiento alguno de las fuentes del Nilo²⁶. Hallándome en Egipto, en la ciudad de Sais, di con un tesorero de las rentas de Minerva, el cual, jactándose de conocer tales fuentes, creí querría divertirse un rato y burlarse de mi curiosidad. Decíame que entre la ciudad de Elefantina y la de Syena, en la Tebaida, se hallan dos montes, llamado Crophí el uno y Mophí el otro, cuyas cimas terminan en dos picachos, y que

²⁶ A los misioneros portugueses se debió el descubrimiento de las fuentes del Nilo.

manan en medio de ellos las fuentes del Nilo, abismos sin fondo en su profundidad, de cuyas aguas la mitad corre al Egipto contraria al Bóreas, y la otra, opuesta al Noto, hacia la Etiopía²⁷. Y contaba, en confirmación de la profundidad de aquellas fuentes, que reinando Psamético en Egipto, para nacer la experiencia mandó formar una soga de millares y millares de orgias y sondear con ella, sin que se pudiese hallar fondo en el abismo. Esto decía el depositario de Minerva; ignoro si en lo último había verdad. Discurro en todo lance que debe existir un hervidero de agua que con sus borbotones y remolinos impida bajar hasta el suelo la sonda echada, impeliéndola contra los montes.

XXIX. Nada más pude indagar sobre el asunto; pero informándome cuan detenidamente fue posible, he aquí lo que averiguó como testigo ocular hasta la ciudad de Elefantina, y lo que supe de oídas sobre el país que más adentro se dilata²⁸. Siguiendo,

²⁷ No carece de fundamento que un brazo del Nilo desde la Etiopía tome su curso hacia el Océano y forme el Níger, río en todo parecido al del Egipto.

²⁸ La brillante y animada narración que sigue mereció los elogios de Longino. «¿No ves, dice el crítico más juicioso de los antiguos, cómo Herodoto, cogiéndote por la mano, te lleva consigo por aquellos lugares, y hace que veas lo que

pues, desde Elefantina arriba, darás con un recuesto tan arduo, que es preciso para superarlo atar tu barco por entrambos lados como un buey sujeto por las astas, pues si se rompiere por desgracia la cuerda, iríase río abajo la embarcación arrebatada por la fuerza de la corriente. Cuatro días de navegación contarás en este viaje, durante el cual no es el Nilo menos tortuoso que el Meandro. El tránsito que tales precauciones requiere no es menor de doce schenos. Encuentras después una llanura donde el río forma y circuye una isla que lleva el nombre de Tacompsó, habitada la mitad por los Egipcios y la mitad por los Etiópes, que empiezan a poblar el país desde la misma Elefantina. Con la isla confina una gran laguna, alrededor de la cual moran los Etiópes llamados nómadas. Pasada esta laguna, en la que el Nilo desemboca, se vuelve a entrar en la madre del río: allí es preciso desembarcar y seguir cuarenta jornadas el camino por las orillas, siendo imposible navegar el río en aquel espacio por los escollos y agudas peñas que de él sobresalen. Concluido por tierra este viaje y entrando en otro barco, en doce

habías de oír?» *Esta traducción la tomo de la que hice del mismo autor, cuyo traslado limpio y casi perfecto se me quedó en Tarragona.*

días de navegación llegas a Méroe²⁹, que este es el nombre de aquella gran ciudad capital, según dice, de otra casta de Etiopes que solo a dos dioses prestan culto, a Júpiter y a Dioniso, bien que mucho se esmeran en honrarlos: tienen un oráculo de Júpiter allí mismo, según cuyas divinas respuestas se deciden a la guerra, haciéndola cómo y cuándo, y en dónde aquel su dios lo ordenare.

XXX. Siguiendo por el río desde la última ciudad, en el mismo tiempo empleado en el viaje desde Elefantina, llegas a los Automolos, que en idioma del país llaman Asmach³⁰, y que en el griego equivale a los *que asisten a la izquierda del rey*. Fueron en lo antiguo³¹ veinticuatro myriadas de soldados que desertaron a los Etiopes con la ocasión que referiré. En el reinado de Psamético estaban en tres puntos repartidas las fuerzas del imperio; en

²⁹ Méroe, más bien península que isla, formada por el Nilo y otros ríos que allí concurren, tenla una ciudad de su mismo nombre, que tomó de la hermana de Cambyses que en ella murió, habiendo sido Saba quizá su nombre primitivo, y su actual Baroa. Tacompo o Metacompo es otra península en los confines de la Etiopía, llamada hoy Asuan. La antigua Elefantina parece ser Monfaluó.

³⁰ Otros leen Ascham, que sería quizá Achum o la famosa Auxumis de los Griegos.

³¹ Cada myriada se componía de más de 10.000 soldados.

Elefantina contra los Etiópes, en Dafnes de Pelusio³² contra los Árabes y Sirios, y en Márea contra la Libia, los primeros de los cuales conservan los Persas fortificados en mis días, del mismo modo que en aquel tiempo. Sucedió que las tropas egipcias, apostadas en Elefantina, viendo que nadie venía a relevarlas después de tres años de guarnición, y deliberando sobre su estado, determinaron de común acuerdo desertar de su patria pasando a la Etiopía. Informado Psamético, corre luego en su seguirmiento, y alcanzándolos, les ruega y suplica encarecidamente por los dioses patrios, por sus hijos, por sus esposas, que tan queridas prendas no consientan en abandonarlas. Es fama que uno entonces de los desertores, con un ademán obsceno le respondió, «que ellos, según eran, donde quiera hallarían medios en sí mismos de tener hijos y mujeres.» Llegados a Etiopía, y puestos a la obediencia de aquel soberano, fueron por él acogidos y aun premiados, pues les mandó en recompensa que, arrojando a ciertos Etiópes malcontentos y amotinados, ocupasen sus campos y posesiones. Resultó de esta nueva vecindad y aco-

³² Ciudad fuerte poco distante de la actual Damiata, la misma que llaman Taфра las Santas Escrituras.

gida que fueron humanizándose los Etiópes con los usos y cultura de la colonia egipcia, que aprendieron con el ejemplo³³.

XXXI. Bien conocido es el Nilo todavía, más allá del Egipto que baña, en el largo trecho que, ya por tierra, ya por agua se recorre en un viaje de cuatro meses; que tal resulta si se suman los días que se emplean en pasar desde Elefantina hasta los Automolos. En todo el espacio referido corre el río desde Poniente, pero más allá no hay quien diga nada cierto ni positivo, siendo el país un puro yermo abrasado por los rayos del sol.

XXXII. No obstante, oí de boca de algunos Cireneos que yendo en romería al oráculo de Amon, habían entrado en un largo discurso con Etearco, rey de los Amonios, y que viniendo por fin a recaer la conversación sobre el Nilo, y sobre lo oculto y desconocido de sus fuentes, les contó entonces aquel rey la visita que había recibido de los Nasanones, pueblos que ocupan un corto espacio en la

³³ Puede dudarse que los Etiópes debiesen su civilización a esta colonia de desertores, porque hubieran podido aprenderla mejor de los Egipcios, en el tiempo que los dominaron antes de Psamético, y porque la nación Etiópica, colonia quizá de los Árabes, excedía en ciencia, según Luciano, a las demás naciones.

Sirte y sus contornos por la parte de Levante. Preguntados estos por Etearco acerca de los desiertos de la Libia, le refirieron que hubo en su tierra ciertos jóvenes audaces e insolentes, de familias las más ilustres, que habían acordado, entre otras travesuras de sus mocedades, sortear a cinco de entre ellos para hacer nuevos descubrimientos en aquellos desiertos y reconocer sitios hasta entonces no penetrados. El rigor del clima los invitaría a ello seguramente, pues aunque empezando desde el Egipto, y siguiendo la costa del mar que mira al Norte, hasta el cabo Soloente³⁴, su último término, está la Libia poblada de varias tribus de naturales, además del terreno que ocupan algunos Griegos y Fenicios; con todo, la parte interior más allá de la costa y de los pueblos de que está sembrada, es madre y región de fieras propiamente, a la cual sigue un arenal del todo árido, sin agua y sin viviente que lo habite. Emprendieron, pues, sus viajes los mancebos, de acuerdo con sus camaradas, provistos de víveres y de agua; pasaron la tierra poblada, atravesaron des-

³⁴ Este cabo, de que se habla en el periplo de Hanon, corresponde al Cabo Blanco en la Nigricia.

pués la región de las fieras³⁵, y dirigiendo su rumbo hacia Occidente por el desierto, y cruzando muchos días unos vastos arenales, descubrieron árboles por fin en una llanura, y aproximándose empezaron a echar mano de su fruta. Mientras estaban gustando de ella, no sé qué hombrecillos, menores que los que vemos entre nosotros de mediana estatura, se fueron llegando a los Nasamones, y asiéndoles de las manos, por más que no se entendiesen en su idioma mutuamente, los condujeron por dilatados pantanos, y al fin de ellos a una ciudad cuyos habitantes, negros de color, eran todos del tamaño de los conductores, y en la que vieron un gran río que la atravesaba de Poniente a Levante, y en el cual aparecían cocodrilos.

XXXIII. Temo que parezca ya harto larga la fábula de Etearco el Amonio; diré solo que añadía, según el testimonio de los Cireneos, que los descubridores Nasamones, de vuelta de sus viajes, dieron por hechiceros a los habitantes de la ciudad en que penetraron, y que conjeturaba que el río que la atra-

³⁵ Esta región poblada no puede ser otra que la moderna Berbería, y la de las fieras el desierto de Zahara. En cuanto a los negros pigmeos de que habla luego, confiesan los viajeros que se encuentran en aquel país habitantes de estatura menos que regular.

viesa podía ser el mismo Nilo³⁶. No fuera difícil, en efecto, pues que este río no solo viene de la Libia, sino que la divide por medio; y deduciendo lo oculto por lo conocido, conjeturo que no es el Nilo inferior al Istro³⁷ en lo dilatado del espacio que recorre. Empieza el Istro en la ciudad de Pireno desde los Celtas, los que están más allá de las columnas de Hércules, confinantes con los Cinesios, último pueblo de la Europa, situado hacia el Ocaso, y después de atravesar toda aquella parte del mundo, desagua en el ponto Euxino, junto a los Istrienos, colonos de los Milesios.

XXXIV. Mas al paso que corriendo el Istro por Tierra culta y poblada es de muchos bien conocido, nadie ha sabido manifestarnos las fuentes del Nilo, que camina por el país desierto y despoblado de la Libia. Referido llevo cuanto he podido saber sobre su curso, al cual fui siguiendo con mis investigaciones cuan lejos me fue posible. El Nilo va a parar al

³⁶ Es más verosímil que el río encontrado por los Nasamonos fuese el Niger o el Gambia, pues caminaban hacia Poniente, dejando a la izquierda la Etiopía, donde nace el Nilo. Acerca del curso y origen del Niger poco se ha averiguado más desde Herodoto.

³⁷ Herodoto ha errado acerca del Istro, sin que la tortura que dan los críticos a su texto baste a salvarle del error.

Egipto, país que cae enfrente de Cilicia la montuosa, desde donde un correo a todo aliento llegará en cinco días por camino recto a Sinope, situada en las orillas del ponto Euxino, enfrente de la cual desagua el Istro en el mar. De aquí opino que igual espacio que el último recorrerá el Nilo atravesando la Libia. Mas bastante y hartó se ha tratado ya de aquel río.

XXXV. Difusamente vamos a hablar del Egipto, pues de ello es digno aquel país, por ser entre todos maravilloso, y por presentar mayor número de monumentos que otro alguno, superiores al más alto encarecimiento. Tanto por razón de su clima, tan diferente de los demás, como por su río, cuyas propiedades tanto lo distinguen de cualquier otro, distan los Egipcios enteramente de los demás pueblos en leyes, usos y costumbres. Allí son las mujeres las que venden, compran y negocian públicamente, y los hombres hilan, cosen y tejen, impeliendo la trama hacia la parte inferior de la urdimbre; cuando los demás la dirigen comúnmente a la superior³⁸. Allí los hombres llevan la carga sobre la cabeza, y las

³⁸ La tejedura moderna solo se diferencia de la de los Egipcios en ser horizontal. Las demás naciones tejían la trama en pie, colocando rectos los hilos del urdimbre y dejando la obra hecha en la parte de arriba; los Egipcios, sentados, la dejaban en la parte baja.

mujeres sobre los hombros. Las mujeres orinan en pie; los hombres se sientan para ello. Para sus necesidades se retiran a sus casas, y salen de ellas comiendo por las calles, dando por razón que lo indecoroso, por necesario que sea, debe hacerse a escondidas, y que puede hacerse a las claras cualquier cosa indiferente. Ninguna mujer se consagra allí por sacerdotisa a dios o diosa alguna: los hombres son allí los únicos sacerdotes. Los varones no pueden ser obligados a alimentar a sus padres contra su voluntad; tan solo las hijas están forzosamente sujetas a esta obligación³⁹.

XXXVI. En otras naciones dejan crecer su cabello los sacerdotes de los dioses; los de Egipto lo rapan a navaja. Señal de luto es entre los pueblos cortarse el cabello los más allegados al difunto, y entre los Egipcios, ordinariamente rapados, y lo es el cabello y barba crecida en el fallacimiento de los suyos. Los demás hombres no acostumbran comer con los brutos, los Egipcios tienen con ellos plato y mesa común. Los demás se alimentan de pan de trigo y de cebada; los Egipcios tuvieron el comer de él por la mayor afrenta, no usando ellos de otro pan

³⁹ Esta ley procedía de que el tráfico y los negocios andaban en Egipto en manos de las mujeres.

que del de escancia o candeal. Cogen el lodo y aun el estiércol con sus manos, y amasan la harina con los pies. Los demás hombres dejan sus partes naturales en su propia disposición, excepto los que aprendieron de los Egipcios a circuncidarse⁴⁰. En Egipto usan los hombres vestidura doble, y sencilla las mujeres. Los Egipcios en las velas de sus naves cosen los anillos y cuerdas por la parte interior, en contraposición con la práctica de los demás, que los cosen por fuera. Los Griegos escriben y mueven los cálculos⁴¹ en sus cuentas de la siniestra a la derecha, los Egipcios, al contrario, de la derecha a la siniestra, diciendo por esto que los Griegos hacen a zurdas lo que ellos derechamente.

XXXVII. Dos géneros de letras están allí en uso, unas sacras y las otras populares⁴². Supersticiosos por exceso, mucho más que otros hombres

⁴⁰ No consta que las otras naciones aprendiesen la circuncisión de los Egipcios, ni que éstos la tomasen de los Hebreos, quienes la usaron por precepto divino; en los demás pueblos no tuvo al parecer otro origen que el aseo, tan necesario en países cálidos.

⁴¹ Eran los cálculos ciertas piedrecitas de que se valían en sus cómputos los antiguos.

⁴² Parece que los jeroglíficos egipcios eran un tercer género de letras diferente del sagrado y del popular. El alfabeto copto, sacado del griego, no es la antigua letra del Egipto.

cualesquiera, usan de toda especie de ceremonias, beben en vasos de bronce y los limpian y friegan cada día, costumbre a todos ellos común y de ninguno particular. Sus vestidos son de lino y siempre recién lavados, pues que la limpieza les merece un cuidado particular, siendo también ella la que les impulsa a circuncidarse, prefiriendo ser más bien aseados que gallardos y cabales. Los sacerdotes, con la mira de que ningún piojo u otra sabandija repugnante se encuentre sobre ellos al tiempo de sus ejercicios o de sus funciones religiosas, se rapan a navaja cada tres días de pies a cabeza. También visten de lino, y calzan zapatos de biblo, pues que otra ropa ni calzado no les es permitido; se lavan con agua fría diariamente, dos veces por el día y otras dos por la noche, y usan, en una palabra, ceremonias a miles en su culto religioso. Disfrutan en cambio aquellos sacerdotes de no pocas conveniencias, pues nada ponen de su casa ni consumen de su hacienda; comen de la carne ya cocida en los sacrificios, tocándoles diariamente a cada uno una crecida ración de la de ganso y de buey, no menos que su buen vino de uvas; mas el pescado es vedado para ellos. Ignoro qué preven-

ción tienen los Egipcios contra las habas⁴³, pues ni las siembran en sus campos en gran castidad, ni las comen crudas, ni menos cocidas, y ni aun verlas pueden sus sacerdotes, como reputándolas por impura legumbre. Ni se contentan consagrando sacerdotes a los dioses, sino que consagran muchos a cada dios, nombrando a uno de ellos sumo sacerdote y perpetuando sus empleos en los hijos a su fallecimiento.

XXXVIII. Viven los Egipcios en la opinión de que los bueyes son la única víctima propia de su Epafo⁴⁴, para lo cual hacen ellos la prueba, pues encontrándose en el animal un solo pelo negro, ya no pasa por puro y legítimo. Uno de los sacerdotes es el encargado y nombrado particularmente para este registro, el cual hace revista del animal, ya en pie, ya tendido boca arriba; observa en su lengua sacándola hacia fuera las señas que se recibieren en una víctima pura, de las que hablaré más adelante; mira y vuelve a mirar los pelos de su cola, para notar si están o no en su estado natural. En caso de asistir al buey todas las cualidades que de puro y bueno le

⁴³ Esta abstinencia, tan ridícula como supersticiosa, la adoptó después Pitágoras.

califican, márcanlo por tal enroscándole en las astas el *biblo*, y pegándole cierta greda a manera de lacre, en la que imprimen en su sello. Así marcado, lo conducen al sacrificio, y ¡ay del que sacrificara una víctima no marcada! otra cosa que la vida no la costaría. Estas son, en suma, las pruebas y los reconocimientos de aquellos animales.

XXXIX. Síguese la ceremonia del sacrificio⁴⁵. Conducen la bestia ya marcada al altar destinado al holocausto; pegan fuego a la pira, derraman vino sobre la víctima al pie mismo del ara, e invocan su dios al tiempo de degollarla, cortándole luego la cabeza y desollándole el cuerpo. Cargan de maldicio-

⁴⁴ Epafo lo mismo que Apis. En cuanto a los requisitos de una víctima pura, véase lib. III, pár 28.

⁴⁵ Los sacrificios expiatorios se fundan en el principio de reparación del ofensor al ofendido, dictado por la razón sola, y así es que desde el principio del mundo se usaron en todas las naciones con la inmolación de víctimas y la libación de licores, aunque manchados a veces por ritos impíos y supersticiosos. Por esto la cabeza del buey egipcio echado al río, y el cabrón emisario de los Judíos cargados con los pecados del pueblo, aunque procedentes de un mismo principio, no son imitación uno de otro. Seguir esta comparación, no menos del pueblo hebreo que la del ayuno de que se habla más abajo entre las costumbres e instituciones reveladas o sancionadas por Dios, y los usos de los demás pueblos manchados con tantas supersticiones, es inexacto no menos que peligroso.

nes a la cabeza ya dividida, y la sacan a la plaza, vendiéndola a los negociantes griegos, si los hay allí domiciliados y si hay mercado en la ciudad; de otro modo, la echan al río como maldita. La fórmula de aquellas maldiciones expresa sólo que si algún mal amenaza al Egipto en común, o a los sacrificadores en particular, descargue todo sobre aquella cabeza. Esta ceremonia usan los Egipcios igualmente sobre las cabezas de las víctimas y en la libación del vino, y se valen de ella generalmente en sus sacrificios, naciendo de aquí que nunca un Egipcio coma de la cabeza de ningún viviente.

XL. No es una misma la manera de escoger y consumir las víctimas en los sacrificios, sino muy varia en cada una de ellos. Hablaré del de la diosa de su mayor veneración y a la cual se consagra la fiesta más solemne, de la diosa Isis. En su reverencia hacen un ayuno, le presentan después sus oraciones y súplicas, y, por último, le sacrifican un buey. Desollada la víctima, le limpian las tripas, dejando las entrañas pegadas al cuerpo con toda su gordura; separan luego las piernas, y cortan la extremidad del lomo con el cuello y las espaldas. Entonces embuten y atestan lo restante del cuerpo de panales purísimos de miel, de uvas o higos pasos, de incienso,

mirra y otros aromas, y derramando después sobre él aceite en gran abundancia, entregando a las llamas. Al sacrificio precede el ayuno, y mientras está abrasándose la víctima, se hieren el pecho los asistentes, se maltratan y lloran y plañen, desquitándose después en espléndido convite con las partes que de la víctima separaron.

XLI. A cualquiera es permitido allí el sacrificio de bueyes y terneros puros y legales, mas a ninguno es lícito el de vacas o terneras, por ser dedicadas a Isis, cuyo ídolo representa una mujer con astas de buey, del modo con que los Griegos pintan a Io; por lo cual es la vaca, con notable preferencia sobre los demás brutos, mirada por los Egipcios con veneración particular. Así que no se hallará en el país hombre ni mujer alguna que quiera besar a un Griego, ni servirse de cuchillo, asador o caldero de alguno de esta nación, ni aun comer carne de buey, aunque puro por otra parte, mientras sea trinchada por un cuchillo griego. Para los bueyes difuntos tienen aparte sepultura; las hembras son arrojadas al río, pero los machos enterrados en el arrabal da cada pueblo, dejándose por señas una o entrambas de sus astas salidas sobre la tierra. Podrida ya la carne y llegado el tiempo designado, va recorriendo las ciu-

dades una barca que sale de la isla Prosopitis, situada dentro de la Delta, de nueve eschenos de circunferencia. En esta isla hay una ciudad, entre otras muchas, llamada Atarbechia donde hay un templo dedicado a Venus, y de la que acostumbran salir las barcas destinadas a recorrer los huesos de los bueyes. Muchas salen de allí para diferentes ciudades; desentierran aquellos huesos, y reunidos en un lugar, les dan a todos sepultura; práctica que observan igualmente con las demás bestias, enterrándolas cuando mueren, pues a ello les obligan las leyes y a respetar sus vidas en cualquier ocasión⁴⁶.

XLII. Los pueblos del distrito de Júpiter Tebeo, o mas bien el Nomo Tebeo, matan sin escrúpulo las cabras, sin tocar a las ovejas, lo que no es de extrañar, por no adorar los Egipcios a unos mismos dioses, excepto dos universalmente venerados, Isis y

⁴⁶ La razón de estas supersticiones, si es que alguna pudo haber, se funda o en el error de la trasmigración de las almas humanas a los cuerpos de los brutos, o en la opinión del alma universal del mundo repartida en todos los vivientes reputada por naturaleza divina, o en la fábula de que los dioses bajo la forma de animales se habían escapado de las manos de los hombres. Venerábanlos además por ser imágenes de los dioses, por ser útiles a la vida humana, por ser emblema simbólico de alguna perfección divina, y por ser insignia de los estandartes militares.

Osiris, el cual pretenden sea el mismo que Dioniso. Los pueblos, al contrario, del distrito de Mendes o del Nomo Mendesio, respetando las cabras, matan libremente las ovejas. Los primeros, y los que como ellos no se atreven a las ovejas, dan la siguiente razón de la ley que se impusieron: Hércules quería ver a Júpiter de todos modos, y Júpiter no quería absolutamente ser visto de Hércules. Grande era el empeño de aquél, hasta que, después de larga porfía, torna Júpiter un efugio: mata un carnero, la quita la piel, córtale la cabeza y se presenta a Hércules disfrazado con todos estos despojos. Y en atención a este disfraz formaron los Egipcios el ídolo de Júpiter *Caricarnero*⁴⁷, figura que tomaron de ellos los Amonios, colonos en parte Egipcios y en parte Etiopes, que hablan un dialecto mezcla de entrambos idiomas etiópico y egipcio. Y estos colonos, a mi entender, no se llaman Amonios por otra razón que por ser *Amon* el nombre de Júpiter en lengua egipcia. He aquí, pues, la razón por qué no matan los Tebeos a los carneros, mirándolos como bestia sagrada. Verdad es que en cada año hay un día señalado, o de la fiesta de Júpiter, en que matan a gol-

⁴⁷ Siguiendo la analogía castellana, me valgo de esta palabra compuesta, tan conforme al genio de la lengua griega.

pes un carnero, y con la piel que le quitan visten el ídolo del dios con el traje mismo que arriba mencioné, presentándole luego otro ídolo de Hércules. Durante la representación de tal acto lamentan los presentes y plañen con muestras de sentimiento la muerte del carnero, al cual entierran después en lugar sagrado.

XLIII. Este Hércules oía yo a los Egipcios contarle por uno de sus doce dioses, pero no pude adquirir noticia alguna en el país de aquel otro Hércules que conocen los Griegos. Entre varias pruebas que me conducen a creer que no deben los Egipcios a los Griegos el nombre de aquel dios, sino que los Griegos lo tomaron de los Egipcios, en especial los que designan con él al hijo de Amfitrion, no es la menor, el que Amfitrion y Alcmena, padres del Hércules Griego, traían su origen del Egipto⁴⁸, y el que confiesen los Egipcios que ni aun oyeron los nombres de Posideon o de Dioscuros⁴⁹; tan lejos están de colocarlos en el catálogo de sus

⁴⁸ Amfitrion descendía de Danao, venido de Egipto a ocupar el trono de Argos.

⁴⁹ Los latinos dan a Posideon el nombre de Neptuno, y a los Dioscuros el de Castor y Polux. No disto de creer que Neptuno, quizá el Neptuim de la Escritura, fuese una divinidad numídica distinta del Posideon Griego.

dioses. Y si algún Dios hubieran tomado los Egipcios de los Griegos, fueran ciertamente los que he nombrado, de quienes con mayor razón se conservara la memoria; porque en aquella época traficaban ya los Griegos por el mar, y algunos habría, según creo sin duda, patrones y dueños de sus navíos; y muy natural parece que de su boca oyeran antes los Egipcios el nombre de sus dioses náuticos que el de Hércules, campeón protector de la tierra. Declárese, pues, la verdad, y sea Hércules tenido, como lo es, por dios antiquísimo del Egipto; pues si hemos de oír a aquellos naturales, desde la época en que los ocho dioses engendraron a los otros doce, entre los cuales cuentan a Hércules, hasta el reinado de Amasis, han trascurrido no menos de 17.000 años.

XLIV. Queriendo yo cerciorarme de esta materia donde quiera me fuese dable, y habiendo oído que en Tiro de Fenicia había un templo a Hércules dedicado, emprendí viaje para aquel punto. Lo vi, pues, ricamente adornado de copiosos donativos, y entre ellos dos vistosas columnas, una de oro acendrado en copela, otra de esmeralda, que de noche en gran manera resplandecía. Entré en plática con los sacerdotes de aquel dios, y preguntándoles

desde cuando fue su templo erigido, hallé que tampoco iban acordes con los Griegos acerca de Hércules, pues decían que aquel templo había sido fundado al mismo tiempo que la ciudad, y no contaban menos de 2.300 años desde la fundación primera de Tiro. Allí mismo vi adorar a Hércules en otro edificio con el sobrenombre de Tasio, lo que me incitó a pasar a Taso, donde igualmente encontré un templo de aquel dios, fundado por los Fenicios, que navegando en busca de Europa edificaron la ciudad de Taso, suceso anterior en cinco⁵⁰ generaciones al nacimiento en Grecia de Hércules, hijo de Amfitrion. Todas estas averiguaciones prueban con evidencia que es Hércules uno de los dioses antiguos, y que aciertan aquellos Griegos que conservan dos especies de heraclios o templos de Hércules, en uno de los cuales sacrifican a Hércules el Olímpico como dios inmortal, y en el otro celebran sus honores aniversarios como los del héroe o semidios.

XLV. Entre las historias que nos refieren los Griegos a modo de conseja, puedo contar aquella fábula simple y, desatinada que en estos términos

⁵⁰ Parece que el número de cinco debe corregirse con el de ocho.

nos encajan: que los Egipcios, apoderados de Hércules que por allí transitaba, le coronaron cual víctima sagrada, y le llevaban con grande pompa y solemnidad para que fuese a Júpiter inmolado, mientras él permanecía quieto y sosegado como un cordero, hasta que al ir a recibir el último golpe junto al altar, usando el valiente de todo su brío y denuedo, pasó a cuchillo toda aquella cohorte de extranjeros. Los que así se expresan, a mi entender, ignoran en verdad de todo punto lo que son los Egipcios, y desconocen sus leyes y sus costumbres. Díganme, pues: ¿cómo los Egipcios intentarían sacrificar una víctima humana cuando ni matar a los brutos mismos les permite su religión, exceptuando a los cerdos, gansos, bueyes o novillos, y aun éstos con prueba que debe preceder y seguridad de su pureza? ¿Y cabe además que Hércules solo, Hércules todavía mortal, que por mortal lo dan los Griegos en aquella ocasión, pudiera con la fuerza de su brazo acabar con tanta muchedumbre de Egipcios? Pero silencio ya: y lo dicho, según deseo, sea dicho con perdón y benevolencia así de los dioses como de los héroes.

XLVI. Ahora dará la causa por qué otros Egipcios, como ya dije, no matan cabras o machos de

cabrío. Los Mendesios cuentan al dios Pan por uno de los ochos dioses que existieron, a su creencia, antes de aquellos doce de segunda clase: y los pintores, y estatuarios egipcios esculpen y pintan a Pan con el mismo traje que los Griegos, rostro de cabra y pies de cabrón, sin que crean por esto que sean tal como lo figuran, sino como cualquiera de sus dioses de primer orden, bien sé el motivo de presentarlo en aquella forma, pero guardaréme de expresarlo⁵¹. Por esto los Medesios honran con particularidad a los cabreros, y adoran sus ganados, siendo aun menos devotos de las cabras que de los machos de cabrío. Uno es, sin embargo, entre todos el privilegiado y de tanta veneración, que su muerte se honra en todo el Nomo Mendesio con el luto más riguroso. En Egipto se da el nombre de Mendes así al dios Pan como al cabrón. En aquel Nomo sucedió en mis días la monstruosidad de juntarse en público un cabrón con una mujer: bestialidad sabida de todos y aplaudida.

XLVII. Los Egipcios miran al puerco como animal abominable, dando origen esta superstición a que el que roce al pasar por desgracia con algún

⁵¹ Son frecuentes estas frases en Herodoto, harto supersticioso para historiador.

puerco, se arroje al río con sus vestidos para purificarse, y a que los porquerizos, por más que sean naturales del país, sean excluidos de la entrada y de la comunicación en los templos, entredicho que se usa con ellos solamente, excediéndose tanto en esta prevención, que a ninguno de ellos dieran en matrimonio ninguna hija, ni tomaran alguna de ellas por mujer, viéndose obligada aquella clase a casarse entre sí mutuamente. Mas aunque no sea lícito generalmente a los Egipcios inmolar un puerco a sus dioses, lo sacrifican, sin embargo, a la luna y a Dioniso, y a estos únicamente en un tiempo mismo, a saber, el de plenilunio, día en que comen aquella especie de carne. La razón que dan para sacrificar en la fiesta del plenilunio al puerco que abominan en los demás días, no seré yo quien la refiera, porque no lo considero conveniente; diré tan sólo el rito del sacrificio con que se ofrece a la luna aquel animal. Muerta la víctima, juntan la punta de la cola, el bazo y el redaño, y cubriéndolo todo con la gordura que viste los intestinos, lo arrojan a las llamas envuelto de este modo. Lo restante del tocino se come en el día del plenilunio destinado al sacrificio, único día en que se atreven a gustar de la carne referida. En aquella fiesta, los pobres que faltos de me-

dios no alcanzan a presentar su tocino, remedan otro de pasta, y lo sacrifican, después de cocido, con las mismas ceremonias.

XLVIII. En la solemne cena que se hace en la fiesta de Dioniso acostumbra cada cual matar su cerdo en la puerta misma de su casa, y entregarlo después al mismo porquerizo a quien lo compró para que lo quite de allí y se lo lleve. Exceptuada esta particularidad, celebran los Egipcios lo restante de la fiesta con el mismo aparato que los Griegos. En vez de los *Phalos* usados entre los últimos, han inventado aquellos unos muñecos de un codo de altura, y movibles por medio de resortes, que llevan por las calles las mujeres moviendo y agitando obscenamente un miembro casi tan grande como lo restante del cuerpo. La flauta guía la comitiva, y sigue el coro mujeril cantando himnos en loor de Baco o Dioniso. El movimiento obsceno del ídolo y la desproporción de aquel miembro no dejan de ser para los Egipcios un misterio que cuentan entre los demás de su religión⁵².

⁵² Lo que el autor calla por escrúpulo lo callaré por pudor, no menos que la versión vulgar del Falo, etc. Esta costumbre obscena duraba aún entre las naciones cultas en el siglo III.

XLIX. Paréceme averiguado que Melampo, el hijo de Amiteon, no ignoraría, sino que conocería muy bien, esta especie de sacrificio, pues no sólo fue el propagador del nombre de Dioniso entre los Griegos, sino quien introdujo entre ellos asimismo el rito y la pompa del *Phalo*, aunque no dio entera explicación de este misterio, que declararon, más cumplidamente los sabios que lo sucedieron. Melampo fue, en una palabra, quien dio a los Griegos razón del *Phalo* que se lleva en la procesión de Dioniso, y el que les enseñó el uso que de él hacen⁵³; y aunque como sabio supo apropiarse el arte de la adivinación, de discípulo de los Egipcios pasó a maestro de los Griegos, enseñándoles entre otras cosas los misterios y culto de Dioniso, haciendo en él una pequeña mutación. Porque de otro modo no puedo persuadirme que las ceremonias de este dios se instituyesen por acaso al mismo tiempo entre Griegos y Egipcios, pues entonces no hubiera razón para que no fueran puntualmente las mismas en entrambas partes, ni para que se hubieran introdu-

⁵³ Melampo, hijo de Amiteon, insigne médico que por haber sanado a las hijas de Preto, rey de Argos, obtuvo de éste una parte de su reino, pudo aprender de los Egipcios descendientes de Danao y establecidos en Argos, mejor que los Fenicios de Cadmo, los misterios de Dioniso.

cido en la Grecia nuevamente, siendo improbable, por otro lado, que los Egipcios tomaran de los Griegos esta o cualquier otra costumbre. Verosímil es, en mi concepto, que aprendiese Melampo todo lo que a Dioniso pertenece, de aquellos Fenicios que en compañía de Cadmo el Tirio emigraron de su patria al país de Beocia.

L. Del Egipto nos vinieron además a la Grecia los nombres de la mayor parte de los dioses; pues resultando por mis informaciones que nos vinieron de los bárbaros, discurro que bajo este nombre se entiende aquí principalmente a los Egipcios. Si exceptuamos en efecto, como dije, los nombres de Posideon y el de los Dioscuros, y además los de Hera de Hista, de Temis, de las Chárites y de las Nereidas⁵⁴, todos los demás desde tiempo inmemorial los conociera los Egipcios en su país, según dicen los mismos; que de ello yo no salgo fiador. En cuanto a los nombres de aquellos dioses de que no consta taviesen noticia, se deberían, según creo, a los Pelasgos, sin comprender con todo al de

⁵⁴ Conservo en la traducción los nombres griegos de los dioses, pues creo que la confusión de la mitología procede de haberlos acomodado los pueblos cada cual a su idioma. En latín Hera es Juno, Hista es Vesta, Temis es Astrea y Chárites las Gracias.

Posideon, dios que adoptarían éstos de los Libios, juntamente con su nombre, pues que ningún pueblo sino los Libios se valieron antiguamente de este nombre, ni fueron celosos adoradores de aquel dios. No es costumbre, además, entre los Egipcios el tributar a sus héroes ningún género de culto.

LI. Estas y otras cosas de que hablaré introdujéronse en la Grecia tomadas de los Egipcios; pero a los Pelasgos⁵⁵ se debe el rito de construir las estatuas de Hermes con obscenidad, rito que aprendieron los Atenenses de los Pelasgos primeramente, y que comunicaron después a los Griegos: lo que no es extraño, si se atiende a que los Atenenses, aunque contándose ya entre los Griegos, habitaban en un mismo país con los Pelasgos, que con este motivo empezaron a ser mirados como Griegos. No podrá negar lo que afirmo nadie que haya sido iniciado en las *orgías* o misterios de los *Cabiros*, cuyas ceremonias, aprendidas de los Pelasgos, celebran los

⁵⁵ Mucho se ha disputado acerca el nombre y origen de este antiguo pueblo. Hay quien cree su nombre derivado de *Pelas*; vecino otros de Phaleg, descendiente de Sem: otros de los Philistines o Phelasges, primero establecidos en Creta. Estos hombres, errantes por naturaleza, se derramaron unos por la Argolide y la Tesalia, y otros pasaron a Italia, donde se mezclaron con los Umbros y Lidios de Toscana.

Samotracios todavía, como que los Pelasgos habitaron en Samotracia antes de vivir entre los Atenieses, y que enseñaron a sus habitantes aquellas *orgías*. Los Atenieses, pues, para no apartarme de mi propósito, fueron discípulos de los Pelasgos y maestros de los demás Griegos en la construcción de las estatuas de Mercurio tan obscenamente representadas. Los Pelasgos apoyaban esta costumbre en una razón simbólica y misteriosa, que se explica y declara en los misterios que se celebran en Samotracia.

LII. De los Pelasgos oí decir igualmente en Dodona que antiguamente invocaban en común a los dioses en todos sus sacrificios, sin dar a ninguno de ellos nombre o dictado peculiar, pues ignoraban todavía cómo se llamasen. A todos designaban con el nombre de *Theoi* (dioses), derivado de la palabra *Theutes* (en latín *ponentes*), significando que todo lo ponían los dioses en el mundo, y todo lo colocaban en buen orden y distribución. Pero habiendo oído con el tiempo los nombres de los dioses venidos del Egipto, y más tarde el de Dioniso, acordaron consultar al oráculo de Dodona⁵⁶ sobre el uso de nom-

⁵⁶ El oráculo de Dodona, fundado por los Pelasgos, fue anterior al tiempo de Deucalion, y es famoso por sus encinas parlantes, dentro de cuyo tronco hueco se metían los que

bres peregrinos. Era entonces este oráculo, reputado ahora por el más antiguo entre los Griegos, el único conocido en el país; y preguntado si sería bien adoptar los nombres tomados de los bárbaros, respondió afirmativamente; y desde aquella época los Pelasgos empezaron a usar en sus sacrificios de los nombres propios de los dioses, uso que posteriormente comunicaron a los Griegos.

LIII. En cuanto a las opiniones de los Griegos sobre la procedencia de cada uno de sus dioses, sobre su forma y condición, y el principio de su existencia, datan de ayer, por decirlo así, o de pocos años atrás. Cuatrocientos y no más de antigüedad pueden llevarme de ventaja Hesiodo y Homero, los cuales escribieron la *Teogonía* entre los Griegos, dieron nombres a sus dioses, mostraron sus figuras y semblantes, les atribuyeron y repartieron honores, artes y habilidades, siendo a mi ver muy posteriores a estos poetas los que se cree les antecedieron. Esta última observación es mía enteramente; lo demás es lo que decían sacerdotes de Dodona.

daban las respuestas, y por sus calderas de bronce, una de las cuales, herida, comunicaba el sonido a todas las restantes. En tiempo de Augusto este oráculo había ya enmudecido.

LIV. El origen de este oráculo y de otro que existe en Libia lo refieren del siguiente modo los Egipcios: Decíanme los sacerdotes de Júpiter Tebéo que desaparecieron de Tebas dos mujeres religiosas robadas por los Fenicios, y que según posteriormente se divulgó, vendidas la una en Libia y en Grecia la otra, introdujeron entre estas naciones y establecieron los oráculos referidos. Todo esto que añadían respondiendo a mis dudas y preguntas, no se supo sino mucho después, porque al principio fueron vanas todas las pesquisas que en busca de aquellas mujeres se emplearon.

LV. Esto fue lo que oí en Tebas de boca de los sacerdotes; he aquí lo que dicen sobre el mismo caso las *Promántidas*⁵⁷ Dodoneas. Escapáronse por los aires desde Tebas de Egipto dos palomas negras, de las cuales la una llegó a la Libia y la otra a Dodoria, y posada esta última en una haya, les dijo, en voz humana, ser cosa precisa y prevenida por los hados que existiese un oráculo de Júpiter en aquel sitio; y persuadidos los Dodoneos de que por el mismo

⁵⁷ *Promántidas* es la palabra griega que equivale a profetisa, las cuales sucedieron en su empleo a tres profetas. El nombre que da a aquellas el autor es apelativo, pues *Preumenia* significa benévola, *Timareta* honra de la virtud, y *Nicandra* victoria de los hombres.

cielo se les intimaba aquella orden, se resolvieron desde el instante a cumplirla. De la otra paloma que aportó a Libia, cuentan que ordenó establecer allí el oráculo de Amon, erigiendo por esto los Liblos a Júpiter un oráculo semejante al de Dodona. Tal era la opinión que, en conformidad con los misterios de aquel templo, profesaban las tres sacerdotisas Dodoneas, la más anciana de las cuales se llamaba Promenia, la segunda Timareta y Nicandra la menor.

LVI. Y si me es lícito en este punto expresar mi opinión, y siendo verdad que los Fenicios vendieran, de las dos mujeres consagradas a Júpiter que consigo traían, la una en Libia, y en Hélada la otra, no disto de creer que llevada la segunda a los Tesprotos de la Hélada, región antes conocida con el nombre de Pelasgia, levantara a Júpiter algún santuario, acordándose la esclava, como era natural, del templo del dios a quien en Tebas había servido y de donde procedía; y que ella contaría a los Tesprotos, después de aprendido el lenguaje de estos pueblos, cómo los Fenicios habían vendido en la Libia otra compañera suya.

LVII. El ser bárbaras de nación las dos mujeres y la semejanza que se figuraban los Dodoneos entre

su idioma y el arrullo o graznido de las aves, prestó motivo, a mi entender, a que se les diese el nombre de palomas⁵⁸, diciendo que hablaba la paloma en voz humana cuando con el trascurso del tiempo pudo aquella mujer ser de ellos entendida, cesando en el bárbaro e ignorado lenguaje que les había parecido hasta entonces la lengua de las aves. De otro modo, ¿cómo pudieron creer los Dodoneos que les hablase una paloma en voz humana? El negro color que atribuían al ave significaba sin duda que era Egipcia la mujer.

LVIII. Parecidos son en verdad entrambos oráculos, el de Dodona y el de Tebas en Egipto, siendo notorio, además, que el arte de adivinar en los templos nos ha venido de este reino. Indudable es asimismo que entre los Egipcios, maestros en este punto de los Griegos, empezaron las procesiones, los concursos festivos, las ofrendas religiosas, siendo de ello para mí evidente testimonio que tales fiestas, recientes entre los Griegos, no parecen sino muy antiguas en Egipto.

⁵⁸ Dispútase entre los críticos la razón de haber dado a éstas mujeres el nombre de palomas; algunos creen que la voz paloma, significaba *profetisa*; otros que equivale a *viejas*, otros, en fin, que se les llamaba así por valerse en sus oráculos del agüero de las palomas.

LIX. No contentos los Egipcios con una de estas solemnidades al año, las celebran muy frecuentes. La principal de todas, en la que se esmeran en empeño y devoción, es la que van a celebrar en la ciudad de Bubastis en honor de Artemide o Diana. Frecuéntase la segunda en Busiris, ciudad edificada en medio de la Delta, para honrar a Isis, diosa que se llama *Demeter* en lengua griega, y que tiene en la ciudad un magnífico templo. Reúnese en Sais el tercer concurso festivo en honra de Atenea o Minerva, el cuarto en Heliópolis para celebrar al sol; en Butona el quinto para dar culto a Latona, y para honrar a Ares o Marte celébrase el sexto en Papremis⁵⁹.

LX. El viaje que con este objeto emprenden a Bubastis merece atención. Hombres y mujeres van allá navegando, en buena compañía, y es espectáculo singular ver la muchedumbre de ambos sexos que encierra cada nave. Algunas de las mujeres, armadas con sonajas, no cesan de repicarlas; algunos de los hombres tañen sus flautas sin descanso, y la turba de estos y de aquellas, entretanto, no paran un

⁵⁹ Bubastis es la moderna Aziot; Busiris se llama ahora Baha-beit; Heliópolis es la On de la Biblia, llamada hoy Aiu Kesus. Butona y Sais estaban dentro de la Delta, la primera vecina a Samanuo y la segunda a Roseta. En cuanto a Papremis, se ignora su situación.

instante de cantar y palmotear. Apenas llegan de paso a alguna de las ciudades que se ven en el camino, cuando aproximando la nave a la orilla, continúan en la zambra algunas de las mujeres; otras motejan e insultan a las vecinas de la ciudad con terrible gritería; unas danzan; otras, puestas en pie, levantan sus vestiduras. Y esto se repite en cada pueblo que a orillas del río van encontrando. Llegados por fin a Bubastis celebran su fiesta ofreciendo en sacrificio muchas y muy pingües víctimas que conducen. Y tanto es el vino que durante la fiesta se consume, que excede al que se bebe en lo restante del año, y tan numeroso el gentío que allá concurre, que sin contar los niños, entre hombres y mujeres asciende el número a 700.000 personas, según dicen los del país. He aquí lo que pasa en Bubastis.

LXI. En la fiesta que, según antes indiqué, celebran los Egipcios en Busiris para honrar a Isis, acabado el sacrificio, millares y millares de hombres y mujeres que a él asisten prorrumpen en gran llanto y se maltratan excesivamente, cuya costumbre procede de una causa que no me es lícito expresar. En esta maceración excédense los Carios entre cuantos moran en Egipto, llegando al punto de lastimarse la frente con sus sables y cuchillo, de suerte que basta

para distinguir a estos extranjeros de los Egipcios el rigor con que se atormentan.

LXII. En cierta noche solemne, durante los sacrificios a que concurren en la ciudad de Sais, encienden todos sus laminarias al cielo descubierto, dejándolas arder alrededor de sus casas. Sirven de luces unas lámparas llenas de aceite y sal, dentro de las cuales nada una torcida que arde la noche entera sobre aquel licor. Esta fiesta es conocida con el nombre peculiar de *Licnocria* o iluminación de las lámparas. Los demás Egipcios que no concurren a la fiesta y solemnidad de Sais, notando la noche de aquel sacrificio, encienden igualmente lámparas en su casa, de modo que, no solo en Sais, sino en todo Egipto, se forma semejante iluminación. Entre sus misterios y arcanos religiosos, sin duda les será conocido el motivo que ha merecido a esta noche la suerte y el honor de tales luminarias.

LXIII. Dos son las ciudades, la de Heliópolis y la de Butona, en cuyas fiestas los concurrentes se limitan a sus sacrificios. No así en la de Papremis, donde además de las víctimas que como en aquellas se ofrecen, se celebra una función muy singular. Porque al ponerse el sol, algunos de los sacerdotes se afanan en adornar el ídolo que allí tienen; mien-

tras otros, en número mucho mayor, apercibidos con sendas trancas, se colocan de fijo en la entrada misma del templo, y otros hombres, hasta el número de mil, cada cual así mismo con su palo, juntos en otra parte del templo, están haciendo sus deprecaciones. De notar es que desde el día anterior de la función colocan su ídolo sobre una peana de madera dorada, hecha a modo de nicho, y lo trasportan a otra pieza sagrada. Entonces, pues, los pocos sacerdotes que quedaron alrededor del ídolo vienen arrastrando un carro de cuatro ruedas, dentro del cual va un nicho, y dentro del nicho la estatua de su dios. Desde luego los sacerdotes, apostados en la entrada del templo impiden el paso a su mismo dios; pero se presenta la otra partida de devotos al socorro de su dios injuriado, y cierran a golpes con los sitiadores de la entrada. Armase, pues, uña brava paliza, en la que muchos, abriéndose las cabezas, mueren después de las heridas, a lo que creo, por más que pretendan los Egipcios que nadie muere de las resultas.

LXIV. El suceso que dio origen a la fiesta y al combate lo refieren de este modo los del país: Vivía en aquel templo la madre de Marte, el cual, educado en sitio lejano y llegado ya a la edad varonil, quiso

un día visitarla; pero los criados de su madre no le conocían y le cerraron las puertas sin darle entrada. Entonces Marte va a la ciudad, y volviendo con numerosa comitiva, apalea y maltrata a los criados, y entra luego a ver a su madre y conocerla. Y en memoria de tal hecho, en las fiestas de Marte suele renovarse la pendencia. De observar es que los Egipcios fueron los autores de la continencia religiosa, que no permite el uso de conocer a las mujeres en los lugares sacros, y no admite en los templos al que tal acto acaba de cometer, sino purificado con el agua de antemano, al paso que entre todas las naciones, si se exceptúa la egipcia y la griega, se junta cualquiera con las mujeres en aquellos lugares, y entra en los templos después de dejarlas, sin curarse de baño alguno, persuadidos de que en este punto no debe existir diferencia entre los hombres y los brutos, los que, según cualquiera puede ver, en especial todo género de pájaros, se unen y mezclan a la luz del día en los templos de los dioses, cosa que éstos no permitieran en su misma casa si les fuera menos grata y acepta. De este modo defienden su profanación; aunque en verdad ni me place el abuso, ni me satisface el pretexto.

LXV. Son los Egipcios sumamente ceremoniosos en sagrado, y en lo demás supersticiosos por extremo. Su país, aunque confinante con la Libia, madre de fieras, no abunda mucho en animales; pero los que hay, sean o no domésticos y familiares, gozan de las prerrogativas de cosas sagradas. No diré yo la razón de ello, por no verme en el extremo, que evito como un escollo, de descender a los arcanos divinos, pues protesto que si algo de ellos indiqué, fue llevado a más no poder por el hilo de mi narración. Según la ley o costumbre que rige en Egipto acerca de las bestias, cada especie tiene aparte sus guardas y conservadores, ya sean hombres, ya mujeres, cuyo honroso empleo transmiten a sus hijos. Los particulares en las ciudades hacen a los brutos sus votos y ofrendas del modo siguiente: Ofrécese el voto al dios a quien la bestia se juzga consagrada, y al llegar la ocasión de cumplirlo, rapa cada cual a navaja la cabeza de sus hijos, o la mitad de ella, o bien la tercera parte; coloca en una balanza el pelo cortado, y en la otra tanta plata cuanto pesa el cabello, y en cumplimiento de su voto, la entrega a la que cuida de aquellas bestias, la que les compra con aquel dinero el pescado, que es su legítimo alimento, cuidando de partírselo y cortarlo. ¡Triste del

Egipcio que mate a propósito alguna de estas bestias! No paga la pena de otro modo que con la cabeza; mas si lo hiciere por descuido, satisface la multa en que le condenen los sacerdotes. Y ¡ay del que matare alguna ibis o algún gavilán! Sea de acuerdo, sea por casualidad, es preciso que muera por ello.

LXVI. Grande es la abundancia de animales domésticos que allí se crían; y fuera mucho mayor sin lo que sucede con los gatos, pues notando los Egipcios que las gatas después de parir no se llegan ya a los gatos y repugnan juntarse con ellos por más que las busquen y requiebren, acuden al consuelo de los machos, quitando a las hembras sus hijuelos y mándolos, si bien están muy lejos de comerlos. Con esto, aquellas bestias, muy amantes de sus crías y viéndose sin ellas, se llegan de nuevo a los gatos, deseosas de tener nuevos hijuelos. ¡Ay de los gatos igualmente si sucede algún incendio, desgracia para ellos fatal y suprema cuita! Porque los Egipcios, que les son supersticiosamente afectos, sin ocuparse en extinguir el fuego, se colocan de trecho en trecho como centinelas, con el fin de preservar a los gatos del incendio; pero estos, por el contrario, asustados de ver tanta gente por allí, cruzan por entre los

hombres, y a veces para huir de ellos van a precipitarse en el fuego; desgracia que a los espectadores llena de pesar y desconsuelo. Cuando fallece algún gato de muerte natural, la gente de la casa se rapa las cejas a navaja; pero al morir un perro, se rapan la cabeza entera, y además lo restante del cuerpo.

LXVII. Los gatos después de muertos son llevados a sus casillas sagradas; y adobados en ellas con sal, van a recibir sepultura en la ciudad de Bubastis. Las perras son enterradas en sagrado en su respectiva ciudad, y del mismo modo se sepulta a los icneumones. Las mías⁶⁰ y gavilanes son llevados a enterrar en la ciudad de Butona, las ibis a la de Hermópolis; pero a los osos, raros en Egipto, y a los lobos, no mucho mayores que las zorras en aquel país, se los entierra allí mismo donde se les encuentra muertos y tendidos.

LXVIII. Hablemos ya de la naturaleza del cocodrilo, animal que pasa cuatro meses sin comer en el rigor del invierno, que pone sus huevos en tierra y saca de ellos sus crías, y que, siendo cuadrúpedo, es anfibio sin embargo. Pasa fuera del agua la mayor parte del día y en el río la noche entera, por ser el agua más caliente de noche que la tierra al cielo raso

con su rocío. No se conoce animal alguno que de tanta pequeñez llegue a tal magnitud, pues los huevos que pone no exceden en tamaño a los de un ganso, saliendo a proporción de ellos en su pequeñez el joven cocodrilo, el cual crece después de modo que llega a ser de 17 codos, y a veces mayor. Tiene los ojos como el cerdo, y los dientes grandes, salidos hacia fuera y proporcionados al volumen de su cuerpo, y es la única fiera que carezca de lengua. No mueve ni pone en juego la quijada inferior, distinguiéndose entre todos los animales por la singularidad de aplicar la quijada de arriba a la de abajo. Sus uñas son fuertes, y su piel cubierta de escamas, que hacen su dorso impenetrable. Ciego dentro del agua, goza a cielo descubierto de una agudísima vista. Teniendo en el agua su guarida ordinaria, el interior de su boca se le llena y atesta de sanguijuelas. Así que, mientras huye de él todo pájaro y animal cualquiera, solo el reyezuelo es su amigo y ave de paz, por lo común, de quien se sirve para su alivio y provecho, pues al momento de salir del agua el cocodrilo y de abrir su boca en la arena, cosa que hace ordinariamente para respirar el céfiro, se le mete en ella el reyezuelo y le va comiendo las san-

⁶⁰ Mígalas son al parecer lo mismo que musarañas.

guijuelas, mientras que la bestia no se atreve a dañarle por el gusto y solaz que en ello percibe.

LXIX. Los cocodrilos son para algunos Egipcios sagrados y divinos; para otros, al contrario, objeto de persecución y enemistad. Las gentes que moran en el país de Tebas o alrededor de la laguna Meris, se obstinan en mirar en ellos una raza de animales sacros, y en ambos países escogen uno comúnmente, al cual van criando y amasando de modo que se deje manosear, y al cual adornan con pendientes en las orejas, parte de oro y parte de piedras preciosas y artificiales, y con ajorcas en las piernas delanteras. Se le señala su ración de carne de los sacrificios. Regalado portentosamente cuando vivo, a su muerte se lo entierra bien adobado en sepultura sagrada. No así los habitantes de la comarca de Elefantina, que lejos de respetarlos como divinos, se sustentan con ellos a menudo. *Campsas* es el nombre egipcio de estos animales, a los que llaman los Jonios *cocodrilos*, nombre que les dan, por la semejanza que les suponen con los cocodrilos o lagartos que se crían en su tierra.

LXX. Muchas y varias son las artes que allí se emplean para pescar o coger el cocodrilo, de las cuales referiré una sola que creo la más digna de ser

referida. Atase al anzuelo un cebo, que no es menos que un lomo de tocino; arrójase en seguida al río, y se está el pescador en la orilla con un lechoncito vivo, al cual obliga a gruñir mortificándolo. Al oír la voz del cerdo, el cocodrilo se dirige hacia ella, y topando con el cebo lo engulle. Al instante tiran de él los de la orilla, y sacado apenas a la playa, se le emplastan los ojos con lodo, prevención con la que es fácil y hacedero el domarlo, y sin la cual harta fatiga costara la empresa⁶¹.

LXXI. Solo en la comarca de Papremis los hipopótamos o caballos de río son reputados como divinos, no así en lo demás del Egipto. El hipopótamo, ya que es menester describirle en su figura y talle natural, tiene las uñas hendidas como el buey, las narices romas, las crines, la cola y la voz de caballo, los colmillos salidos, y el tamaño de un toro más que regular. Su cuero es tan duro, que

⁶¹ Las recientes observaciones confirman casi todo cuanto dice Herodoto acerca del cocodrilo. En cuanto a fin larga inedia, rara vez se le encuentra en el vientre comida alguna: en el río de Santo Domingo en América, amánsase hasta tal punto, que juegan con él los muchachos: los árabes del alto Egipto consideran su cargo como un plato regalado, y los indios lo prenden casi del mismo modo que los Egipcios. Los dientes del cocodrilo son un excelente contraveneno.

después de seco se forman con él dardos bien lisos y labrados.

LXXII. Los Egipcios veneran como sagradas a las nutrias que se crían en sus ríos, y con particularidad entre los peces al que llaman lepidoto o escamoso, y a la anguila, pretendiendo que estas dos especies están consagradas al Nilo, como lo está entre las aves el *vulpanser* o ganso bravo.

LXXIII. Otra ave sagrada hay allí que sólo he visto en pintura, cuyo nombre es el de fénix. Raras son, en efecto, las veces que se deja ver, y tan de tarde en tarde, que según los de Heliópolis sólo viene al Egipto cada quinientos años a saber cuándo fallece su padre. Si en su tamaño y conformación es tal como la describen, su mote y figura son muy parecidas a las del águila, y sus plumas en parte doradas, en parte de color de carmesí. Tales son los prodigios que de ella nos cuentan, que aunque para mi poco dignos de fe, no omitiré el referirlos. Para trasladar el cadáver de su padre desde la Arabia al templo del Sol, se vale de la siguiente maniobra: forma ante todo un huevo sólido de mirra, tan grande cuanto sus fuerzas alcancen para llevarlo, probando su peso después de formado para experimentar si es con ellas compatible; va después va-

ciándolo hasta abrir un hueco donde pueda encerrar el cadáver de su padre; el cual ajusta con otra porción de mirra y atesta de ella la concavidad, hasta que el peso del huevo preñado con el cadáver iguale al que cuando sólido tenía; cierra después la abertura, carga con su huevo, y lo lleva al templo del Sol en Egipto. He aquí, sea lo que fuere, lo que de aquel pájaro refieren.

LXXIV. En el distrito de Tebas se ven ciertas serpientes divinas, nada dañosas a los hombres⁶², pequeñas en el tamaño, que llevan dos cuernecillos en la parte de la cabeza. Al morir se las entierra en el templo mismo de Júpiter, a cuyo númen y tutela se las cree dedicadas.

LXXV. Otra casta hay de sierpes aladas, sobre las cuales queriéndome informar hice mi viaje a un punto de la Arabia situado no lejos de Butona. Llegado allí (no se crea exageración), vi tal copia de huesos y de espinas de serpientes cual no alcanzo a ponderar. Veíanse allí vastos montones de osamentas, aquí otros no tan grandes, más allá otros menores, pero muchos y numerosos. Este sitio, osario de

⁶² De esta especie de cerastas sin veneno, o sierpes domésticas, las había, según Luciano, en Pella de Macedonia, y las hay en el reino de Juida, donde tienen templos y sacerdotes.

tantos esqueletos, es una especie de quebrada estrecha de los montes, y como un puerto que domina una gran llanura confinante con las campiñas del Egipto. Aquella carnicería se explica diciendo que al abrirse la primavera acuden las serpientes aladas desde la Arabia al Egipto⁶³, y que las aves que llaman ibis les salen al encuentro desde luego a la entrada del país, negándoles el paso, y acaban con todas ellas. A este servicio que las ibis prestan a los Egipcios, atribuyen los Árabes la estima y veneración en que los tienen aquellos naturales, y esta es la razón que dan los Egipcios mismos del honor que le tributan.

LXXVI. El ibis es una ave negra por extremo en su color, en las piernas semejante a la grulla, con el pico sumamente encorvado, del tamaño del *cres* o ayron. Esta es la figura de las ibis negras que pelean con las sierpes; pero otra es la de las ibis domésticas que se dejan ver a cada paso, que tienen la cabeza y cuello pelado, y blanco el color de sus alas, bien que las extremidades de ellas, su cabeza, su cuello y las partes posteriores son de un color negro muy subido; en las piernas y en el pico se asemeja a la otra

⁶³ Tales quizá serían las serpientes que envió Dios a los Israelitas en las costas del mar Rojo.

especie. La serpiente voladora se parece a la hidra; sus alas no están formadas de plumas, sino de unas pieles o membranas semejantes a las del murciélago.

LXXVII. Dejando ya a un lado las bestias sacras y divinas, hablemos por fin de los mismos Egipcios. Debo confesar que los habitantes de aquella comarca que se siembra, como que cultivan y ejercitan la memoria sobre los demás hombres, son asimismo la gente más hábil y erudita que hasta el presente he podido encontrar. En su manera de vivir guardan la regla de purgarse todos los meses del año por tres días consecutivos, procurando vivir sanos a fuerza de vomitivos y lavativas, persuadidos de que de la comida nacen al hombre todos los achaques y enfermedades. Los que así piensan son por otra parte los hombres más sanos que he visto, si se exceptúa a los Libios. Este beneficio lo deben en mi concepto a la constancia de sus anuas estaciones, porque sabido es que toda mutación, y la de las estaciones en particular, es la causa generalmente de que enfermen los hombres. Por lo común, no comen otro pan que el que hacen de la escandia, al cual dan el nombre de *cytestis*. Careciendo de viñas el

país⁶⁴, no beben otro vino que la cerveza que sacan de la cebada. De los pescados, comen crudos algunos después de bien secos al sol, otros adobados en salmuera. Conservan también en sal a las codornices, ánades y otras aves pequeñas para comerlas después sin cocer. Las demás aves, como también los peces, los sirven hervidos o asados, a excepción de los animales que reputan por divinos.

LXXVIII. En los convites que se dan entre la gente rica y regalada se guarda la costumbre de que acabada la comida pase uno alrededor de los convidados, presentándoles en un pequeño ataúd una estatua de madera de un codo o de dos a lo más⁶⁵, tan perfecta, que en el aire y color remeda al vivo un cadáver, y diciendo de paso a cada uno de ellos al presentársela y enseñarla: «¿No le ves? mírale bien: come y bebe y huelga ahora, que muerto no has de ser otra cosa que lo que ves.» Costumbre es esta, como he dicho, en los espléndidos banquetes.

LXXIX. Contentos los Egipcios con su música y canciones patrias, no admiten ni adoptan ninguna de las extranjeras. Entre muchos himnos y cancio-

⁶⁴ En esto se engaña Herodoto, pues hay viñas en algunos parajes del Egipto.

nes nacionales, a cual más lindas lo es con preferencia cierta cantinela, usada también en Fenicia, en Chipre y en varios países, y aunque en cada uno de ellos lleva su nombre particular, es no sólo parecida, sino igual exactamente a la que cantan los Griegos con el nombre de *Lino*. Y entre tantas cosas que no acabo de admirar entre los Egipcios, no es lo que menos ha excitado mi curiosidad el saber de dónde les procedía aquel cántico, al cual son tan aficionados que siempre se oye en sus labios, y al que en vez de *Lino* llaman *Maneros* en egipcio. Así dicen se llamaba el hijo único del primer rey de Egipto, muerto el cual en la flor de su edad, quisieron los Egipcios conservar la memoria del infeliz príncipe, y honrar al difunto con aquellas fúnebres endechas que fueron la primera y única canción del país.

LXXX. Otra costumbre guardan los Egipcios en la que se parecen, no a los Griegos en general, sino a los Lacedemonios, pues que los jóvenes al encontrarse con los ancianos se apartan del camino cediéndoles el paso, y se ponen en pie al entrar en la pieza los de mayor edad, ofreciéndoles luego su asiento.

⁶⁵ Según Luciano, era una momia, y no una estatua, la que se introducía en los convites.

LXXXI. Pero en lo que a ninguno de los Griegos se parecen aquellos pueblos, es que en vez de saludarse con corteses palabras, se inclinan profundamente al hallarse en la calle, bajando su mano hasta la rodilla. Visten túnicas de lino largas hasta las piernas, alrededor de las cuales corren algunas franjas, y a las que llaman *Calasiris*. Encima de ellas llevan su manto de lana, con cuyos tejidos se guardan sin embargo de presentarse en el templo o de enterrarse, amortajados en ellos, lo que fuera a sus ojos una profanación. Relación tiene esta costumbre egipcia con las ceremonias órficas⁶⁶ y pitagóricas, como se llaman, no siendo lícito tampoco a ninguno de los iniciados en sus orgías y misterios ir a la sepultura con mortaja de lana, a cuyos usos no falta su razón arcana y religiosa.

LXXXII. Los Egipcios, además de otras invenciones enseñaron varios puntos de astrología; qué mes y qué día, por ejemplo, sea apropiado a cada uno de los dioses⁶⁷ cuál sea el hado de cada particu-

⁶⁶ Estas ceremonias son los misterios de Baco y otros que Orfeo comunicó a los Tracios.

⁶⁷ Desde la creación se contaron los días por semanas, dándose a cada día el nombre de alguno de los planetas, que más tarde fueron divinizados por esta razón, creyéndolos árbitros de las cosas humanas. Los Egipcios, además de esto, dividían

lar, qué conducta seguirá, qué suerte y qué fin espera al que hubiese nacido en tal día o con tal ascendiente; doctrinas de que los poetas griegos se han valido en sus versos. En punto a prodigios, fueron los Egipcios los mayores agoreros del universo, como que tanto se esmeran en su observación, pues apenas sucede algún portentoso lo notan desde luego y observan su éxito; coligiendo de este modo el que ha de tener otro portentoso igual que acontezca.

LXXXIII. Del arte de vaticinar, tal es el concepto que tienen, que no lo miran como propio de hombres, sino apenas de algunos de sus dioses. Varios son los oráculos, en efecto, que encierra su país: el de Hércules, el de Apolo, el de Minerva, el de Diana, el de Marte, el de Júpiter, y el de Latona, por fin, situado en la ciudad de Butona, al que dan la primacía, y honran con preferencia a los demás.

LXXXIV. Reparten en tantos ramos la medicina, que cada enfermedad tiene su médico aparte, y nunca basta uno solo para diversas dolencias. Hierve en médicos el Egipto: médicos hay para los ojos, médicos para la cabeza, para las muelas, para el vientre; médicos, en fin, para los achaques ocultos.

las 24 horas del día entre los planetas, poniéndolas bajo su jurisdicción.

LXXXV. Por lo que hace al luto y sepultura, es costumbre que al morir algún sujeto de importancia las mujeres de la familia se emplasten de lodo el rostro y la cabeza. Así desfiguradas y desceñidas, y con los pechos descubiertos, dejando en casa al difunto, van girando por la ciudad con gran llanto y golpes de pecho, acompañándolas en comitiva toda la parentela. Los hombres de la misma familia, quitándose el cingulo, forman también su coro plañiendo y llorando al difunto. Concluidos los clamores, llevan el cadáver al taller del embalsamador.

LXXXVI. Allí tienen oficiales especialmente destinados a ejercer el arte de embalsamar, los cuales, apenas es llevado a su casa algún cadáver, presentan desde luego a los conductores unas figuras de madera, modelos de su arte, las cuales con sus colores remedan al vivo un cadáver embalsamado. La más primorosa de estas figuras, dicen ellos mismos, es la de un sujeto cuyo nombre no me atrevo ni juzgo lícito publicar. Enseñan después otra figura inferior en mérito y menos costosa, y por fin otra tercera más barata y ordinaria, preguntando de qué modo y conforme a qué modelo desean se les adobe el muerto; y después de entrar en ajuste y cerrado el

contrato, se retiran los conductores. Entonces, quedando a solas los artesanos en su oficina, ejecutan en esta forma el adobo de primera clase. Empiezan metiendo por las narices del difunto unos hierros encorvados, y después de sacarle con ellos los sesos, introducen allá sus drogas e ingredientes. Abiertos después los ijares con piedra de Etiopía aguda y cortante, sacan por ellos los intestinos, y purgado el vientre, lo lavan con vino de palma y después con aromas molidos, llenándolo luego de finísima mirra, de casia, y de variedad de aromas, de los cuales exceptúan el incienso, y cosen últimamente la abertura⁶⁸. Después de estos preparativos adoban secretamente el cadáver con nitro durante setenta días, único plazo que se concede para guardarle oculto, luego se le faja, bien lavado, con ciertas vendas cortadas de una pieza de finísimo lino, untándole al mismo tiempo con aquella goma de que se

⁶⁸ Esta maniobra puede leerse más circunstanciada en Diodoro de Sicilia, donde el principal embalsamador señala el lugar de la incisura; el incisor abre el vientre del cadáver y echa luego a correr entre las maldiciones y piedras que le tiran los circunstantes, y el salador practica lo que dice Herodoto.

sirven comúnmente los Egipcios en vez de cola⁶⁹. Vuelven entonces los parientes por el muerto, toman su momia, y la encierran en un nicho o caja de madera, cuya parte exterior tiene la forma y apariencia de un cuerpo humano, y así guardada la depositan en un aposentillo, colocándola en pie y arrimada a la pared. He aquí el modo más exquisito de embalsamar los muertos.

LXXXVII. Otra es la forma con que preparan el cadáver los que, contentos con la medianía, no gustan de tanto lujo y primor en este punto. Sin abrirle las entrañas ni extraerle los intestinos, por medio de unos clísteres llenos de aceite de cedro, se lo introducen por el orificio, hasta llenar el vientre con este licor, cuidando que no se derrame después y que no vuelva a salir. Adóbanle durante los días acostumbrados, y en el último sacan del vientre el aceite antes introducido, cuya fuerza es tanta, que arrastra consigo en su salida tripas, intestinos y entrañas ya líquidas y derretidas. Consumida al mismo tiempo la carne por el nitro de afuera, sólo resta del

⁶⁹ En el día se conservan en los museos algunas momias fajadas con estos lienzos, sobra los cuales se leen muchos caracteres sacros.

cadáver la piel y los huesos; y sin cuidarse de más, se restituye la momia a los parientes.

LXXXVIII. El tercer método de adobo, de que suelen echar mano los que tienen menos recursos, se deduce a limpiar las tripas del muerto a fuerza de lavativas, y adobar el cadáver durante los setenta días prefijados, restituyéndole después al que lo trajo para que lo vuelva a su casa.

LXXXIX. En cuanto a las matronas de los nobles del país y a las mujeres bien parecidas, se toma la precaución de no entregarlas luego de muertas para embalsamar, sino que se difiere hasta el tercero o cuarto día después de su fallecimiento. El motivo de esta dilación no es otro que el de impedir que los embalsamadores abusen criminalmente de la belleza de las difuntas, como se experimentó, a lo que dicen, en uno de esos inhumanos, que se llegó a una de las recién muertas, según se supo por la delación de un compañero de oficio.

XC. Siempre que aparece el cadáver de algún Egipcio o de cualquier extranjero presa de un cocodrilo o arrebatado por el río, es deber de la ciudad en cuyo territorio haya sido arrojado enterrarle en lugar sacro, después de embalsamarle y amortajarle del mejor modo posible. Hay más todavía, pues no

se permite tocar al difunto a pariente o amigo alguno, por ser este un privilegio de los sacerdotes del Nilo, los que con sus mismas manos lo componen y sepultan como si en el cadáver hubiera algo de sobrehumano.

XCI. Huyen los Egipcios de los usos y costumbres de los Griegos, y en una palabra, de cuantas naciones viven sobre la faz de la tierra; pero este principio, común en todos ellos, padece alguna excepción en la gran ciudad de Chemmis del distrito de Tebas, vecina a la de Neápolis⁷⁰. Perséo, el hijo de Danno, tiene en ella un templo cuadrado, circuido en torno de una arboleda de palmas. El propileo⁷¹ del templo está formado de grandes piedras de mármol, y en él se ven en pié dos grandes estatuas, de mármol asimismo: dentro del sagrado recinto hay una capilla, y en ella la estatua de Perseo. Los buenos Chemmitas cuentan que muchas veces se les aparece en la comarca, otras no pocas en su templo; y aun a veces se encuentra una sandalia de las que

⁷⁰ Chemmis, llamada también Panopolis antiguamente, se llama en el día Akraim o Akmin: Neapolis es actualmente Keua.

⁷¹ Propileo es voz griega, a la cual, si hubiera de encontrar equivalente en medio de la gran variedad en la estructura de los templos, sustituiría el de pórtico o galería.

calza el semidios, no como quiera, sino tamaña de dos codos, cuya aparición, a lo que dicen es siempre agüero de bienes, y promesa de un año de abundancia para todo Egipto. En honor de Perséo celebran juegos gímnicos según la costumbre griega, en los que entra todo género de certamen, y se proponen por premio animales, pieles y mantos de abrigo. Quise investigar de ellos la razón por qué Perséo los distinguía entre los demás Egipcios con sus apariciones, y por qué se singularizaban en honrarle con sus juegos gímnicos; a lo que me respondieron que el semidios era hijo de la ciudad, y me contaban que dos de sus compatriotas, llamado el uno Danao, y Linceo el otro, habían pasado por mar a la Hélada, y de la descendencia de entrambos que me deslindaron, nació Perséo, el cual, pasando por Egipto en el viaje que hizo a la Libia con el mismo objeto que refieren los griegos de traer la cabeza de Gorgona, visitó la ciudad de Chemmis, cuyo nombre sabía por su madre, y que allí reconoció a todos sus parientes, y que por su mandato se celebraban los juegos gímnicos desde entonces.

XCII. Los usos hasta aquí referidos pertenecen a los Egipcios que moran más arriba de los pantanos; los que viven en medio de ellos se asemejan ente-

ramente a los primeros en costumbres y en tener una sola esposa⁷², como también sucede entre los Griegos; pero exceden a los demás en ingenio y habilidad para alcanzar el sustento. Cuando la campiña queda convertida en mar durante la avenida del río, suelen criarse dentro del agua misma muchos lirios, que llaman *loto*⁷³ los naturales, de los que, después de segados y secos al sol, extraen la semilla, parecida en medio de la planta a la de la adormidera, amasando con ella sus panes y cociéndolos al horno. Sírveles también de alimento la raíz del mismo loto, de figura algo redonda y del tamaño de una manzana. Otros lirios nacen allí en el agua estancada del río muy parecidos a las rosas, de cuyas raíces sale una vaina semejante en forma al panal de las avispas, dentro de la cual se encierra un fruto formado de ciertos granos apiñados a manera de confites y del tamaño del hueso de aceituna, que se pueden comer así tiernos como secos. Tienen otra planta

⁷² Diodoro Sículo dice que los sacerdotes casan con una sola mujer, y los demás Egipcios con cuantas quieren. No podemos conciliarlo con Herodoto, sino diciendo que variaron las costumbres.

⁷³ Este loto es la planta llamada Nenufar o Nimfea, cuyo tallo crudo comen los Árabes por refrigerante, y del cual sacan cierta bebida que calienta el estómago.

llamada *biblo*⁷⁴, de anual cosecha, cuya parte inferior, después de arrancada y sacada del pantano, se come y se vende, siendo de un codo de largo, y cortándose la superior para otros usos. Los que buscan en el *biblo* más delicado gusto antes de comerlo suelen meterlo a tostar en un horno bien caldeado. No falta gente en el país cuyo único alimento es la pesca, y que comen los peces, después de limpiados de las tripas y de secarlos al sol.

XCIH. Aunque los ríos no suelen criar pesca gregal o de comitiva, la producen las lagunas del Egipto, en las que sienten los peces el instinto de formar nuevas crías, nadan en tropas hacia el mar; los machos al frente conducen aquel rebaño, despidiendo al mismo tiempo la semilla que, sorbida por las hembras que los persiguen, las hace preñadas. Después de llenas en el mar, dan todos la vuelta y nadan hacia su primitiva guarida; pero entonces no son ya los machos los pilotos, por decirlo así, del rumbo, sino que se alzan las hembras con la direc-

⁷⁴ Por otro nombre Papyrus, y en árabeto Al Berdi, de cuyo meollo formábase cierta masa de la que fabricaban el papel casi del mismo modo que nosotros. Obsérvase que esta planta servía de todo en Egipto; de comida, de vestido, de zapatos, de jarcias y de corona, como sucede con la palma en las Indias.

ción del rebaño, a imitación de lo que han visto hacer a los otros en la ida, y van despidiendo sus huevos, tan pequeños como un granito de mijo, que son engullidos por los machos que les van en seguimiento. Cada uno de aquellos granos es un pescadillo, y de los que quedan en el agua escapando de la voracidad de los machos nacen después los pescados. Se observa que los que se cogen en su salida al mar, tienen la cabeza algo raída a la parte izquierda, pero en los cogidos a la vuelta se les ve como rozada y desflorada la derecha, porque van hacia el mar siguiendo la orilla izquierda, y toman a la vuelta el mismo rumbo, acercándose cuanto pueden a la ribera, y nadando junto a tierra, para evitar que la corriente del río no los desvíe y aleje de su camino⁷⁵. Apenas crece el Nilo se empiezan al mismo tiempo a llenarse las hoyas que forma la tierra, y los pantanos vecinos al río, con el agua que del mismo se comunica y trasfunde, y en aquellas balsas acabadas de llenar hierve de repente un hormiguero de pescadillos. Creo, pues, y difícil será que me engañe,

⁷⁵ Aunque esta relación tiene, según Aristóteles, todo el carácter de fábula, guarda alguna semejanza con lo que sucede con la hembra del caimán, que engulle sus crías empolladas en la arena, y con los atunes del ponto Euxino, que desfloran su piel rozando con la ribera.

que el año anterior, al menguar el Nilo, los peces se fueron retirando con las últimas aguas hacia la madre del río, dejando en el lodo sus huevos, de los cuales salen de repente los nuevos peces al volver al año siguiente la avenida de las aguas⁷⁶. He aquí cuanto de ellos puede decirse.

XCIV. Los mismos Egipcios de las lagunas exprimen para su uso cierto unguento, que llaman *kiki*, de la fruta de los *siliciprios*⁷⁷, plantas que en Grecia se crían naturalmente en los campos, y que sembradas en Egipto a orillas del río o de las lagunas dan muy copioso fruto, aunque de un olor ingrato. Apenas escogido éste, hay quien lo machaca para exprimir su jugo, y suelen también freírlo en la sartén para recoger el licor que de él va manando, el cual viene a ser cierto humor craso, que para la luz del candil no sirviera menos que el aceite, si no despidiera un olor pesado y molesto.

XCV. Varios remedios han discurrido los naturales para defenderse y librarse de los mosquitos,

⁷⁶ Muéstrase aquí Herodoto mejor naturalista que los que pretenden que el calor del sol saca varios animales de la materia pútrida, y que basta por sí sola a organizar un cuerpo viviente, error no menos impío que absurdo.

⁷⁷ Será, a mi entender, este arbusto la higuera infernal, que Dioscórides llama *siselis*.

plaga en Egipto infinita. Los que viven más allá de los pantanos se suben y guarecen en sus altas torres, donde no pueden los mosquitos remontar su tenue vuelo vencidos de la fuerza de los vientos; los que moran vecinos a las lagunas, en vez del asilo de las torres, acuden al amparo de una red, con que se previene cada uno, cogiendo en ella de día los insectos como pesca, y tomando de noche para defenderse en su aposento dormitorio aquella misma red, con que rodea su cama y dentro de la cual se echa a dormir. Es singular que si allí duerme uno cubierto con sus vestidos o envuelto en sus sábanas, penetran por ellas los mosquitos y le pican, al paso que huyen tanto de la red, que ni aun se atreven a tentar el paso por sus aberturas.

XCVI. Las barcas de carga se fabrican allí de madera de espino, árbol muy semejante en lo exterior al loto de Cirene, y cuya lágrima es la goma. Su construcción, muy singular por cierto, se forma de tablones de espino de dos codos, compuestos a manera de tejas y unidos entre sí con largos y muy espesos clavos. Construido así el buque, en la parte de arriba se tienden los bancos del batel en vez de cubierta, sin valerse absolutamente de los maderos que llamamos costillas; y lo calafatean luego con biblio

por la parte interior. El timón está metido de modo que llega y aun pasa por la quilla. El mástil es de espino, y las jarcias y yolas de biblo. Estas barcas, que no son capaces de navegar río arriba, a no tener buen viento, suben tiradas desde la orilla; pero río abajo navegan con la sola ayuda de un rejado que llevan hecho de vacas de tamariz, entretejido a manera de cañizo y parecido a una puerta, y de una piedra agujereada que pesará como dos, talentos o quintales. Al partir, arrojan al agua de proa su rejado atado al barco con una soga, y de popa la piedra también atada; el rejado, impelido por la corriente, vase largando y tirando a remolque la *baris*, que así se llaman estas barcas, mientras dirige su curso la piedra arrastrada desde la popa surcando el fondo del río. Hay un sinnúmero de estas naves, y algunas de tanto buque que cargan con muchos miles de talentos.

XCVII. En el tiempo que el Nilo inunda el país, aparecen únicamente las ciudades a flor del agua con una perspectiva muy parecida a la que presentan las islas en el mar Egeo pues entonces es un mar todo el Egipto, y solo las poblaciones asoman su cabeza sobre el agua. Durante la inundación, en vez de seguir la corriente del río, se navega por lo llano

de la campiña, según manifiestamente aparece, pues la navegación trillada y ordinaria de Naucratis a Memfis es por cerca de las pirámides, rumbo que se deja durante la inundación por otro que pasa por la punta de la Delta y la ciudad de Cercasoro. Del mismo modo, el que desde la costa, saliendo de Canobo, quisiera navegar sobre la campiña hacia Naucratis, hará su viaje por la ciudad de Antila y por otra que se llama Arcandro.

XCVIII. No quiero omitir, ya que hice mención de estas dos ciudades, que Antila, quo lo es bien considerable, está señalada para el chapin y el calzado de la esposa del actual monarca del Egipto, tributo introducido desde que el Persa se hizo señor del reino. Acerca de la otra, llamada Arcandro, creo debió tomar su nombre de aquel Arcandro que fue yerno de Danao, hijo de Ptio y nieto de Aqueo. Bien cabe que haya existido otro Arcandro, pero lo que no admite duda es que este nombre no es egipcio.

XCIX. Cuanto llevo dicho hasta el presente es lo que yo mismo vi, lo que supe por experiencia, lo que averigüé con mis pesquisas; lo que en adelante iré refiriendo lo oí de boca de los Egipcios, aunque entre ello mezclaré algo aun de lo que vi por mis

ojos. De Menes, el primero que reinó en Egipto, decíanme los sacerdotes que desvió con un dique el río para secar el terreno de Memfis, pues observando que el río se echaba con toda su corriente hacia las raíces del monte arenoso de la Libia, discurreó para desviarle levantar un terraplén en un recodo que forma el río por la parte de Mediodía a unos cien estadios más arriba de Memfis, y logró con aquella obra que, en canalada el agua por un nuevo cauce, no sólo dejase enjuta la antigua madre del río, sino que aprendiese a dirigir su curso a igual distancia de los dos montes. Es cierto que aun al presente mantienen los Persas en aquel recodo en que se obliga al Nilo a torcer su curso, mucha gente apostada para reforzar cada año el mencionado dique; y con razón, pues si rompiendo por allí el río se precipitase por el otro lado, iría sin duda a pique Memfis y quedara sumergida. Apenas hubo Menes, el primer rey, desviado el Nilo y enjugado el terreno, fundó primeramente en él la ciudad que ahora se llama Memfis⁷⁸, realmente edificada en aquella espe-

⁷⁸ Memfis, a 15 millas de la punta de la Delta hacia el Mediodía, fue completamente destruida por los Árabes, quienes se sirvieron de sus ruinas para edificar el Cairo. Su fundación fue quizá posterior a la guerra de Troya, pues nada dice de ella Homero, que tanto celebró a Tebas. Los profetas la lla-

cie de garganta del Egipto y rodeada con una laguna artificial que él mismo mandó excavar por el Norte y Mediodía, empezando desde el río, que la cerraba al Oriente. Al mismo tiempo erigió en su nueva ciudad un templo a Vulcano, monumento en verdad magnífico y memorable.

C. Los mismos sacerdotes me iban leyendo en un libro el catálogo de nombres de 330 reyes posteriores a Menes⁷⁹. En tan larga serie de tantas generaciones se contaban 18 reyes etíopes, una reina egipcia y los demás reyes egipcios también. El nombre de aquella reina única era Nitocris, el mismo que tenía la otra reina de Babilonia, y de ella contaban que recibida la corona de mano de los Egipcios, que habían quitado la vida a su hermano, supo vengarse de los regicidas por medio de un ardid. Mandó fabricar una larga habitación subterránea, con el pretexto de dejar un monumento de nueva invención; y bajo este color,

man Noph, pero no era todavía corte de los Faraones en tiempo de Moisés, sino Zoan o la Tanis de los Griegos.

⁷⁹ Empresa que ha desanimado a los más sabios y eruditos, cual es el ordenar el catálogo de los reyes de Egipto, no me atreveré a tentarla. El que 330 reyes no dejasen de sí monumento alguno, hace dudar de su existencia y pensar que se-

con una mira bien diversa, convidó a un nuevo banquete a muchos de los Egipcios que sabía haber sido motores y principales cómplices en la alevosa muerte de su hermano. Sentados ya a la mesa, en medio del convite dio orden que se introdujese el río en la fábrica subterránea por un conducto grande que estaba oculto. A este acto de la reina añadían el de haberse precipitado en seguida por sí misma dentro de una estancia llena de ceniza a fin de no ser castigada por los Egipcios.

CI. De los demás reyes del catálogo decían que, no habiendo dejado monumento alguno, ninguna gloria ni esplendor quedaba de ellos en la posteridad, si se exceptúa el último, llamado Meris, pues éste hizo muchas obras públicas, edificando en el templo de Vulcano los propileos o pórticos que miran al viento Bóreas, mandando excavar una grandísima laguna cuyos estadios de circunferencia, referiré más abajo, y levantando en ella unas pirámides, de cuya magnitud daré razón al hablar de la laguna. Tantos fueron los monumentos que a Meris se deben, cuando ni uno solo dejaron los demás.

rían quizá varios príncipes que gobernaban contemporáneamente diversas ciudades del Egipto.

CII. Bien podré por lo mismo pasar a estos en silencio, para hacer desde luego mención del otro gran monarca que con el nombre de Sesostris les sucedió en la corona⁸⁰. Decíanme de Sesostris los sacerdotes, que saliendo del golfo Árábigo con una armada de naves largas, sujetó a su dominio a los que habitaban en las costas del mar Erithreo, alargando su viaje hasta llegar a no sé qué bajíos que hacían el mar innavegable; que desde el mar Erithreo, dada la vuelta a Egipto, penetró por tierra firme con un ejército numeroso que juntó, conquistando tantas naciones cuantas delante se le ponían, y si hallaba con alguna valiente de veras y amante de sostener su libertad, erigía en su distrito, después de haberla vencido, unas columnas en que

⁸⁰ Varias y discordes son las opiniones de los críticos acerca de la época y persona de Sesostris, que referiremos simplemente sin decidir en favor de ninguna: 1.^a, que es el Sesac de los libros sagrados, 2.^a, que vivió mucho antes de la guerra de Troya en tiempo de los Jueces de Israel; 3.^a, que es el *Selos* de Maneton, y el Egipto hermano de Danao casi a la misma época antedicha, 4.^a, que en el Tifón de la mitología, y el Faraón sumergido en el mar Rojo; 5.^a, que es el Osiris egipcio, el Baco griego y el Sesac de la Biblia; 6.^a, que fue el primero de los Faraones coetáneos de Moisés que empezó a maltratar a los Israelitas. Solo advertiré que, según el cómputo de Herodoto, vivió Sesostris un siglo antes de la guerra de Troya.

grababa una inscripción que declarase su nombre propio, el de su patria y la victoria con su ejército obtenida sobre aquel pueblo; si le acontecía, empero, no encontrar resistencia en algún otro, y rendir sus plazas con facilidad, fijaba asimismo en la comarca sus columnas con la misma inscripción grabada en las otras, pero mandaba esculpir en ellas además la figura de una mujer, queriendo sirviese de nota de la cobardía de los vencidos, menos hombres que mujeres.

CIII. Lleno de gloria Sesostris con tantos trofeos, iba corriendo las provincias del continente del Asia, de donde pasando a Europa domó en ella a los Escitas y Tracios, hasta cuyos pueblos llegó, a lo que creo, el ejército egipcio, sin pasar más allí, pues que en su país y no más lejos se encuentran las columnas. Desde este término, dando la vuelta hacia atrás por cerca del río Fasis, no tengo bastantes luces para asegurar si el mismo rey, separando alguna gente de su ejército, la dejaría allí en una colonia que fundó, o si algunos de sus soldados, molidos y fastidiados de tanto viaje, se quedarían por su voluntad en las cercanías de aquel río.

CIV. Así me expreso, porque siempre he tenido la creencia de que los Coleos no son más que Egip-

cios, pensamiento que concebí antes que a ninguno lo oyera. Para salir de dudas y satisfacer mi curiosidad, tomé informes de entrambas naciones, y vine a descubrir que los Coleos conservaban más viva la memoria de los Egipcios que no éstos de aquellos, si bien los Egipcios no negaban que los Coleos fuesen un cuerpo separado antiguamente de la armada de Sesostris. Dio motivo a mis sospechas acerca del origen de los Coleos, el verlos negros de color y crespos de cabellos; pero no fiándome mucho en esta conjetura, puesto que otros pueblos hay además de los Egipcios negros y crespos, me fundaba mucho más en la observación de que las únicas naciones del globo que desde su origen se circuncidan son los Coleos, Egipcios y Etiópes, pues que los Fenicios y Sirios⁸¹ de la Palestina confiesan haber aprendido del Egipto el uso de la circuncisión. Respecto de los otros Sirios situados en las orillas de los ríos Termodonte y Partenio, y a los Macrones sus vecinos y comarcanos, únicos pueblos que se circuncidan, afirman haberlo aprendido modernamente de los Coleos. No sabría, empero, definir,

⁸¹ Según Gronovio, se llamaban Siros los moradores de Palestina, y Sirios o Asirios los de Capadocia; pero los antiguos no siempre observan exactamente esta diferencia.

entre los Egipcios y Etiópes, cuál de los dos pueblos haya tomado esta costumbre del otro, viéndola en ambos muy antigua y de tiempo inmemorial. Descubro, no obstante, un indicio para mí muy notable, que me inclina a pensar que los Etiópes la tomaron de los Egipcios, con quienes se mezclaron, y es haber observado que los Fenicios que tratan y viven entre los Griegos no se cuidan de circuncidar como los Egipcios a los hijos que les van naciendo⁸².

CV. Y una vez que hablo de los Coleos, no quiero omitir otra prueba de su mucha semejanza con los Egipcios, con quienes frisa no poco su tenor de vida y su modo de hablar, y es el idéntico modo con que trabajan el lino. Verdad es que el de Coleos se

⁸² Hemos observado ya que la circuncisión entre los Hebreos era una ceremonia religiosa figura del bautismo, sello de la creencia en el Mesías y de la fe de Abrahan su primer autor, y recuerdo de la mortificación de la concupiscencia, no menos que una marca política o insignia de una sociedad aislada, al paso que en los demás pueblos era un uso ordenado a la salud, limpieza y fecundidad. Estas causas, junto con el ardor del clima, creemos que inspirarían esta prevención a cada nación en particular: pero si se quiere que se haya derivado de una a otra, diremos que de los Israelitas pasó a sus Egipcios y Árabes; de los Egipcios que solo la usaban sus sacerdotes, a los Colcos y Sirios, y de los Árabes a los Etiópes y demás Africanos, que la observan todavía.

llama entro los Griegos lino *sardónico*, y el otro *egipcio*, del nombre de su país.

CVI. Volviendo a las columnas que el rey Sesotris iba levantando en diversas regiones, si bien muchas ya no parecen al presente, algunas vi yo mismo existentes todavía en la Siria Palestina, en las cuales leí la referida inscripción y noté grabados los miembros de una mujer. En la Jonia se dejan ver también dos figuras de aquel héroe esculpidas en mármoles; una en el camino que va a Focea desde el dominio Efeso; otra en el que va desde Sardes hacia Smirna. En ambas partes vése grabado un varón alto de cinco palmos, armado con su lanza en la mano derecha, y con su ballesta en la izquierda, con la demás armadura correspondiente, toda etiópica y egipcia. Desde un hombro a otro corren esculpidas por el pecho unas letras egipcias con caracteres sagrados que dicen: *Esta región la gané con mis hombres*. Es verdad no se dice allí quién sea el conquistador representado, ni de dónde vino; pero en otras partes lo dejó expreso. Sé que algunos que vieron tales figuras conjeturan, sin dar en el blanco, sí sería la imagen de Memnon⁸³.

⁸³ No se crea que se habla aquí de la célebre estatua colosal de Tebas que hablaba al nacer el sol.

CVII. Añadían los sacerdotes que, vuelto Sesostris de sus conquistas con gran comitiva de prisioneros traídos de las provincias subyugadas, fue hospedado en Dafnes de Pelusio por un hermano encargado en su ausencia del gobierno del Egipto, quien durante el convite que daba como huéspedes a Sesostris y a sus hijos, mandó rodear de leña el exterior de la casa, y luego de amontonada se le diese fuego. Entendiendo Sesostris lo que se hacía, y consultando con su mujer, a quien llevaba siempre en su compañía, lo que en lance tan apretado debía hacerse, recibió de ella el consejo de arrojar a la hoguera dos de los seis hijos que allí tenía y formar con ellos un puente por el cual saliesen los demás salvos de aquel incendio; consejo que resolvió poner por obra, logrando salvarse con la pérdida de dos hijos, con los demás de la compañía⁸⁴.

CVIII. Restituido Sesostris al Egipto y vengada desde luego la alevosía de su hermano, sirvióse de la tropa de prisioneros que consigo llevaba en bien público del Estado, pues ellos fueron los que en

⁸⁴ Diodoro Sículo, sin acudir a este medio extremo y maravilloso, tan del gusto de Herodoto, saca en salvo a Sesostris por favor del cielo. En caso de que Sesostris fuera el mismo que los antiguos llamaron Egipto, el traidor sería Danao, perseguido con este motivo por su hermano.

aquel reinado arrastraron al templo de Vulcano los mármoles que en él hay de una grandeza descomunal; ellos los empleados por fuerza en abrir los fosos y canales que al presente cruzan el Egipto, haciendo a su pesar que aquel país, antes llano, abierto como un coso a la caballería y a las ruedas de los carros, dejase de serlo en adelante; pues, en efecto, desde aquella sazón, aunque sea el Egipto una gran llanura, con los canales que en él se abrieron, muchos en número vueltos y revueltos hacia todas partes, se hizo impracticable a la caballería e intransitable a las ruedas. El objeto que tuvo aquel monarca cortando con tantos canales el terreno, fue proveer de agua saludable a sus vasallos, pues veía que cuantos Egipcios habitaban tierra adentro apartados de las orillas del río, hallándose faltos de agua corriente al retirar el Nilo su avenida, acudían por necesidad a la de los pozos, bebida harto gruesa y pesada.

CIX. Cortado así el Egipto por los motivos expresados, el mismo Sesostris, a lo que decían hizo la repartición de los campos, dando a cada Egipcio su suerte cuadrada y medida igual de terreno⁸⁵;

⁸⁵ Según Diodoro, Sesostris antes de su expedición al Asia dejó ya repartido el terreno y dividido el reino en 36 distri-

providencia sabia por cuyo medio, imponiendo en los campos cierta contribución, logró fijar y arreglar las rentas anuas de la corona. Con este orden de cosas, si sucedía que el río destruyese parte de alguna de dichas suertes, debía su dueño dar cuenta de lo sucedido al rey, el cual, informado del caso, reconocía de nuevo por medio de sus peritos y medía la propiedad, para que, en vista de lo que había desmerecido, contribuyese menos al Erario en adelante, a proporción del terreno que le restaba. Nacida de tales principios en Egipto la geometría, creo pasaría después a Grecia, conjetura que no es extraña, pues que los Griegos aprendieron de los Babilonios el reloj, el gnomon y el repartimiento civil de las doce horas del día.

CX. Sesostris fue el único que tuvo dominio sobre la Etiopía. Delante del templo de Vulcano dejó memoria de su reinado en unas estatuas de mármol que levantó, dos de las cuales, la suya y la de su esposa, tienen la altura de 30 codos, y de 20 las cuatro restantes, que son de sus hijos. Sucedió después que intentando el Persa Darío colocar su estatua delante

tos. Esta división de campos debía además existir ya durante los impuestos exigidos a los Egipcios por el patriarca Josef, anterior sin duda a Sesostris.

de la de Sesostris, se te opuso el sacerdote de Vulcano, diciéndole que no había llegado a las proezas de Sosostris, pues que éste, no habiendo conquistado menos naciones que Darío, subyugó entre ellas a los Escitas, a quienes el Persa no pudo vencer, y que no siéndole superior en hazañas, no quisiera serlo tampoco en el honor y preeminencia de las estatuas. Y es singular que Darío, no llevando a mal la resistencia, disimulase la libertad y franqueza del sacerdote.

CXI. Muerto Sesostris, continuaban, tomó el mando del reino su hijo Feron⁸⁶, el cual, sin haber emprendido ninguna militar expedición, tuvo la desgracia de cegar. Bajaba el Nilo con una de las mayores avenidas que por entonces acostumbraba, llegando su creciente a 18 codos, y arrojado además sobre los campos, por desgracia, a impulsos de un viento impetuoso, se encrespaba como el mar, y levantaba sus olas. Viéndolo el rey, dicen que enfurecido tomó su lanza con ímpetu temerario e impío y la arrojó en medio de las ondas remolinadas del río. Allí mismo, sin dilatársele el castigo, enfermó de

⁸⁶ Solo a este rey aplica el autor el nombre genérico a los reyes egipcios, de Furon o Feron en idioma cóptico antiguo, o Faraón en Hebreo.

los ojos y perdió la vista. Diez años hacía que vivía ciego el monarca, cuando de la ciudad de Butona le llegó un oráculo en que se le anunciaba el término de su pena y castigo, y que iba a recobrar la vista sólo con lavarse los ojos con la orina de una mujer tan continente, que sin comercio con ningún hombre extraño, sólo fuese conocida de su marido. Qui-so empezar su tentativa con la de su propia mujer; pero no surtiendo efecto, siguió haciendo prueba en la de muchas otras, hasta que por fin recobró la vista. Mandó que todas las mujeres en cuya orina había probado remedio, excepto aquella que se lo había dado, fuesen conducidas a cierta ciudad que se llama al presente Eritrebelos, y allí todas quemadas de una vez; y no menos agradecido que severo, quiso tomar por esposa aquella a quien debía el recobro de la vista. Entre otras muchas dádivas que, libre de su ceguera, consagró en los templos de más fama y consideración, merecen atención particular los monumentos, dignos en verdad de verse, que erigió en el templo del Sol, y son dos obeliscos de mármol, cada uno de una sola pieza y de cien codos de alto y ocho de grueso.

CXII. A esto monarca dan por sucesor en el trono a un ciudadano de Memfis, cuyo nombre griego

es Proteo⁸⁷, que tiene actualmente en aquella ciudad un templo y bosque religioso muy bello y adornado, alrededor del cual tienen su casa los Fenicios de Tiro, circunstancia por que se llama aquel lugar el campo de los Fenicios. Dentro de este recinto sagrado hállase también un templo que tiene el nombre de Venus la huéspedea, y que creo, a no engañarme, será Helena, hija de Tindaro, pues según he oído decir estuvo Helena en el palacio de Proteo, y no hay además otro templo de los delicados a Venus que llevo el renombre de huéspedea o de peregrina.

CXIII. He aquí en verdad lo que me referían los sacerdotes acerca de Helena cuando yo les pedía informes. Al volver a su patria Alejandro en compañía de Helena, a quien había robado en Esparta, unos vientos contrarios lo arrojaron desde el mar Egeo al Egipto, en cuyas costas, no mitigándose la

⁸⁷ Los Egipcios le llamaban Cetes, y le tenían por un gran mago y astrólogo, a quien los Griegos después de Homero atribuyeron el poder de trasformarse en cualquier objeto viviente o insensible, tomando esta ficción de las varias figuras y jeroglíficos con que los reyes egipcios adornaban su cabeza. Según algunos, Proteo es el Setnos de Maneton y el Tifon de los mitólogos; según otros, era un mero gobernador del bajo Egipto, opinión que favorece el texto de Homero y la etimología del nombre griego, que significa presidente.

tempestad, se vio obligado a tomar tierra y aportar a las Taríqueas, situadas en la boca del Nilo que llaman Canóbica. Había a la sazón en dicha playa, y lo hay todavía, un templo, dedicado a Hércules, asilo tan privilegiado al mismo tiempo que el esclavo que en él se refugiaba, de cualquier dueño fuese, no podía ser por nadie sacado de allí, siempre que dándose por siervo de aquel dios se dejase marcar con sus armas o sello sagrado, ley que desde el principio hasta el día se ha mantenido siempre en todo su vigor. Informados, pues, los criados de Alejandro del asilo y privilegios del templo, se acogieron a aquel sagrado con ánimo de dañar a su señor, y le acusaron refiriendo circunstanciadamente cuanto había pasado en el rapto de Helena y en el atentado contra Menelao; deposición criminal que hicieron no sólo en presencia de los sacerdotes de aquel templo, sino también de Tonis, gobernador de aquel puerto y desembocadura.

CXIV. Apenas acabó este de oír la declaración de los esclavos, cuando despacha a Memfis un expreso para Proteo con orden de decirle: «Acaba de llegar un extranjero, príncipe de la familia real de Teucro, que ha cometido en Grecia una impía y temeraria violencia, viniendo de allí con la esposa de

su misino huésped furtivamente seducida; y trayendo con ella inmensos tesoros, arribó a tierra arrojado por la tempestad. ¿Qué haremos, pues, con él? ¿le dejaremos salir impunemente del puerto con sus naves, o le despojaremos de cuanto consigo lleva?» Proteo, avisado, envió luego un correo con la siguiente respuesta: «A ese hombre, sea quien fuere, que tal maldad y perfidia contra su mismo huésped ha cometido, prendédmelo sin falta y llevadle a mi presencia para oír qué razón da de sí y de su crimen.»

CXV. El gobernador Tonis, recibida apenas esta orden, se apodera de la persona de Alejandro, embargándole juntamente las naves, y haciéndole conducir sin dilación a Memphis con su Helena, sus esclavos y tesoros. Llevados todos a la presencia de Proteo, preguntó éste a Alejandro quién era, de dónde venía y con qué ley navegaba; a lo cual el interrogado declaró su nombre, el de su fainilla, y el de su patria, dándole razón de su viaje y del puerto donde procedía. Insta Proteo de dónde hubo a Helena: Alejandro buscaba efugios cautelosamente para no descubrir la verdad; pero los nuevos acogidos a Hércules, esclavos suyos antiguos, dando cuenta puntual de su atentado, fueron desmintiéndole, sin

dejarle lugar a la réplica. Proteo entonces, por abreviar razones, hablóle en estos términos: «A no tener formada anteriormente mi resolución de no ensangrentar mis manos en ninguno de los pasajeros que arrojados por los vientos aporten a mis dominios, os aseguro que vengara al Griego en vuestra cabeza, y que, hiciera en vos un ejemplar, ¡hombre el más vil y malvado de cuantos viven! pues recibido y regalado como huésped, con el más enorme agravio, convertido en adúltero de la esposa de vuestro amigo, que en su casa os acogía y no contento con el horror del tálamo violado, huís con la adúltera furtivamente robada a su marido: aun más; como si agravio, adulterio, rapto, todo fuera poco para vos, cargasteis con los tesoros de vuestro huésped, que saqueasteis. Con todo, no mudo de resolución, lo repito, ni me contaminaré con sangre extranjera; pero tampoco sufriré que os llevéis impunemente esa mujer con los tesoros robados, sino que de una y otros quiero ser depositario en favor de vuestro huésped griego, hasta que él, informado, quiera recobrarlos. A vos os mando que dentro del término fijo de tres días salgáis con vuestra comitiva de mis dominios, poniendo mar en medio, so pena en otro caso de ser tratado como enemigo.»

CXVI. Así me referían los sacerdotes la llegada de Helena a la corte de Proteo, de la cual no pienso que dejase de tener noticia el poeta Homero; pero como la verdad de esta narración no sea tan apta y grandiosa para la belleza y majestad de su epopeya como la fábula de que se sirvió, omitióla a mi entender con tal motivo, contentándose con manifestar que bien conocida la tenía, como no cabe en ello la menor duda. El poeta presenta en la *Iliada*⁸⁸ a Alejandro, perdido el rumbo, llevando de un país a otro su Helena, y aportando después de varios rodeos a Sidon, ciudad de Fenicia, lo que no contradijo en ninguno de sustos. De lo dicho hace mención Homero en la *Aristía* de Diomedes con los siguientes versos: -«Había allí mantos bordados, dignos de maravilla, obra mujeril de sidonia mano, los que con su noble Helena trajo de Sidon por el ancho ponto París el de rostro divino.» Y de esto mismo con otros versos habla Homero en la *Odisea*: -«*Tales*, tan útiles y tan salubres medicinas poseyó la

⁸⁸ *Iliada*, lib. VII, v. 289. Las palabras que siguen en la *Aristía* de Diomedes no son quizá del autor, pues los versos citados no se hallan en este pasaje, que es el libro V de la *Iliada*, y la división de este poema en títulos parece posterior a Herodoto. En cuanto a las dos citas de la *Odisea*, pertenecen al lib. IV, la primera v. 228 la segunda v. 352.

hija de Júpiter, las que le fueron dadas por la reina egipcia Potidamna, esposa de Ton, de allí donde el suelo feraz las brota en gran copia: al beberlas, unas dan la salud, y otras la muerte.» Hablando con Telémaco, Menelao profiere asimismo, estos versos: -«Allá en Egipto, con ansia grande de mi vuelta, me detenían Dios y mi mezquina Hecatombe.» En estos pasajes Homero da muy bien a entender que sabía las navegaciones de Alejandro y su arribo al Egipto, con el cual confina la Siria, país de los Fenicios, a quienes pertenece la ciudad de Sidon.

CXVII. La respectiva situación de estos países, no menos que los versos citados, declaran y evidencian más y más que no son de Homero los versos ciprios, si no de otro poeta ignorado, pues en ellos se hace llegar a Alejandro con su Helena desde Esparta a Ilion en una navegación de tres días únicamente, viento en popa y por un mar de leche, cuando Homero nos dice en su *Ilíada* que su ruta fue muy larga y contrastada.

CXVIII. Pero dejemos cantar a Homero, y mentir a los versos ciprios; que no es poeta quien no sabe fingir. Preguntados por mí los sacerdotes sobre si era fábula lo que cuentan los Griegos de la guerra de Troya, me contestaron con la siguiente narra-

ción, que decían haber salido de boca del mismo Menelao, de quien se tomaron en el país noticias del suceso: Después del rapto de Helena, una armada griega poderosa había pasado a la Teucrida para auxiliar a Menelao y hacer valer sus pretensiones. Los Griegos, saltando en tierra y atrincherados en sus reales, ante todo enviaron a Ilion sus embajadores en compañía del mismo Melenao, quienes, introducidos dentro de la plaza, pidieron se les restituyera Helena y los tesoros que en su rapto les había hurtado Alejandro, y que se les diera al mismo tiempo cabal satisfacción de la injuria por él cometida; pero los Troyanos, entonces y después, siempre que fueron requeridos, de palabra y con juramentos respondían que no tenían en su ciudad a Helena, ni en su poder los tesoros mencionados; que aquella y éstos se hallaban detenidos en Egipto⁸⁹, y que no

⁸⁹ La autoridad de Eurípides, que en su *Helena* y en su *Electra* expresamente afirma que no fue a Troya la esposa de Menéalo, sino que se detuvo en Egipto, y las razones de verosimilitud que añade luego Herodoto, hacen probable la narración de los sacerdotes Egipcios, caso de que sea verdadera a historia de Helena y del sitio de Troya, la cual no fuera extraño que, a imitación del sofista Dion Crisóstomo, alguien negase en este siglo de novedad, así como se niega ya por alguno la existencia de Homero, cantor de aquellos hechos.

parecía justo ni razonable salir responsables y garantes de las prendas que el rey egipcio tenía interceptadas. Los Griegos, tomando la respuesta por un nuevo engaño con que se les quería insultar, no levantaron el sitio puesto a la ciudad hasta tomarla a viva fuerza; mas después de tomada la plaza, no pareciendo Helena, y oyendo siempre la misma relación de los Troyanos, se convencieron al cabo de lo que decían y de la verdad del suceso, y enviaron a Menelao para que se presentase a Proteo.

CXIX. Llega Menelao al Egipto, sube río arriba hasta Memfis, y hace una sincera narración de todo lo sucedido. Proteo no solo lo hospeda en casa y regala magníficamente, sino que le restituye su Helena sin desdoro en su honor, y sus tesoros sin pérdida ni menoscabo. Mas a pesar de tantas honras y favores como allí recibió Menelao, no dejó de ser ingrato y aun malvado con los Egipcios, pues no pudiendo salir del puerto, como deseaba, por serle contrario los vientos, y viendo que duraba mucho la tempestad, se valió para aplacarla de un modo cruel y abominable, que fue tomar dos niños hijos de unos naturales del Egipto, partarlos en trozos y sa-

crificarlos a los vientos⁹⁰. Sabido el impío sacrificio y la inhumanidad de Menelao, huyó éste con sus naves hacia Libia, abominado y perseguido por los Egipcios. Qué rumbo desde allí siguiese, no pudieron decírmelo; pero añadían que lo referido, parte lo sabían de oídas, parte lo vieron por sus ojos, y que de todo podían ser fieles testigos; y he aquí lo que en suma me refirieron los sacerdotes egipcios.

CXX. A la verdad, por lo que respecta a Helena, doy entero crédito a su narración, tanto más, cuanto creo que si a la sazón se hubiera hallado en Troya, fuera restituida a los Griegos, aun a pesar de Alejandro, pues ni Príamo hubiera sido tan necio, ni sus hijos y demás deudos tan insensatos, que sólo porque aquél gozara de su Helena pusiesen a riesgo de balde sus vidas y las de sus hijos, y la salud y existencia del Estado. Pero concedamos que al principio de la contienda tomaran el partido de no restituirla; no dudo que al ver caer tanto Troyano combatiendo con los Griegos; al ver Príamo muertos en las refriegas no uno u otro, sino los más de

⁹⁰ En tiempo de Menelao, los sacrificios de las víctimas humanas usados aun entre los Griegos; como lo manifiesta el de Ifigenia, habían sido ya abolidos en Egipto por el rey Amasis, quien vedó se inmolasen ante el sepulcro de Osiris hombres a quienes llamaban Tifonios.

sus hijos, pues morir los veía si se ha de dar crédito a los poetas, a vista de tales destrozos y tamañas pérdidas como les iban sucediendo, no dudo, repito, aun cuando el mismo Príamo fuera el amante de Helena, que a trueque de librarse de tantos desastres como entonces le oprimían, la volviera por fin enhoramala a los Aqueos. Ni se diga que los negocios públicos dependían del capricho de un príncipe enamorado, por tocar a Alejandro la corona en la vejez de Príamo; pues no es así: el grande Héctor, primogénito del Rey, y héroe de otras prendas y valor que Alejandro, era el príncipe heredero del cetro, y no parece y verosímil que permitiera impunemente a su hermano menor una resistencia y obstinación tan inicua y perniciosa, y más tocando con las manos las calamidades que de ellas resultaban contra sí mismo y contra el resto de los Troyanos. Así que, no teniendo éstos a Helena, mal podían restituirla, y aunque decían la verdad, no les daban crédito los Griegos, ordenándolo así la Providencia⁹¹, a decir lo que siento, con la mira de ha-

⁹¹ Herodoto se muestra aquí más sesudo y religioso que Eurípides, quien dice por boca de Helena que Júpiter había permitido su raptó y la guerra de Troya para aliviar a la madre tierra de la turba de los mortales. Nuestro autor parece penetrado de la operación de Dios sobre los Imperios de la

cer patente a los mortales en la ruina total de Troya, que por fin al llegar al plazo hace Dios un castigo horroroso y ejemplar de atroces y enormes atentados; y así juzgo de este suceso.

CXXI. A Protéo, según los sacerdotes, sucedió Rampsinito⁹², quien dejó como monumentos de su reinado los propileos que se ven en el templo de Vulcano a la parte de Poniente, y dos estatuas delante de ellos erigidas, de 25 codos de altura, de las cuales la que mira al Mediodía la llaman los Egipcios el Invierno, y la que mira al Norte el Verano, adorando y venerando a ésta con mucho respecto, al contrario de lo que hacen con la primera. Cuéntase de este rey un caso singular⁹³. Poseyendo tantos tesoros en plata, cuales ninguno

tierra que también se deja ver en el Viejo Testamento, y de la máxima de que las naciones y sociedades pagan siempre su merecido sobre la tierra, aun cuando para algunos particulares se dilate el castigo para la otra vida.

⁹² Llámale también Rampses y Ramesos, haciéndole unos hijo de Meneo y otros de Sesostris.

⁹³ Esta narración de Herodoto parece más bien una fábula milesia, adoptada o creada por este historiador tan amante de prodigios, y de la cual es copia quizá la historia de Plida, referida por Caraces y Pausanias. No me he excusado por tanto de valirme en este pasaje de algunas expresiones familiares y jocosas, en las que tanto se aventaja nuestro idioma.

de los reyes que le sucedieron llegó a reunirlos, no digo mayores, pero ni aun iguales, y queriendo poner en seguro tanta riqueza, mandó fabricar de piedra un erario, de cuyas paredes exteriores una daba afuera de palacio. En esta el artífice de la fábrica, con dañada intención, dispuso una oculta trampa, colocando una de las piedras en tal disposición, que quedase fácilmente levadiza con la fuerza de dos hombres o con la de uno solo. Acabada la fábrica, atesoró en ella el rey sus inmensas riquezas. Corriendo el tiempo, y viéndose ya el arquitecto al fin de sus días, llamó a sus hijos, que eran dos, y les declaró que, deseoso de su felicidad, tenía concertadas de antemano sus medidas para que les sobrara el dinero y pudieran vivir en grande opulencia, pues, con esta mira había preparado un artificio en la casa del tesoro que para el rey edificó: dioles en seguida razón puntual del modo como se podría remover la piedra levadiza, con la medida de la misma, añadiendo que si se aprovechaban del aviso serían ellos los tesoreros del erario y los dueños de las riquezas del rey. Muerto el arquitecto, no vieron sus hijos la hora de empezar: venida la noche, van a palacio, hallan en el edificio aquella *piedra filosofal*, la retiran de su lugar como con

un juego de manos, y entrando en el erario, vuelven a su casa bien provistos de dinero. Quiso la negra suerte que por entonces al rey le viniese el deseo de visitar su erario, abierto el cual, al ver sus arcas menguadas, quedó pasmado y confuso sin saber contra quién volver sus sospechas, pues al entrar, había hallado enteros los sellos en la puerta y ésta bien cerrada. Segunda y tercera vez tornó a abrir y registrar su erario, y otras tantas veces fue echando menos su dinero; pues a fe no eran los ladrones tan desinteresados que supieran irse a la mano en repetir sus tientos al tesoro. Entonces el rey urdió, dicen, una trampa, mandando hacer unos lazos y armárselos allí mismo junto a las arcas donde estaba el dinero. Vuelven a la presa los ladrones como las moscas a la miel, y apenas entra uno y se acerca a las arcas, cuando queda cogido en la trampa. No bien se sintió caído en el lazo, conociendo el trance en que se había metido, llama luego a su hermano, dícele su estado, y pídele que entre al momento y que de un golpe le corte la cabeza; no sea, añadía, que pierdas la tuya si quedando aquí la mía, soy por ella descubierto y conocido. Al otro parecióle bien el aviso; y así entró e hizo puntualmente lo que se le decía, y vuelta la piedra movediza a su lugar, fué a

casa con la cabeza de su hermano. Apenas amanece entra de nuevo el rey en su erario, ve en su lazo al ladrón con la cabeza cortada, el edificio entero y en todo él rastro ninguno de entrada ni de salida, y quédase mucho más confuso y como fuera de sí. Para salir de suspensión, añaden que tomó el expediente de mandar colgar del muro el cuerpo decapitado del ladrón, y poner centinelas con orden de prender y presentarle cualquier persona que vieran llorar o mostrar compasión a vista del cadáver. En tanto que éste pendía, la madre del ladrón, que moría de pena y dolor, hablando al hijo que le quedaba, le mandó que procurase por todos medios hallar modo como descolgar el cuerpo de su hermano y llevárselo a su casa; y que cuidara bien del éxito, y entendiera que en otro caso ella misma se presentaría al rey y sabría revelarle que él era y no otro el que metía mano en sus tesoros. El hijo, en vista de las importunaciones de su madre, quien no le dejara respirar con sus instancias ni se persuadía de las razones que aquél alegaba, arbitró, según dicen, un medio ingenioso: busca luego y adereza unos juramentos, llena de vino sus odres, y cargando con ellos la recua, sale tras de ella de su casa. Al llegar cerca de los que guardaban el cadáver colgado, él

mismo quita las ataduras de dos o tres pezoncillos que tenían los odres, y al punto empieza el vino a correr y él a levantar las manos, a golpearse la frente, a gritar como desesperado y aturdido sin saber a qué pellejo acudir primero. A la vista de tanto vino, los guardas del muerto corren luego al camino armados con sus vasijas, aplicándose a porfía a recoger el caldo que se iba derramando, y no queriendo perder el buen lance que les ofrecía la suerte. Al principio fingióse irritado el arriero, llenando de improperios a los guardas; pero poco a poco pareció calmarse con sus razones y volver en sí de su cólera y enojo, terminando, en fin, por sacar los jumentos del camino y ponerse a componer y ajustar sus pellejos. En esto íbase alargando entre ellos la plática; y uno de los guardas, no sé con qué donaire, hizo que el arriero riera de tan buena gana que recibió por regalo uno de sus pellejos. Al verse ellos con un odre delante, tendidos a la redonda, piensan luego en darse un buen rato, y convidan a su bienchor para que se quede con ellos y les haga compañía. No se hizo mucho de rogar el arriero, el cual, habiéndose llevado los brindis y los aplausos de todos en la borrachera, dióles poco después con generosidad un segundo pellejo. Con esto, los guardas,

empinando a discreción, convertidos en toneles y vencidos luego del sueño, quedaron tendidas a la larga donde la borrachera les cogió. Bien entrada ya la noche, no contento el ladrón con descolgar el cuerpo de su hermano, púsose muy despacio a rasurar por mofa y escarnio a los guardas, rapándoles la mejilla derecha, y cargando después el cadáver en uno de sus jumentos, y cumplidas las órdenes de su madre, se retiró. Muchos fueron los extremos de sentimiento que el rey hizo al dársele parte de que había sido robado el cadáver del ladrón; pero empeñado más que nunca en averiguar quién hubiese sido el que así se burlaba de él, tomó a lo que cuentan una resolución que en verdad no se me hace creíble, cual es la de mandar a una hija suya que se prostituyera en el lupanar público, presta a cuantos la brindasen, pero que antes obligara a cada galán a darle parte de la mayor astucia y del atentado, mayor que en sus días hubiese cometido; con orden de que si alguno le refiriese el del ladrón decapitado y descolgado, lo detuvieran al instante sin dejarla escapar ni salir afuera. Empezó la hija a poner por obra el mandato de su padre, y entendiendo el ladrón el misterio y la mira con que todo se hacía, y queriendo dar una nueva muestra de cuánto excedía al rey

en astuto y taimado, imaginé una traza bien singular, pues cortando el brazo entero a un hombre recién muerto, fuese con él bien cubierto bajo sus vestidos, y de este modo entró a visitar a la princesa cortesana, hácelo ésta la misma pregunta que solía a los denlas, y él contesta abiertamente la verdad: que la más atroz de sus maldades había sido la de cortar la cabeza a su mismo hermano, cogido en el lazo real dentro del erario, y el más astuto de los ardidés haber embriagado a los guardias con el vino, logrando así descolgar el cadáver de su hermano. Al oír esto, agarra luego la princesa al ladrón; mas éste, aprovechándose de la oscuridad, le alargaba el brazo amputado que traía oculto, el cual ella aprieta fuertemente creyendo tener cogido al ladrón por la mano, mientras éste, dejando el brazo muerto sale por la puerta volando. Informado del caso y de la nunca vista sagacidad y audacia de aquel hombre, queda de nuevo el rey confuso y pasmado. Finalmente, envía un bando a todas las ciudades de sus dominios mandando que en ellas se publicase, por el cual no sólo perdonaba al ladrón ofreciéndole impunidad, sino que le prometía grandes premios, con tal que se le presentara y descubriese. Con este salvo conducto, llevado de la esperanza del galar-

dón, presentóse el ladrón al rey Rampsinito, quien dice quedó tan maravillado y aun prendado de su astucia, que como al hombre más despierto y entendido del universo le dio su misma hija por esposa, viendo que entre los Egipcios, los más ladinos de los hombres, era el más astuto de todos.

CXXII. -Referían todavía de este mismo rey que, habiendo bajado vivo al lugar donde creen los Griegos que vivo Plutón, rey del infierno, jugó a los dados con la diosa Céres, ganándole unas manos y perdiendo otras⁹⁴, y volvió a salir de allí con una servilleta de oro que la diosa le regaló. De aquí procede, según decían, que los Egipcios solemnicen como festivo todo el tiempo que trascurrió desde la bajada hasta la subida de Rampsinito. No ignoro que aun al presente celebran una fiesta semejante; mas no puedo afirmar si por este o por otro motivo la celebraban. En ella los sacerdotes visten a uno de los suyos con un vestido tejido aquel mismo día por sus manos mismas, véndanle y cúbrenle los ojos con una mitra, y después de colocarlo así en el camino que van al templo de Céres, déjanle solo y se

⁹⁴ Algunos creen que este juego de Céres es una alegoría de las buenas o malas cosechas. La costumbre del vestido tejido

vuelven atrás. Cuentan después que aparecen allí dos lobos que, saliendo a recibir al de los ojos vendados, le conducen al templo de Céres, distante 20 estadios de la ciudad, y le restituyen luego al puesto en que antes le hallaron.

CXXIII. Si alguno hubiere a quien se hagan creíbles esas fábulas egipcias, sea enhorabuena, pues no salgo fiador de lo que cuento, y sólo me propongo por lo general escribir lo que otros me referían. Vuelvo a los Egipcios⁹⁵, quienes creen que Céres y Dioniso son los árbitros y dueños del infierno; y ellos asimismo dijeron los primeros que era inmortal el alma de los hombres, la cual, al morir el cuerpo humano, va entrando y pasando de uno en otro cuerpo de animal que entonces vaya formándose, hasta que recorrida la serie de toda especie de vivientes terrestres, marinos y volátiles,

de mano sacerdotal en un mismo día se usaba también en honor de Baco en Darnasia, ciudad de la Italia.

⁹⁵ Las fábulas griegas de la barca de Caronte y de los jueces del infierno, fueron poéticamente tomadas de las ceremonias del Egipto, donde el cadáver, antes de recibir sepultura, depositado junto al lago Meris, era juzgado por más de cuarenta jueces, quienes, oídos los cargos contra el difunto, decidían si era o no digno de ella, y en caso de sentencia favorable era llevado el cadáver en una barca por el lago

que recorre en un período de 3.000 años, torna a entrar por fin en un cuerpo humano que esté ya para nacer. Y es singular que no falten ciertos Griegos, cuál más pronto, cuál más tarde, que adoptando esta invención se la hayan apropiado, cual si fueran ellos los autores de tal sistema, y aunque sé quiénes son, quiero hacerles el honor de no nombrarlos⁹⁶.

CXXIV. Hasta el reinado de Rampsinito, según los sacerdotes, vióse florecer en Egipto la justicia, permaneciendo las leyes en su vigor y viviendo la nación en el seno de la abundancia y prosperidad⁹⁷; pero Quéope, que le sucedió en el trono, echó a perder un Estado tan floreciente. Primeramente, cerrando los templos, prohibió a los Egipcios sus acostumbrados sacrificios; ordenó después que todos trabajasen por cuenta del público, llevando unos hasta el Nilo la piedra cortada en el monte de

Meris para ser enterrado después de hacercele una oración fúnebre.

⁹⁶ Estos fueron Ferecides, Sirio y su discípulo Pitágoras, quienes propagaron el dogma de la Metempsicosis.

⁹⁷ Entre Rampsinito y Quéope pretende Diodoro Sículo que mediaron siete reyes oscuros, excepto Nilo, quien abrió varios canales y dio su nombre al río llamado antes Egipto. Algunos dan a Quéope el nombre de Quemmis o Quembes, y a su hermano Quefren el de Cabrias.

Arabia, y encargándose otros de pasarla en sus barcas por el río y de traspasarla al otro monte que llaman de Libia. En esta fatiga ocupaba de continuo hasta 3.000 hombres, a los cuales de tres en tres meses iba relevando, y solo en construir el camino para conducir dicha piedra de sillería, hizo penar y afanar a su pueblo durante diez años enteros; lo que no debe extrañarse, pues este camino, si no me engaño, es obra poco o nada inferior a la pirámide misma que preparaba de cinco estadios de largo, diez orgias de ancho y ocho de alto en su mayor elevación, y construido de piedra, no sólo labrada, sino esculpida además con figuras de varios animales. Y en los diez años de fatiga empleados en la construcción del camino, no se incluye el tiempo invertido en preparar el terreno del collado donde las pirámides debían levantarse, y en fabricar un edificio subterráneo que sirviese para sepulcro real, situado en una isla formada por una acequia que del Nilo se deriva. En cuanto a la pirámide, se gastaron en su construcción 20 años: es una fábrica cuadrada de ocho pletros de largo en cada uno de sus lados, y otros tantos de altura, de piedra labrada y ajustada perfectamente, y construida de piezas tan grandes, que ninguna baja de 30 pies.

CXXV. La pirámide⁹⁸ fue edificándose de modo que en ella quedasen unas gradas o poyos que algunos llaman *escalas* y otros *altares*. Hecha así desde el principio la parte inferior, iban levantándose y subiendo las piedras, ya labradas, con cierta máquina formada de maderos cortos que, alzándolas desde el suelo, las ponía en el primer orden de gradas, desde el cual con otra máquina que en él tenían prevenida las subían al segundo orden, donde las cargaban sobre otra máquina semejante, prosiguiendo así en subirlas, pues parece que cuantos eran los órdenes de gradas, tantas eran en número las máquinas, o quizá no siendo más que una fácilmente transporta-

⁹⁸ Esta pirámide, que es la principal, queda en pie todavía, no menos que las minas de la famosa calzada de Quéope, y conserva las gradas descritas por el autor, la primera de las cuales está a cuatro pies del suelo y tiene tres de anchura, y las otras disminuyendo a proporción. El área de su base cuadrada ocupa, según el cómputo de los modernos, 480.249 pies en cuadro, según el de Herodoto 640.000, y 490.000 según el de Diodoro. Estos monumentos llamados pirámides, de cuyo nombre griego no se descubre la etimología por ignorarse el que le dieron los Egipcios, son por los árabes atribuidos a Jau, monarca universal anterior a Adan, por los Coptos a Surid antes del diluvio, y por otros al patriarca Josef, a Nemrod, o a la reina Daluka. Su destino, si no fue tiránico para oprimir a los pueblos, o vano para ostentación de majestad, debió ser religioso para la sepultura de sus autores o para el culto de alguna deidad.

ble, la irían mudando de grada en grada, cada vez que la descargasen de la piedra; que bueno es dar de todo diversas explicaciones. Así es que la fachada empezó a pulirse por arriba, bajando después consecutivamente, de modo que la parte inferior, que estribaba en el mismo suelo, fue la postrera en recibir la última mano. En la pirámide está notado con letras egipcias cuánto se gastó en rábanos, en cebollas y en ajos para el consumo de peones y oficiales; y me acuerdo muy bien que al leérmelo el intérprete me dijo que la cuenta ascendía a 4.600 talentos de plata. Y si esto es así, ¿a cuánto diremos que subiría el gasto de herramientas para trabajar, y de víveres y vestidos para los obreros, y más teniendo en cuenta, no sólo el tiempo mencionado que gastaron en la fábrica de tales obras, sino también aquel, y a mi entender debió ser muy largo, que emplearían así en cortar la piedra como en abrir la excavación subterránea?

CXXVI. Viéndose ya falto de dinero, llegó Quéope a tal extremo de avaricia y bajeza, que en público lupanar prostituyó a una hija, con orden de exigir en recompensa de su torpe y vil entrega cierta suma que no me expresaron fijamente los sacerdotes. Aun más; cumplió la hija tan bien con lo que su

padre tan mal le mandó, que a costa de su honor quiso dejar un monumento de su propia infamia, pidiendo a cada uno de sus amantes que le costeara una piedra para su edificio; y en efecto, decían que con las piedras regaladas se había construido una de las tres pirámides, la que está en el centro delante de la pirámide mayor, y que tiene pletro y medio en cada uno de sus lados.

CXXVII. Muerto Quéope después de un reinado de cincuenta años, según referían, dejó por sucesor de la corona a su hermano Quefren, semejante a él en su conducta y gobierno. Una de las cosas en que pretendió imitar al difunto, fue en querer levantar una pirámide, como en efecto la levantó, pero no tal que llegase en su magnitud a la de su hermano, de lo que yo mismo me cercioré habiéndolas medido entrambas. Carece aquella de edificios subterráneos, ni llega a ella el canal derivado del Nilo que alcanza a la de Quéope, y corriendo por un acueducto allí construido, forma y baña una isla, dentro de la cual dicen que yace este rey. Quefren fabricó la parte inferior de su columna de mármol etiópico vareteado, si bien la dejó cuarenta pies más baja que la pirámide mayor de su hermano, vecina a la cual quiso que la suya se erigiera, hallándose ambas en un

mismo cerro, que tendrá unos cien pies de elevación. Quefren reinó cincuenta y seis años.

CXXVIII. Estos dos reinados completan los 106 años en que dicen los Egipcios haber vivido en total miseria y opresión, sin que los templos por tanto tiempo cerrados se les abrieran una sola vez. Tanto es el odio que conservan todavía contra los dos reyes, que ni acordarse quieren de su nombre por lo general⁹⁹; de suerte que llaman a estas fábricas las pirámides del pastor Filitis, quien por aquellos tiempos apacentaba sus rebaños por los campos en que después se edificaron.

CXXIX. A Quefren refieren que sucedió en el trono un hijo de Quéope, por nombre Micerino, quien, desaprobando la conducta de su padre, mandó abrir los templos, y que el pueblo, en extremo trabajado, dejadas las obras públicas, se retirara a cuidar de las de su casa, y tomara descanso y refeción en las fiestas y sacrificios. Entre todos los reyes, dicen que Micerino fue el que con mayor equidad sentenció las causas de sus vasallos, elogio por el cual es el monarca más celebrado de cuantos

⁹⁹ Ninguno de los dos soberanos logró sepultura en sus monumentos en pena de su soberbia. Las obras públicas hechas

vio el Egipto. Llevó a tal punto la justicia, que no solo juzgaba los pleitos todos con entereza, sino que era tan cumplido, que a la parte que no se diera por satisfecha de su sentencia, solía contentarla con algo de su propia casa y hacienda; mas a pesar de su clemencia y bondad para con sus vasallos, y del estudio tan escrupuloso en cumplir con sus deberes, empezó a sentir los reveses de la fortuna en la temprana muerte de su hija, única prole que tenía. La pena y luto del padre en su doméstica desventura fue sin límites, y queriendo hacer a la princesa difunta honores extraordinarios, hizo fabricar en vez de urna sepulcral, una vaca de madera hueca y muy bien dorada en la cual dio sepultura a su querida hija.

CXXX. Está vaca, que no fue sepultada en la tierra, se dejaba ver aun en mis días patente en la ciudad de Sais, colocada en el palacio en un aposento muy adornado. Ante ella se quema todos los días y se ofrece todo género de perfumes, y todas las noches se le enciende su lámpara perenne. En otro aposento vecino están unas figuras que representan a las concubinas de Micerino, según decían los sacerdotes de la ciudad de Sais; no cabe duda que se

para defensa o para beneficio común, eternizan la veneración de sus autores en la grata memoria de la posteridad.

ven en él ciertas estatuas colosales de madera, de cuerpo desnudo, que serán veinte a lo más; no diré quiénes sean, sino la tradición que corre acerca de ellas.

CXXXI. Sobre esta vaca y estos colosos hay, pues, quien cuenta que Micerino, prendado de su hija, logró cumplir, a despecho de ella, sus incestuosos deseos, y que habiendo dado fin a su vida la princesa colgada de un lazo, llena de dolor por la violencia paterna, fue por su mismo padre sepultada en aquella vaca. Viendo la madre que algunas doncellas de palacio eran las que habían entregado el honor de su hija a la pasión del padre, les mandó cortar las manos, y aun pagan ahora sus estatuas la misma pena que ellas vivas sufrieron. Los que así hablan, a mi entender, no hacen más que contarnos una fábula desatinada, así en la sustancia del hecho como en las circunstancias de las manos cortadas, pues solo el tiempo ha privado a los colosos de las suyas, que aun en mis días se veían caídas a los pies de las estatuas.

CXXXII. La vaca, a la cual volveremos, trae cubierto el cuerpo con un manto de púrpura, sacando la cabeza y cuello dorados con una gruesa capa de oro, y lleva en medio de sus astas un círculo de oro

que imita al del sol. Su tamaño viene a ser como el mayor del animal que representa, y no está en pie, sino arrodillada. Todos los años la sacan fuera de su encierro, y en el tiempo en que los Egipcios plañen y lamentan la aventura de un dios a quien con cuidado evitaré el nombrar, entonces es cabalmente cuando sale al público la vaca de Micerino. Y dan por razón de tal salida, que la hija al morir pidió a su padre que una vez al año le hiciera ver la luz del sol.

CXXXIII. Después de la desventura de su hija tuvo el rey otro disgusto, por haberle venido de la ciudad de Butona un oráculo en que se le decía no le restaban más que seis años de vida, y que al sétimo debía acabar su carrera. Lleno de amargura y sentimiento, Micerino envió sus quejas al oráculo, mandando se le manifestase lo importuno de su predicción, pues habiéndose concedido muy larga vida a su padre y a su tío, que cerraron los templos, y que despreciaron a los dioses como si no existieran, y que se complacieron en oprimir al linaje humano, intimábale a él, a pesar de su piedad y religión, que dentro de tan corto tiempo había de morir. Entonces, dicen, vínole del oráculo por respuesta que por la misma conducta que alegaba se le acertaban en tanto grado los plazos de la vida, por

no haber hecho lo que debía, pues la opresión fatal del Egipto, que sus dos antecesores en el trono habían cumplido muy bien, y él no, estaba dispuesto que durase 150 años. Oído este oráculo, y conociendo Micerino que estaba ya dado el fallo contra su vida, mandó fabricar una multitud de candeleros, a fin de que su luz convirtiese la noche en día¹⁰⁰, y desde entonces empezó a entregarse sin reserva a todo género de diversión y regalo, comiendo y bebiendo sin parar día y noche, y no dejando ni lago, ni prado, bosque o vega al que no fuera donde quier supiese haber algún paraje ameno y delicioso, apto para su recreo y solaz. Todo lo cual discurrió y practicó con el intento de desmentir al oráculo, declarándole falso y engañoso con hacer que sus seis años fatales valieran por doce convertidas las noches en otros tantos días.

CXXXIV. No dejó, sin embargo, Micerino de levantar su pirámide, menor que la de su padre, de más de 20 pies. La fábrica es cuadrada, de mármol etiópico hasta su mitad y de tres pletros¹⁰¹ en cada uno de sus lados. Pretenden algunos Griegos

¹⁰⁰ Difícil fuera decidir cuál es más absurda, si la respuesta del oráculo o la resolución tomada por Micerino.

¹⁰¹ Pletro es una medida griega de 100 pies.

equivocadamente que esta pirámide es de la cortesana Ródope, con lo que demuestran, en mi humilde juicio, cuán pocas noticias tienen de esa ramera, pues a tenerlas, no le dieran la gloria de haber erigido una pirámide en cuya fábrica se hubieron de expender los talentos a millares, por decirlo así. Además, Ródope no floreció en el reinado de Micerino, sino en el de Amasis, muchos años después de muertos aquellos reyes que dejaron las pirámides. Esta mujer fue natural de Tracia, sierva de Jadmon de Samos, hijo de Efestopolis, y compañera de esclavitud del fabulista Esopo, quien fue sin duda esclavo de Jadmon, como lo convence el que habiendo los naturales de Delfos, prevenidos por su mismo oráculo, publicado repetidas veces el pregón de que si alguno hubiese que quisiera exigir de ellos la debida satisfacción por la muerte allí dada a Esopo, estaban prontos a pagar la pena; nadie se presentó con tal demanda, sino un cierto Jadmon, nieto de otro del mismo nombre, a cuyo joven se satisfizo en efecto aquel agravio. Lo que declara que Esopo había sido esclavo de Jadmon.

CXXXV. En cuanto a la bella Ródope, pasó al Egipto en compañía de Xantes, natural de Samos; y aunque su destino en aquel viaje había sido enrique-

cer a su amo con la ganancia que le granjese su belleza, fue puesta en libertad mediante una gran suma de dinero por un hombre de Mitilene, llamado Caraxes, hijo de Escamandrónimo y hermano de la poetisa Safo. Quedóse Ródope libre y suelta en Egipto, donde juntó muchos caudales como linda y graciosa cortesana, grandes, sí, para una mujer de su profesión, pero no tantos que pretendiera con ellos levantar una pirámide. Y si alguno tuviere curiosidad, podrá aun ver por sí mismo la décima parte de las riquezas de Ródope, y por esto concluir que no deben atribuírsele tantas, pues queriendo dejar ella un monumento suyo a la Grecia, dio una ofrenda que nadie jamás había hecho ni aun pensado, y la dedicó en Delfos como memoria particular. Al efecto mandó que la décima parte de sus haberes se empleara en unos asadores de hierro, tantos en número para cuantos sufragase dicha cantidad, destinados a servir en los sacrificios de los bueyes; y en el día se ven aun amontonados detrás del ara que dedicaron los de Quio, frontera al templo de Delfos. Es ya antigua costumbre que sienten en Naucratis su tienda las cortesanas más insignes por su donaire y belleza. Allí moraba de asiento la mujer de quien hablamos, tan hermosa, que ningún Griego

había que por el nombre siquiera no conociese a la hermosa Ródopc; y allí mismo residió después otra llamada Arquídice, decantada por toda la Grecia, mas no tanto que jamás hubiese podido llegar a la fama de la primera. Volviendo a Mitilene Caraxes, libertador de Ródope, como llevo dicho, fue con este motivo amargamente zaherido por Saro en muchas de sus canciones. Pero bastante hemos hablado de Ródope.

CXXXVI. Muerto, en fin, Micerino¹⁰², sucedióle en el reino, según los sacerdotes, Asiquis, que mandó hacer los propíleos del templo de Vulcano que dan al Levante, y que son en realidad de cuantos hay en el edificio los más bellos y los más grandes con notable exceso, pues aunque los demás propíleos son todas obras llenas de figuras bien esculpidas y presentan infinita variedad de fábricas, en esto sobresalen con gran ventaja los de Asiquis que mencionamos. En este reinado hubo, por escasez de

¹⁰² Diodoro cuenta entre Micerino y Asiquis otro rey, que es probablemente el mismo que Asiquis, llamado Bocoris el sabio, quien a pesar de su prudencia incurrió en la tacha de avaro y de impío, porque quiso que El dios Muevis, toro sagrado, pelease con otro toro. Preso por el Etíope Sabacon, fue quemado vivo por su orden. Plutarco menciona otro rey

dinero, gran falta de fe pública en el trato y comercio. Para obviar este abuso dicen que entre los Egipcios se publicó una ley por la cual se ordenaba que cualquiera que quisiese tomar dinero prestado, hubiera de dar en prenda el cadáver de su mismo padre; y se añadió más todavía: que el que diera un préstamo fuera árbitro absoluto del sepulcro del que lo tomaba; y además, el que empeñase la dicha prenda y no quisiese satisfacer a su acreedor, se impuso la pena de no poder ser enterrado al morir en la tumba de sus mayores u otra alguna, ni dar sepultura a ninguno de los suyos que durante aquel tiempo muriera¹⁰³. Cuentan del mismo rey, que codicioso de superar las glorias de cuantos habían antes reinado en Egipto, dejó su monumento público en una pirámide hecha de ladrillo. Hay en ella una inscripción grabada en mármol que hace hablar a la misma pirámide en estos términos: «*No me humilles comparándome a las pirámides de mármol, a las que excedo tanto, como Júpiter a los demás dioses; pues dando en el suelo*

con el nombre de Gnefacto o de Techatis, al cual otros llaman Necocabis, padre de Bocoris.

¹⁰³ Este remedio no podía ser más seguro y eficaz, atendidas las creencias y usos de Egipto, pero era inhumano, no perdonando a los muertos para asegurar la correspondencia entre los vivos.

de la laguna con un chuzo, y recogido el barro a él pegado, con este barro formaban mis ladrillos, y así fue como me construyeron.» Esto es en suma cuanto hizo aquel rey.

CXXXVII. Un ciego de la ciudad de Anisis¹⁰⁴, llamado también Anisis con el nombre de su patria, sucedió a Asiquis en la corona. En tiempo de este rey, los Etiopes, apoderándose del Egipto con un numeroso ejército, a cuyo frente venía su monarca Sabacon, obligaron al rey ciego a refugiarse fugitivo en los pantanos¹⁰⁵. Cincuenta fueron los años que reinó en Egipto el Etíope Sabacon, durante los cuales siguió la conducta de no castigar con pena de muerte a los Egipcios reos de algún delito capital; siendo su práctica la de graduar la sentencia por la gravedad del delito, y condenar a los reos a las obras públicas y a levantar el terraplén de la ciudad de donde eran naturales. Lográbase con estos castigos el común beneficio de que las ciudades cuyos terraplenes habían sido construidos la primera vez en

¹⁰⁴ Créese que esta ciudad es la Chanes o Hanes de Isaías, confinante con la Etiopía.

¹⁰⁵ Es probable que los tres príncipes Bocoris, Anisis y Neco, de quien se hablará más adelante, reinasen en tres provincias diferentes, cuando fueron destronados por el conquistador Sabacon, quien parece el mismo que Sua, citado en el lib. IV. de los Reyes.

tiempo de Sesostris por los prisioneros que abrieron los canales del Egipto, a la segunda entonces en el reinado del Etiope se hiciesen más elevados. El suelo de las ciudades de aquel país se levanta mucho generalmente sobre la superficie de la campiña; pero en Bubastis, con singularidad, mejor que en las demás se observa la elevación del terraplén. Hay en esta ciudad un templo dedicado a la diosa Bubastis que merece particular memoria y atención.

CXXXVIII. Templos se hallarán más grandes, más suntuosos que el de Bubastis, pero ninguno de una perspectiva más grata y halagüeña a la vista. La diosa a quien pertenece es la misma Artemis de los Griegos. El templo está en un terreno que parece una isla por todos lados menos por su entrada, pues que desde el Nilo corren dos acequias de cien pies de anchura cada una, con su arboleda que les da sombra, las que entrambas por diferente lado van sin juntarse hacia la entrada del templo. Sus pórticos, adornados con figuras de seis codos, obra de mucho primor, tienen diez orgias de elevación. Es de notar que hallándose construido el templo en el centro de la ciudad, se deja ver con todo por cualquier parte se vaya girando; lo que sucede por haberse alzado con el tiempo el piso de la ciudad con

un nuevo terraplén, y mantenido el templo en el plano inferior en que desde el principio se edificó, quedando así patente y visible de todas partes. Una cerca esculpida con figuras en toda su extensión, rodea y ciñe el lugar sagrado, y dentro de ella hay un bosque de árboles altísimos, que rodean a su vez el gran templo, de un estadio así de longitud como de anchura, dentro del cual está la estatua de la diosa. Delante de la entrada del templo corre un camino empedrado, de tres estadios de largo y unos cuatro pletros de ancho, con una arboleda alta hasta las nubes que a uno y otro lado se ve plantada. Este camino lleva al templo de Mercurio, y con esto concluimos la digresión.

CXXXIX. Por fin, según cuentan, pudieron verse libres del Etíope, gracias a una visión que tuvo en sueños, que le obligó a escaparse a toda prisa: parecía durmiendo ver un hombre a su lado que le sugería la idea de destrozar y partir por medio a todos los sacerdotes, después de mandarlos juntar en un mismo sitio. Pensó consigo mismo que aquella visión no podía menos de ser una prueba y tentación de los dioses, que con ella le inducían a cometer la mayor impiedad, para que llevase por ello su castigo de parte del cielo o de parte de los hombres, que él

se abstendría de cometerla; y puesto que había cumplido el plazo de su imperio en Egipto, que los mismos dioses le habían revelado, se resolvió con gusto a retirarse. En efecto, hallándose aun en Etiopía, los oráculos del país la habían prevenido ser voluntad divina que por espacio de 50 años reinase en Egipto. Con este motivo lo dejó Sabacon de su propia voluntad, viendo cumplido el período destinado, y perturbado con su misma visión.

CXL. Ausentado apenas el Etíope, tomó de nuevo el mando el rey ciego, saliendo de sus pantanos, donde vivió cincuenta años refugiado en una isla que había ido levantando y terraplenando con tierra y ceniza, pues que en el largo tiempo de su oculto retiro, al traerle los Egipcios a hurto del Etíope los víveres necesarios, según lo tenía ordenado a ciertos vasallos fieles, les pedía por favor le llevasen juntamente ceniza para formar sus diques. Esta isla, que tiene el nombre de Elbo, y diez estadios no más por todos lados, no pudo ser hallada por nadie antes de Amintes, ni fue dable a los reyes encontrarla en el largo espacio de 700 años¹⁰⁶.

¹⁰⁶ El número de 700 debe corregirse en el de 300 años que transcurrieron desde Sua, contemporáneo del rey Oseas, hasta Amintes en el reinado de Artajerges Longimano.

CXLI. Después de la muerte del ciego decían que reinó un sacerdote de Vulcano, por nombre Seton. Este rey sacrificador, contra toda sabia política, en nada contaba con la gente de armas de su reino, como si nunca hubiera de necesitarlos; y no contento todavía con los desaires que los hacía de continuo, añadió la injuria de privarlos del goce de ciertas yugadas de tierra que les habían reservado los reyes anteriores, dando doce de ellas a cada soldado. De ahí resultó que, habiendo invadido el Egipto Sannacaribo, rey de los Árabes¹⁰⁷ y de los Asirios, con un grueso ejército, los guerreros del país no quisieron tomar las armas en defensa de Seton. Viéndose el sacerdote rey en tan apurado trance, entró en el templo de Vulcano, y allí a los pies de su ídolo plañía y lamentaba la desventura que iba ya a descargar sobre su cabeza. En medio de sollozos y suspiros sorprendióle el sueño, según dicen, y mientras dormía se le apareció su dios, quien le animó, asegurándole que si salía a recibir el ejército de los Árabes, con sus tropas voluntarias,

¹⁰⁷ Estos Árabes no eran los Ismaelitas, sino los de la Arabia Petrea, los Idumeos y otros tributarios de la Asiria, pues las tribus árabes permanecieron siempre libres e independientes, según la promesa hecha por Dios en el Génesis a la posteridad de Ismael.

ningún mal le sucedería; que el mismo dios se encargaba de la defensa, y cuidaría de enviarle socorro. Confiado en su sueño, animase el sacerdote a juntar un ejército con los Egipcios que de buen grado quisieran seguirle, y se atrincheró con ellos en Pelusio, que es la puerta del Egipto. Ni un solo guerrero de profesión se contaba en las tropas que se le juntaron, siendo sus soldados todos mercaderes, artesanos y regatones vendedores. ¡Cosa singular! después que llegaron a Pelusio, sucedió que los ratones agrestes, derramados por el vecino campo de los enemigos, comieron de noche las aljabas, comieron los nervios de los arcos, y finalmente, las mismas correas que servían de asas en los escudos. Venido el día, hállanse desarmados los invasores, entréganse a la fuga y perecen en gran número¹⁰⁸. Al presente se ve todavía en el templo de Vulcano la estatua de mármol de este rey con un ratón en la mano, y en ella se lee la inscripción

¹⁰⁸ No se ha averiguado si Taraca, rey de Egipto, que salió contra Senaquerib, citado en el libro 4.º de los Reyes, es el Seton de Herodoto; pero no veo por qué el exterminio de los Asirios por un ángel, según la Escritura, deba explicarse por la visión verdadera o supuesta de Seton, pues lo primero es de fe divina, y lo segundo una de las historias de Herodoto.

siguiente: «Mírame, hombre, y aprende de mí a ser religioso.»

CXLII. A propósito de lo referido, decíanme los Egipcios a una con sus sacerdotes, y lo comprobaban con sus monumentos, que contando desde el primer rey hasta el sacerdote de Vulcano, el último que allí reinó, habían pasado en aquel período 341 generaciones de hombres, en cuyo trascurso se habían ido sucediendo en Egipto, otros tantos sumos sacerdotes e igual número de reyes. Contando, pues, 100 años por cada 3 generaciones, las 300 referidas dan la suma de 10.000 años, y las 41 que restan además, componen 11.340. En el espacio de estos 11.340 años decían que ningún Dios hubo en forma humana, añadiendo que ni antes ni después, en cuantos reyes había tenido Egipto, se vio cosa semejante. Contaban, empero, que en el tiempo mencionado, el sol había invertido por cuatro veces su carrera natural¹⁰⁹, saliendo dos veces desde el punto donde regularmente se pone, y ocultándose otras dos en el lugar de donde nace por lo común, sin que por este desorden del cielo se

¹⁰⁹ Esta fábula pudiera tener su origen en el portentoso de Josué, que detuvo el sol, y parece convenir con la teoría de

hubiese alterado cosa alguna en Egipto, así de las que nacen de la tierra, como de las que proceden del río, ni en las enfermedades, ni en las muertes de los habitantes.

CXLIII. Contaré un suceso curioso. Hallándose en Tebas, antes que yo pensara en pasar allá, el historiador Hecateo, empezó a declarar su ascendencia, haciendo derivar su casa de un dios, que era el decimosexto de sus abuelos. Con esta ocasión hicieron con él los sacerdotes de Júpiter Tebeo lo mismo que practicaron después conmigo, aunque no deslindase mi genealogía, pues me entraron en un gran templo y me fueron enseñando tantos colosos de madera cuantos son los sumos sacerdotes que, como expresé, han existido, pues sabido es que cada cual coloca allí su imagen mientras vive. Iban, pues, mis conductores contando y mostrándome por orden las estatuas, diciendo: -«Este ese el hijo del que acabamos de mirar, como puedes verlo, por lo que se parece a su inmediato predecesor;» y de este modo me hicieron reconocer las efigies y recorrerlas de una en una. Algo más hicieron con Hecateo, pues como él se envaneciera de su ascendencia, haciéndose pro-

Burnet, según la cual, la tierra, antes del diluvio, se hallaba en posición paralela al sol.

ceder de un dios, su antepasado, le dieron en ojos con la serie y generación de sus sacerdotes, no queriendo sufrirle la suposición de que un hombre pudiera haber nacido de un dios, y dándole cuenta, al deslindarle la sucesión de sus 345 colosos, que cada uno había sido no más un *piromis*, hijo de otro *piromis* (esto es, un hombre bueno hijo de otro, pues *piromis* equivale en griego a bueno y honrado), sin que ninguno de ellos descendiese de padre dios ni de héroe alguno. En fin, concluían que los representados por las estatuas que enseñaban habían sido todos grandes hombres, como decían, pero ninguno que de muy lejos fuera dios.

CXLIV. Verdad es, añadían, que antes de estos hombres, los dioses eran quienes reinaban en Egipto, morando y conversando entre los mortales, y teniendo siempre uno de ellos imperio soberano. El último dios que reinó allí fue Oro, hijo de Osiris, llamado por los Griegos Apolo, quien terminó su reino después de haber acabado con el de Tifon. A Osiris le llamamos en griego Dioniso, esto es, el *Libre*.

CXLV. Entre los Griegos noto que son tenidos por los dioses más modernos Hércules, Dioniso y Pan; mientras al contrario entre los Egipcios es Pan

un dios antiquísimo, reputado por uno de los dioses primeros, como los llaman; Hércules por uno de los doce dioses que llaman de segunda clase, y Dioniso por uno de los dioses terceros, que fueron hijos de los doce segundos. Tengo arriba declarados los muchos años que corrieron desde Hércules hasta el rey Amasis, según los Egipcios, quienes pretenden fueron más los que trascurrieron desde Pan, pero menos los que pasaron después de Dioniso, aunque entre este y el rey Amasis no mediaron menos de 15.000 años a lo que dicen: y de este cómputo de años, cuya cuenta llevan siempre y notan por escrito, pretenden estar muy ciertos y seguros. Pero en cuanto al Dioniso o Baco griego, que dicen nacido de Semele hija de Cadmo, desde su nacimiento hasta la presente era median 1.600 años¹¹⁰ a más largar, y desde Hércules, el hijo de Alcmena, habrá unos 900, y desde Pan al de Penélope, de la cual y de Mercurio creen los Griegos nacido este dios, han corrido hasta mi edad 800 años a lo más, menos sin duda de los que se cuentan posteriores a la guerra de Troya.

CXLVI. Siga, empero, cada cual la que más le acomodare de estas dos cronologías pues yo me

¹¹⁰ Según los críticos, donde dice 600 debiera leerse 60.

contento con haber declarado lo que por ambos pueblos se piensa acerca de dichos dioses. Sólo añadiré, que si se da por cosa tan constante y recibida el que los dos dioses cuya edad se controvierte, Dioniso, el hijo de Semele, y Pan el de Penélope, nacieron y vivieron en Grecia hasta la vejez, como lo es esto respecto de Hércules, el hijo de Amfitrion, pudiera decirse con razón en esto caso que Dioniso y Pan, dos hombres como los demás, se alzaron con el nombre de aquellos dos dioses, y así las dificultades quedarían allanadas. Pero se opone el inconveniente de que los Griegos pretenden que su Dioniso, apenas malamente nacido, pues Júpiter lo encerró dentro de uno de sus muslos, fue llevado a Nisa, que está en Etiopía, más allá de Egipto: tanto distan de creer que se criara y viviera en Grecia como hombre natural. Mayor es la confusión y enredo respecto de Pan, del cual ni aun los Griegos saben decir dónde paró después de nacido. De aquí, en una palabra, se deduce que los Griegos no oyeron el nombre de los dos dioses citados sino mucho después de oído el de los demás dioses, y que desde la época en que empezaron a nombrarlos, les forjaron la genealogía. Hasta aquí he hecho hablar a los Egipcios.

CXLVII. Voy a referir lo que sucedió en aquel país, según dicen otros pueblos y los naturales así mismo confirman, sin dejar de mezclar en la narración algo de lo que por mí mismo he observado. Viéndose libres e independientes los Egipcios después del reinado del mencionado sacerdote de Vulcano, y hallándose sin rey, como si fueran hombres nacidos para servir siempre a algún soberano, dividieron el Egipto en doce partes, nombrando doce reyes a la vez¹¹¹. Enlazados mutuamente desde luego con el vínculo de los casamientos, reinaban éstos, atenidos a ciertos pactos de que no se quitarían el mando unos a otros, que ninguno de ellos pretendería lograr más autoridad y poder que los demás, y que todos conservarían entre sí la mejor amistad y más perfecta armonía. Movióles a convenir en esta mutua igualdad y alianza común, y a procurarla consolidar con toda seguridad y firmeza, un oráculo que les anunció, apenas apoderados del mando, que vendría a ser señor de todo el Egipto aquel de entre ellos que en el templo de Vulcano libase a los dioses en una taza de bronce; aludiendo

¹¹¹ No se sabe que este duodecimvirato fuera elegido libremente por los Egipcios, como parece indicar el autor.

el oráculo a la costumbre que observaban de sacrificar juntos en todos los templos.

CXLVIII. Reinando, pues, con tal unión, acordaron dejar un monumento en nombre común de todos, y con este objeto construyeron el laberinto, algo más allá de la laguna Meris, hacia la ciudad llamada de los Cocodrilos¹¹². Quise verlo por mí mismo, y me pareció mayor aun de lo que suele decirse y encarecerse. Me atreveré a decir que cualquiera que recorriese las fortalezas, muros y otras fábricas de los Griegos, que hacen alarde de su grandeza, ninguna hallará entre todas que no sea menor e inferior en costa y en trabajo a dicho laberinto. No ignoro cuán magníficos son los templos, el de Efeso y el de Samos, pero es menester confesar que las pirámides les hacen tanta ventaja que cada una de estas puede compararse con muchas obras juntas de los Griegos, aunque sean de las mayores; y con todo, es el laberinto monumento tan grandioso, que

¹¹² Lo que resta del laberinto, que conviene exactamente con la descripción de Herodoto, se llama el palacio de Caronte, la laguna Meris el lago de Caronte, y la ciudad de los Cocodrilos es Arsinos, de la cual sólo quedan ruinas. Tres fueron los objetos y usos del laberinto: servir de templo común o panteón de los doce reinos en que se dividía entonces el Egipto,

excede por sí sólo a las pirámides mismas. Compóñese de doce palacios cubiertos, contiguos unos a otros y cercados todos por una pared exterior, con las puertas fronteras entre sí; seis de ellos miran al Norte y seis al Mediodía. Cada uno tiene duplicadas sus piezas, unas subterráneas, otras en el primer piso, levantadas sobre los sótanos, y hay 1.500 de cada especie, que forman entre todas 3.000. De las del primer piso, que anduve recorriendo, hablaré como testigo de vista; a las subterráneas sólo las conozco de oídas, pues que los Egipcios a cuyo cargo están, se negaron siempre a enseñármelas, dándome por razón el hallarse abajo los sepulcros de los doce reyes fundadores y dueños del laberinto, y las sepulturas de los cocodrilos sagrados; y de tales estancias por lo mismo sólo hablaré por lo que me refirieron. En las piezas superiores, que cual obra más que humana por mis ojos estuve contemplando, admiraba atónito y confuso sus pasos y salidas entre sí, y las vueltas y rodeos tan varios de aquellas salas, pasando de los salones a las cámaras, de las cámaras a los retretes, de éstos a otras galerías, y después a otras cámaras y salones. El techo de estas piezas y

de Corte suprema para los mayores negocios del Estado, y de sepultura común para los monarcas.

sus paredes cubiertas de relieves y figuras son todas de mármol. Cada uno de los palacios está rodeado de un pórtico sostenido con columnas de mármol blanco perfectamente labrado y unido. Al extremo del laberinto se ve pegada a uno de sus ángulos una pirámide de cuarenta orgias, esculpida de grandes animales, a la cual se va por un camino fabricado bajo de tierra.

CXLIX. Mas aunque sea el laberinto obra tan rica y grandiosa, causa todavía mayor admiración la laguna que llaman Meris, cerca de la cual aquel se edificó. Cuenta la laguna de circunferencia 3.000 estadios, medida que corresponde a 60 schenos, los mismos cabalmente que tienen, de longitud las costas marítimas de Egipto; corre a lo largo de Norte a Mediodía, y tiene 50 orgias de fondo en su mayor profundidad¹¹³. Por sí misma declara que es obra de

¹¹³ Conviene no confundir la laguna Meris o Miris con la laguna Marea, vecina a Alejandría, entrambas de las cuales creyó Aristides que habían sido en lo antiguo dos senos del Nilo. La presente laguna de Caronte tiene ahora 12 leguas, o a lo más 15 de circunferencia, término medio entre el cómputo de Mela, que sólo le da 26 millas, y el de Herodoto, harto exagerado, aunque los naturales le defienden diciendo que cierto terreno, arenoso en el día, formaba antes una parte de la laguna. Además de la acequia principal de que se habla aquí, por la cual el lago descargaba o recibía las aguas

manos y artificial. En el centro de ella, a corta diferencia, vense dos pirámides que se elevan sobre la flor del agua 50 orgias, y abajo tienen otras tantas de cimiento, y encima de cada una se ve un coloso de mármol sentado en su trono: aunque ambas pirámides vienen a tener 100 orgias, que forman cabalmente un estadio *hexapletro* o de 600 pies, contando la orgia a razón de 6 pies o de 4 codos, midiendo el pie por 4 palmos y el codo por 6. Siendo el terreno en toda la comarca tan árido y falto de agua, no puede ésta nacer en la misma laguna, sino que a ella ha sido conducida por un canal derivado del Nilo; y en efecto, pasa desde el río a la laguna durante seis meses, en los cuales la pesca reditúa al fisco 20 minas diarias, y sale de la laguna en los otros seis me-

con sus puertas que se abrían o cerraban, desaguaban en el otros canales menores salidos del Nilo, admirables por su número y construcción, los cuales se conservan enteros. En cuanto a las pirámides de Meris, han desaparecido, si bien aseguran los vecinos que cuando el río no sube mucho se ven mas ruinas, no menos que las de has templos, sepulcros y otros edificios en una isla de una legua da circunferencia, situada en medio de la laguna.

ses, que producen al mismo fisco un talento de plata cada día¹¹⁴.

CL. Más notable es lo que me decían los naturales, que el agua de su laguna, corriendo por un conducto subterráneo tierra adentro hacia Poniente, y pasando cerca del monte que domina a Memphis, iba a desembocar en la sirte de la Libia¹¹⁵. No viendo yo en parte alguna amontonada la tierra que debió sacarse al abrir tan gran laguna, movido de curiosidad, y deseoso de saber qué se había hecho de tanto material excavado, pregunté a la gente de los alrededores dónde estaba la infinita arena extraída de aquella hoyo. Diéronme a esto satisfacción y respuesta, y de ella quedé persuadido apenas me la indicaron, sabiendo que en Nino, ciudad de los Asirios, había sucedido un caso muy semejante al que referían. Allí unos ladrones concibieron el designio de robar los muchos tesoros

¹¹⁴ Las 20 minas se computan en 129 libras esterlinas; y el talento de plata en 258 de la misma moneda, sin contar los picos.

¹¹⁵ Si este conducto se supone natural, y más si se concede a la laguna un manantial siempre vivo, como quieren algunos viajeros, será esto más probable que no si se pretende que el conducto es artificial, pues entonces el lago todo se hubiera desaguado por él, y la tierra excavada por tan largo trecho hubiera debido de ser infinita.

que Sardanápalo, hijo de Nino¹¹⁶, en un erario subterráneo tenía cuidadosamente guardados. Con este objeto, medida la distancia, empiezan desde su casa a cavar una mina hacia el palacio del rey: iban por la noche echando al Tigris, río que atraviesa la ciudad de Nino, la tierra que excavaban de la mina, y de este modo prosiguieron hasta salir al cabo con su intento. Lo mismo oí haber sucedido en la excavaciones de la citada laguna, con la diferencia que se ejecutaba de día la maniobra, sin tener que aguardar a la oscuridad de la noche, y la tierra que iban extrayendo la llevaban al Nilo, el cual, recibéndola en su corriente, no podía menos de arrastrarla en ella e irla disipando.

CLI. Referido el modo con que se abrió la laguna Meris, volvamos a los doce reyes, quienes, gobernando con suma equidad y entereza, en el tiempo legítimo hacían un sacrificio en el templo de Vulcano. Venido el último día de la solemnidad, y preparándose a hacer las libaciones religiosas, al irles a presentar las copas con que solían hacerlas, el sumo sacerdote, por equivocación, sacó once no más para

¹¹⁶ Esta es la única vez que el autor hace mención de este monarca, por haberse perdido el libro que el autor escribió de los asirios.

los doce reyes. Entonces Psamético, el último de la fila real, viendo que le faltaba su copa, echó mano de su casco, lo alargó e hizo con él su libación, medio realmente obvio para salir del lance, pues que todos los reyes solían ir con casco, y los doce, en efecto, lo llevaban en aquel instante. Aparecía claramente que Psamético había alargado su casco sin sombra de engaño o mala fe; pero, sin embargo, los once reyes, atendiendo por una parte a su acción, recordando por otra el oráculo, que les tenía predicho que vendría a ser soberano de todo Egipto aquel de entre ellos que libase con copa de bronce, tomaron seria resolución sobre lo acaecido, y aunque no creyeron justo quitar la vida a Psamético, conociendo por sus palabras que no había obrado en aquello con deliberación o fin particular, acordaron con todo que, casi enteramente privado de su poder, fuese desterrado y confinado en los pantanos, con orden de no salir de ellos ni entrometerse en el gobierno de lo restante del Egipto¹¹⁷.

CLII. El desgraciado Psamético, cuyo padre, Neco, había sido muerto por orden del Etíope Saba-

¹¹⁷ Sin duda la libación en una taza de bronce debió incitar menos a los once reyes contra Psamético, que la envidia de

con¹¹⁸, se había ya visto anteriormente precisado a refugiarse en Siria, huyendo de las manos del Etíope, hasta que, habiéndose retirado éste amedrentado por su sueño, fue llamado otra vez a Egipto por sus paisanos del distrito de Sais. Y ahora, siendo ya rey, por la inadvertencia de haber convertido en copa su casco, sucedióle la segunda desventura de que sus once colegas en el reino le confinasen en los pantanos del Egipto. Viéndose, pues, inocente, calumniado y oprimido por la violencia de sus compañeros, pensó seriamente en vengarse de sus perseguidores; y para lograr su intento envió a consultar el oráculo de Latona en la ciudad de Butona, al que miran los Egipcios como el más verídico. Diósele por contestación que el socorro y venganza deseada le vendrían por el mar, cuando a las costas llegasen unos hombres de bronce; respuesta que le llenó de desconfianza y abatió las alas de su corazón por lo ridículo e imposible de los auxiliares que se le prometían. No pasó mucho tiempo, sin embargo,

su provincia marítima, viéndole floreciente por su comercio y muy unido con los negociantes extranjeros.

¹¹⁸ No consta cuál fuese el grado de Neco, si soberano o vasallo, si magistrado o particular; pero la retirada de su hijo a Siria hace conjeturar que sería príncipe de alguna provincia de Egipto.

que ciertos Jonios y Carios que iban en corso¹¹⁹ aportasen al Egipto, obligados de la necesidad. Saltaron a tierra armados con su arnés de bronce, y un Egipcio que jamás había visto tales armaduras, corre hacia los pantanos, y avisando a Psamético de lo que pasaba, dícele que acababan de venir por mar unos hombres de bronce, que saltando en tierra la robaban y saqueaban. Conociendo Psamético desde luego que iba cumpliéndose la predicción del oráculo, recibió con grandes muestras de amistad a los piratas de Jonia y de caria, y no paró hasta que a fuerza de promesas y del ventajoso partido que les proponía, logró de ellos que se quedasen a su servicio, con cuyo socorro y con el de los Egipcios de su bando, salió al cabo vencedor de los once reyes¹²⁰, acabando con todo su poder.

CLIII. Apoderado Psamético de todo el Egipto, levantó en Memfis, dedicándolos a Vulcano, los

¹¹⁹ La piratería fue una profesión antiquísima en los mares de Grecia y del Asia menor, ni se reputaba infame, según el testimonio de Tucídides, quien la atribuye, parte a la oportunidad del mar, parte a la pobreza de los habitantes, parte a la independencia de aquellos pequeños Estados, de la cual nacía la impunidad de los corsarios.

¹²⁰ La batalla parece que se dio cerca de Memfis, en la cual algunos reyes quedaron muertos, y otros se refugieron dentro del África.

portales o propíleos que miran al Mediodía, y en frente de ellos fabricó en honor de Apis un palacio rodeado de columnas y lleno de figuras esculpidas, en el cual el dios Apis, cuyo nombre griego es *Epa-fos*¹²¹, se cría y mora, siempre que aparece a los Egipcios: las columnas del palacio son otros tantos colosos de doce codos cada uno.

CLIV. En cuanto a los Jonios y Carios que sirvieron como tropas mercenarias en la conquista, recibieron de Psamético en recompensa de su servicio ciertas propiedades, unas en frente de otras, por medio de las cuales corre el Nilo, y a las que puso el nombre de reales, sin dejar de darles el monarca, no contento con esta recompensa, lo demás que le tenía prometido¹²². Entrególes asimismo ciertos niños egipcios para que cuidasen de instruirlos en la lengua griega, y los que al presente son intérpretes de

¹²¹ Este toro y dios Apis de los Memfitas no debe confundirse con el toro y dios Mneris de los de Heliópolis, a cuya imitación los Israelitas fabricaron su becerro en el desierto.

¹²² Parece que el favor de este rey hacia los Griegos a quienes debía en parte la corona, indispuso no poco el ánimo de los nacionales para con su soberano, de cuyo servicio desertaron de una vez en gran número, según se dijo en el par. XXX de este libro. Este dscontento obligó más a Psamético a unirse

ella en Egipto descienden de los que entonces la aprendieron. Los campos que los Jonios y Carios poseyeron largo tiempo, no distan mucho de la costa, y caen un poco más debajo de la ciudad de Bubastis, cerca de la boca Pelusia del Nilo, como la llaman. Andando el tiempo, éstos mismos extranjeros, transplantados de sus campos fueron colocados en Memfis por el rey Amasis, quien en ellos quiso tener un cuerpo de guardias contra los Egipcios. Desde el tiempo en que dichas tropas se domiciliaron en Egipto, por medio de su trato y comunicación, nosotros los Griegos sabemos con exactitud y puntualidad la historia del país, contando desde Psamético y siguiendo los sucesos posteriores a su reinado. Los Jonios o Carios fueron los primeros colonos de extranjero idioma que en Egipto se establecieron; y aun en mis días veíase en los lugares desde los cuales fueron trasladados a Memfis las atarazanas de sus naves y las ruinas de sus habitaciones. Ved aquí el modo como Psamético llegó a apoderarse del Egipto.

CLV. Bien me acuerdo de lo mucho que llevo dicho acerca del oráculo egipcio arriba mencionado,

con los extraños, haciendo alianza con los Atenienses y con otros Griegos.

pero quiero añadir algo más en su alabanza, pues digno es de ella. Este oráculo egipcio, dedicado a Latona, se halla situado en una gran ciudad vecina a la boca del Nilo que llaman Sebenítica, al navegar río arriba desde el mar, cuya ciudad, según antes expresé, es Butona, y en ella hay así mismo un templo de Apolo y de Diana. El de Latona, asiento del oráculo, además de ser una obra en sí grandiosa, tiene también su propileo de diez orgias de elevación. Pero de cuanto allí se veía, lo que mayor maravilla me causó fue la capilla o nicho de Latona que hay en dicho templo, formado de una sola piedra, así en su longitud como en su anchura¹²³. Sus paredes son todas de una medida y de cuarenta codos cada una; la cubierta de la capilla, que le sirve de techo, la forma otra piedra, cuyo alero sólo tiene cuatro codos. Esta capilla de una pieza, lo repito, es en mi concepto lo más admirable de aquel templo.

CLVI. El segundo lugar merece se le dé por su singularidad la isla llamada de Chemmis, situada en una profunda y espaciosa laguna que está cerca de un templo de la mencionada ciudad de Butona. Los Egipcios pretendían que era una isla flotante; mas

¹²³ En las ruinas de Egipto se ven todavía techos grandes de una sola pieza.

puedo afirmar que no la vi nadar ni moverse, y quedé atónito al oír que una isla pueda nadar en realidad¹²⁴. Hay en ella un templo magnífico de Apolo, en que se ven tres aras levantadas, y está poblada de muchas palmas y de otros árboles, unos estériles, otros de la clase de los frutales. No dejan los naturales de dar la razón en que se apoyan para creer en esta isla flotante: dicen que Latona, una de las ocho deidades primeras que hubo en Egipto, tenía su morada en Butona, donde al presente reside su oráculo, y en aquella isla no flotante todavía recibió a Apolo, que en depósito se lo entregó la diosa Isis, y allí pudo salvarle escondido, cuando vino a aquel lugar Tifón, que no dejaba guarida sin registrar, para apoderarse de aquel hijo de Osiris. Apolo y Artemis, según los Egipcios, fueron hijos de Dioniso y de

¹²⁴ Es extraño que ignore el autor las grandes islas flotantes cerca de Orcomeno, ciudad de Beocia, quedespues describió Teofrasto, y otras de que Plinio y Séneca dieron noticia. En el río Formoso en el reino de Benin, según el abate Marcy, se ven nompocas islas flotantes, pobladas de cañas y arbustos. En cuanto a la historia de la isla de Chemmis, parece trasladada por los Griegos a la de Delos, mudados sólo los nombres; a no ser que los Egipcios con el comercio con los Griegos adoptasen también sus fábulas.

Isis¹²⁵; y Latona fue el ama que los crió y puso en salvo. En egipcio Apolo se llama Oros. Demeter se dice Isis, y Artemis lleva el nombre de Bubastis; y en esta creencia egipcia y no en otra alguna se fundó Esquilo, hijo de Euforion, para hacer en sus versos a Artemis hija de Demeter, aunque en esto se diferencia de los demás poetas que han existido. Tal es la razón por que los Egipcios creen a su isla move-diza.

CLVII. De los 59 años que reinó Psamético en Egipto¹²⁶ tuvo bloqueada por espacio de 29 a Azoto, gran ciudad de la Siria, que al fin rindió; habiendo sido aquella plaza, entre todas cuantas conozco, la que por más tiempo ha sufrido y resistido al asedio.

CLVIII. Neco sucedió en el reinado a su padre Psamético, y fue el primero en la empresa de abrir el

¹²⁵ Conservo los nombres griegos, a los cuales en latín corresponden: a Artemis, Diana; a Dioniso, Baco; a Demeter, Céres.

¹²⁶ Dícese de este Rey además que envió a buscar las fuentes del Nilo, que hizo en dos niños la experiencia referida en el segundo párrafo de este libro, y que conjuró a fuerza de regalos la tempestad que le amenazaba con la invasión de los Escitas.

canal¹²⁷, continuado después por el persa Darío, que va desde el Nilo hacia el mar Erithreo, y cuya longitud es de cuatro días de navegación, y tanta su latitud que por él pueden ir a remo dos galeras a la par. El agua del canal se tomó del Nilo, algo más arriba de la ciudad de Bubastis, desde donde va siguiendo por el canal, hasta que desemboca en el mar Erithreo, cerca de Patumo, ciudad de Arabia. Empezóse la excavación en la llanura del Egipto limítrofe de la Arabia, con cuya llanura confina por su parte superior el monte que se extiende cerca de Menfis, en el cual se hallan las canteras ya citadas. Pasando la acequia por el pie de este monte, se dilata a lo largo de Poniente hacia Levante, y al llegar

¹²⁷ Este canal regio, del cual aristóteles hace inverosímilmente primer actor a Sesostris, y Diodoro y Herodoto a Neco, fue llevado a cabo por Darío, y no, según pretende Diodoro, por Ptolomeo Filadelfo, tantos años posterior a nuestro autor, si bien este monarca fabricó una exclusiva con sus puertas para subir y bajar el agua, a fin de que el mar Rojo, más elevado que el Egipto, como se decía, no inundase el país. En la incertidumbre que reina acerca del curso del canal, parece lo más probable que se tomó el agua desde le brazo Bubástico del Nilo cerca de Facusa, y tirando hacia el monte vecino de Arabia, y torciendo al pie él su dirección, seguía hasta entrar en el en el golfo Árábigo cerca de la ciudad de Patumo, que se duda si será la Phitom del Exodo, después Heopolis.

a la quebrada de la cordillera, tuerce hacia el Noto o Mediodía y va a dar en el golfo Arábigo. Para ir del mar boreal o Mediterráneo al Meridional, que es el mismo que llamamos Erithreo, el más breve atajo es el que se toma desde le monte Casio, que divide el Egipto de la Siria y dista del golfo Arábigo 1.000 estadios; ésta es, repito, la senda más corta, pues la del canal es tanto más larga, cuantas son las sinuosidades que este forma. Ciento veinte mil hombres perecieron en el reinado de Neco en la excavación del canal, ayunque este rey lo dejó a medio abrir, por haberle detenido un oráculo, diciéndole que se daba prisa para ahorrar fatiga al bárbaro, es decir, extranjero, pues con aquel nombre llaman los Egipcios a cuantos no hablan su mismo idioma.

CLIX. Dejando, pues, sin concluir el canal, Neco volvió su atención a las expediciones militares. Mandó construir galeras, de las cuales unas se fabricaron en el Mediterráneo, otras en el golfo Arábigo o Erithreo, cuyos arsenales se ven todavía, sirviéndose de estas armadas según pedía la oportunidad. Con el ejército de tierra venció a los Sirios en la Batalla que les dio en Magdolo¹²⁸, a la cual siguió la

¹²⁸ Por el libro IV de los Reyes sabemos con más puntualidad, que Faraon Neco venció a los Judíos cerca de

toma de Caditis, gran ciudad de Siria; y con motivo de estas victorias consagró al dios Apolo el mismo vestido que llevaba al hacer aquellas proezas, enviándolo por ofrenda a Bránquidas, santuario célebre en el dominio de Mileto. Cumplidos 16 años de reinado, dejó Neco en su muerte el mando a su hijo Psammis.

CLX. El tiempo del rey Psammis, presentáronse en Egipto unos embajadores de los Eleos con la mira de hacer ostentación en aquella corte, y dar noticia de un certamen que decían haber instituido en Olimpia con la mayor equidad y discreción posible, persuadidos de que los Egipcios mismos, nación la más hábil y discreta del orbe, no hubieran acertado a discurrir unos juegos mejor arreglados. El rey, después de haberle dado cuenta a los Eleos del motivo que los traía, formó una asamblea de las personas tenidas en el país por las más sabias e inteligentes, quienes oyeron de la boca de los Eleos el

Mageddo; que en Rebla de Siria prendió al rey Joacaz, llevándole cautivo a Egipto; que nombró a Joaquín rey de Jerusalem, aunque no consta que tomase a fuerza de armas esta ciudad que será acaso la Caditis de Herodoto. Venció también Neco a los Asirios, y se apoderó de Carcamis sobre el Eufrates; pero vencido poco después por Nabucodonosor, perdió sus conquistas, y murió 600 años antes de Jesucristo.

orden y prevenciones que debían observarse en su público certamen, y escucharon la propuesta que les hicieron, declarando que el fin de su embajada era conocer si los Egipcios serían capaces de inventar y discurrir algo que para el objeto fuera mejor y más adecuado. La asamblea, después de tomar acuerdo, preguntó a los Eleos si admitían en los juegos a sus paisanos a la competencia y pretensión; y habiéndoseles respondido que todo griego así Eleo como forastero, podía salir a la palestra, replicó luego que esto sólo echaba a tierra toda equidad, pues no era absolutamente posible que los jueces Eleos hicieran justicia al forastero en competencia con un paisano; y que si querían unos juegos públicos imparciales y con este fin venían a consultar a los Egipcios, les daban el consejo de excluir a todo Eleo de la contienda, y admitir tan solo al forastero¹²⁹. Tal fue el aviso que aquellos sabios dieron a los Eleos.

CLXI. Seis años reinó Psammis solamente, en cuyo tiempo hizo una expedición contra la Etiopía, y después de su pronta muerte le sucedió en el tro-

¹²⁹ Diodoro pretende que la embajada de los Eleos fue en tiempo de Amasis.

no su hijo Apries¹³⁰, el cual en su reinado de 25 años pudo con razón ser tenido por el monarca más feliz de cuantos vio el Egipto, si se exceptúa a Psamético, su bisabuelo. Durante la prosperidad llevó las armas contra Sidonia, y dio a los Tirios una batalla naval; pero su destino era que toda su dicha se trocara por fin en desventura, que le acometió con la ocasión siguiente, que me contentaré con apuntar por ahora, reservándome el referirla circunstanciadamente al tratar de la Libia. Habiendo enviado Apries un ejército contra los de Cirene, quedó gran parte de él perdido y exterminado. Los egipcios echaron al rey la culpa de su desventura, y se levantaron contra él, sospechando que los había expuesto a propósito a tan grave peligro, y enviado sus tropas a la matanza con la dañada política de poder mandar al resto de sus vasallos más despótica y seguramente, una vez destruida la mayor parte de la milicia¹³¹. Con tales sospechas y resentimiento, se le rebelaron abierta-

¹³⁰ Este rey, que venció al principio a los Tirios, Sidonios y Cipriotas, volviendo a Egipto con un rico botín, y a quien dan unos 22 y otros 19 años de reinado, es el Ephree de la Biblia, cuyo delito fue abandonar a su aliado Sedecias en manos de Nabucodonosor, y cuyo castigo anuncia Jeremías

mente, así los que habían vuelto a Egipto de aquella infeliz expedición, como los amigos y deudos de los que habían perecido en la jornada.

CLXII. Avisado Apríes de estos movimientos sediciosos, determinó enviar a Amasis adonde estaban los malcontentos para que, aplacándolos con buenas palabras y razones, les hiciera desistir de la sublevación. Llegado Amasis al campo de los soldados rebeldes, al tiempo que les estaba amonestando que desistieran de lo empezado, uno de ellos, acercándosele por las espaldas, coloca un casco sobre su cabeza, diciendo al mismo tiempo que con él le corona y le proclama por rey de Egipto. No sentó mal a Amasis, al parecer, según se vio por el resultado, aquel casco que le sirvió de corona, pues apenas nombrado rey de Egipto por los sublevados, se preparó luego para marchar contra Apríes. Informado el rey de lo sucedido, envió a uno de los Egipcios que a su lado tenía, por nombre Patabermis, hombre de gran autoridad y reputación, con orden expresa de que le trajera vivo a Amasis. Llegó el enviado a vista del rebelde, y declaróle el mandato

¹³¹ En el libro IV, párrafo CLIX de esta historia, se verán los motivos que tuvo Apríes para esta expedición y que eran injustas las sospechas de sus vasallos.

que traía; pero Amasis hizo de él tal desprecio que hallándose entonces a caballo, levantó un poco el muslo y le saludó grosera e indecorosamente, diciéndole al mismo tiempo que tal era el acatamiento que hacía a Apríes, a quien debía referirlo. Instando, no obstante, Patabermis para que fuese a verse con el soberano, que le llamaba, respondióle que iría, y que en efecto hacía tiempo que disponía su viaje, y que a buen seguro no tendría por qué quejarse Apríes, a quien pensaba visitar en persona y con mucha gente de comitiva. Penetró bien Patabermis el sentido de la respuesta, y viendo al mismo tiempo los preparativos de Amasis para la guerra¹³², regresó con diligencia, queriendo informar cuanto antes al rey del lo que sucedía. Apenas Apríes le ve volver a su presencia sin traer consigo a Amasis montando en cólera y ciego de furor, sin darle lugar a hablar palabra y sin hablar ninguna, manda al instante que se le mutile, cortándole allí mismo orejas y narices. Al ver los demás Egipcios que todavía reconocían por rey a Apríes la viva carnicería tan

¹³² No se sabe si estos preparativos de guerra se hicieron con el favor de Nabucodonosor, que se valdría de estos disturbios para saquear el Egipto, y si fueron en el tiempo o después de su invasión; mas parece que auxilió a Amasis, y que le dejó tan sólo como rey feudatario.

atroz y horriblemente hecha en un personaje del más alto carácter y de la mayor autoridad en el reino, pasaron sin aguardar más partido de los otros y se entregaron al gobierno y obediencia de Amasis.

CLXIII. Con la noticia de esta nueva sublevación, Apríes, que tenía alrededor de su persona hasta 30.000 soldados mercenarios, parte Carios y parte Jonios, manda tomar las armas a sus cuerpos de guardias, y al frente de ellos marcha contra los Egipcios, saliendo del ciudad de Sais, donde tenía su palacio, dignísimo de verse por su magnificencia. Al tiempo que los guardias de Apríes iban contra los Egipcios, las tropas de Amasis marchaban contra los guardias extranjeros; y ambos ejércitos, resueltos a probar de cerca sus coraza, hicieron alto en la ciudad de Momemfis¹³³; en este lugar nos parece prevenir que la nación egipcia está distribuida en siete clases de personas; la de los sacerdotes, la de guerre-ros, la de boyeros, la de porqueros, la de mercade-res, la de intérpretes, y la de marineros.

CLXIV. Estos son los gremios de los Egipcios, que toman su nombre del oficio que ejercen¹³⁴. De

¹³³ Ciudad no lejos de la laguna Marea.

¹³⁴ Herodoto, al estilo de los poetas, dejando susupensa la espectación de los lectores al ir a darse una acción decisiva,

los guerreros parte son llamados *Calasiries*, parte *Hermotibies*, y como el Egipto está dividido en nomos o distritos, los guerreros están repartidos por ellos del modo siguiente:

CLXV. A los Hermotibies pertenecen los distritos de Busiris, de Sais, de Chemmis, de Prapremis, la isla que llaman Prosopitis y la mitad de Nato. De estos distritos son naturales los Hermotibies, quienes, cuando su numero es mayor, componen 16 myriadas o 160.000 hombres, todos guerreros de profesión, sin que uno solo aprenda o ejercite arte alguna mecánica.

CLXVI. Los distritos de lo Calasiries son el Bumbastista, el Tebeo, el Aftita, el Tanita, el Mendesio, el Sebenita, el Atribita, el Farbetita, el Tmuita, el Onofita, el Anisio, y el Miecforita, que está en una isla frontera a la ciudad de Bubastis. Estos distritos de los Calasiries al llegar a lo sumo su población, forman 25 myriadas o 250.000 hombres, a ninguno de los cuales es permitido ejercitar otra profesión

intercala este episodio de las milicias y clases de Egipto, que en vez de siete reduce a cinco Diodoro de Sicilia. En cuanto a la milicia egipcia, a pesar de su separación y su perpetuidad, obsérvase que jamás sobresalió en valor, pues sin el ejercicio activo de la guerra, los soldados, aunque de profesión, se enervan con el ocio.

que la de la armas, en la que los hijos suceden a los padres.

CLXVII. No me atrevo en verdad a decir si los Egipcios adoptaron de los Griegos el juicio que forman entre las artes y la milicia, pues veo que Tracios, Escitas, Persas, Lidios y, en una palabra, casi todos lo Bárbaros, tienen en menor estima a los que profesan algún arte mecánico y a sus hijos, que a los demás ciudadanos, y al contrario reputan por nobles a los que no se ocupan en obras de mano, y mayormente a los que se destinan a la milicia. Este mismo juicio han adoptado todos los Griegos, y muy particularmente los Lacedemonios, si bien los Corintios son los que menos desestiman y desdeñan a los artesanos.

CLXVIII. Los guerreros únicamente, si se exceptúan los sacerdotes¹³⁵, tenían entre los Egipcios sus privilegios y gajes particulares, por los cuales disfrutaba cada uno de doce *aruras* o yugadas de tierra inmunes de todo pecho. La *arura* es una suerte de campo que tiene por todos lados cien codos egipcios, equivalentes puntualmente a los codos

¹³⁵ Esta era la primera clase del Estado con un sumo sacerdote y varios colegios presididos por un pontífice

samios. Dichas propiedades, reservadas al cuerpo de los guerreros, pasan de unos a otros, sin que jamás disfrute uno las mismas. Relevábanse cada año mil de los Calaciries y mil de los Hermotibies, para servir de guardias de corps cerca del rey, en cuyo tiempo de servicio, además de sus yugadas, se le daba su ración diaria, consistente en cinco minas de pan cocido, que se daba por peso a cada uno, en dos minas de carne de buey, y en cuatro sextarios de vino¹³⁶. Esta era siempre la ración dada al guardia; pero volvamos al hilo de la narración.

CLXIX. Después que se encontraron en Momenfis, Apríes al frente de los soldados mercenarios, y Amasis al de los guerreros Egipcios, dióse allí la batalla en la cual, a pesar de los esfuerzos de valor que hizo la tropa extranjera, su número mucho menor fue superado y oprimido por la multitud de sus enemigos. Vivía Apríes según dicen, completamente persuadido de que ningún hombre y nadie, aun de los mismos dioses, era bastante a derribarle de su

menor; el rey era cabeza del sacerdocio egipcio, como debía serlo en la religión natural la suprema potestad.

¹³⁶ La mina corresponde casi a una libra de peso; el sextario a poco más de un cuartillo.

trono¹³⁷; tan afianzado y seguro se miraba en le imperio; pero el engañado príncipe vencido allí y hecho prisionero, fue conducido luego a Sais, al palacio antes suyo, y entonces ya del rey Amasis. El vencedor trató por algún tiempo al rey prisionero con tanta humanidad, que le suministraba los alimentos en palacio con toda magnificencia; pero viendo que los Egipcios murmuraban por ello, diciendo que no era justo mantener al mayor enemigo, así de ellos como del mismo Amasis, consintió este, por fin, en entregar la persona del depuesto soberano a marced de los vasallos, quiénes le estrangularon y enterraron su cuerpo en la sepultura de sus antepasados, que se ve aun en el templo de Minerva, al entrar a mano izquierda, muy cerca de la misma nave del santuario. Dentro del mismo templo los vecinos de Sais dieron sepultura a todos los reyes que fueron naturales de su distrito; y allí

¹³⁷ Este pasaje concuerda con la expresión arrogante y blasfema que pone Ezequiel en boca de este rey el dragón grande tendido entre sus ríos y diciendo: *Meus est fluvius, ego fecime metipsum*. No conviene menos con la narración de Herodoto lo demás de la profecía, aunque la desolación de 40 años con que se amenaza a las ciudades del Egipto después dela invasión de Nabucodonosor, hace pensar que entre Apríes y Amasis reinó algún príncipe menos poderoso, que sería Partamis de Helánico o algún otro.

mismo en el atrio del templo está el monumento de Amasis, algo más apartado de la nave que el de Apríes y de sus progenitores, y que consiste en un vasto aposento de mármol, adornado de columnas a modo de troncos de palmas, con otros suntuosos primores: en ella hay dos grande armarios con sus puertas, dentro de los cuales se encierra la urna.

CLXX. En Sais, en el mismo templo de Minerva, a espaldas de su capilla y pegado a su misma pared, se halla el sepulcro de cierto personaje, cuyo nombre no me es permitido pronunciar en esta historia. Dentro de aquel sagrado recinto hay también dos obeliscos de mármol, y junto a ellos una laguna hermo세ada alrededor con un pretil de piedra bien labrada, cuya extensión, a mi parecer, es igual a la que tiene la laguna de Delos, que llaman redonda.

CLXXI. En aquella laguna hacen de noche los Egipcios ciertas representaciones, a las que llaman misterios de las tristes aventuras de una persona que no quiero nombrar¹³⁸, aunque estoy a fondo enterado de cuanto esto concierne; pero en punto de religión, silencio. Lo mismo digo respecto a la

¹³⁸ Estos misterios representaban las desventuras de Osiris, echado al río en una caja cerrada con plomo o hecho pedazos por Tifon y hallado por su mujer Isis.

iniciación de Cérés o *Tesmofoia*, según la llaman los Griegos, pues en ella deben estar los ojos abiertos y la boca cerrada, menos en lo que no exige secreto religioso: tal es que las hijas de Danao trajesen estos misterios del Egipto¹³⁹, y que de ellas los aprendieron las mujeres pelasgas; que le uso de esta ceremonia se aboliese en el Peloponeso después de arrojados sus antiguos moradores por los Dorios, siendo los Arcades los únicos que quedaron de la primera raza, los únicos también que conservaron aquella costumbre.

CLXXII. Amasis, de quien es preciso volver a hablar, reino en Egipto después de la muerte violenta de Apríes: era del distrito de Sais y natural de una ciudad llamada Siuf. Los egipcios al principio no hacían caso de su nuevo rey, vilipendiándole abiertamente como hombre antes plebeyo y de familia humilde y oscura; mas él poco a poco, sin usar de violencia con sus vasallos, supo ganarlos por fin con arte y discreción. Entre muchas alhajas preciosas, tenía Amasis una bacía de oro, en la que así él

¹³⁹ Diodoro afirma que Demeter o Cérés es la misma que Isis, cuya tesmofoia o misterios Eleusinos celebró Grecia, adoptándolos del Egipto en Argos por medio de las Danaides, y en Atenas, colonia quizá egipcia, por medio de los Egipcios Petes y Erectes.

como todos sus convidados solían lavarse los pies: mandóla, pues, hacer pedazos y formar con ellos una estatua de no sé qué dios, la que luego de consagrada coloco en el sitio de la ciudad que le pareció más oportuno a su intento. A vista de una nueva estatua, concurren los egipcios a adorarla con gran fervor, hasta que Amasis, enterado de lo que hacían con ella sus vasallos, los manda llamar y les declara que el nuevo dios había salido de aquel vaso vil de oro en que ellos mismos solían antes vomitar, orinar y lavarse los pies, y era grande sin embargo el respeto y veneración que al presente les merecía una vez consagrado. «Pues bien, añade, los mismos que con este vaso ha pasado conmigo, antes fui un mero particular y un plebeyo, ahora soy vuestro soberano, y como tal me debéis respeto y honor.» Con tal amonestación y expediente logró de los egipcios que estimasen su persona y considerasen como deber el servirle.

CLXXIII. La conducta particular de este rey y su tenor de vida ordinario era ocuparse con tesón desde muy temprano en el despacho de los negocios de la corona hasta cerca del mediodía¹⁴⁰; pero desde

¹⁴⁰ Los Egipcios habían logrado con la fuerza de la costumbre, que en una sociedad bien constituida tiene

aquella hora pasaba con su copa lo restante del día bebiendo, zumbando a sus convidados, y holgándose tanto con ellos, que tocaba a veces en bufón con algo de chocarrero. Mal habidos sus amigos con la real truhanería, se resolvieron por fin a dirigirle una reconvención en buenos términos: -«Señor, le dicen, esa llaneza con que os mostráis sobrado humilde y rastrero, no es la que pide el decoro de la majestad, pues lo que corresponde a un real personaje es ir despachando lo que ocurra, sentando magníficamente en un trono majestuoso. Si así lo hicierais, se reconocieran gobernados los Egipcios con estima de su soberano, por un hombre grande; y vos lograréis tener con ellos mayor crédito y aplauso, pues lo que hacéis ahora desdice de la suprema majestad.» Pero el rey por su parte les replicó: -«Observo que

dominio absoluto, contener y limitar a la suprema autoridad, por más que la corona fuese hereditaria, recayendo en los raros casos de elección en un oficial de mérito o en un sacerdote virtuoso. La conducta trazada al monarca era arregladísima; el uso apartaba de él todas las personas bajas y vulgares, dándole por criados jóvenes nobles educados con esmero; repartía sus horas entre el despacho de los negocios, el sacrificio diario, un breve recreo, una mesa moderada y en oír la lectura de las instrucciones de los libros sagrados, y un elogio de sus diarias acciones si lo merecía, y en fin, nada le consentían hacer contrario a las leyes y costumbres del Egipto.

solo al ir a disparar el arco lo tiran y aprietan los ballesteros, y luego de disparado lo aflojan y sueltan, pues a tenerlo siempre parado y tirante, a la mejor ocasión y en lo más apurado del lance se le rompiera y haría inservible. Semejante es lo que sucede en el hombre que entregado de continuo a más y más afanes, sin respirar ni holgar un rato, en el día menos pensado se halla con la cabeza trastornada, o parálítico por un ataque de apoplejía. Por estos principios, pues, me gobierno, tomando con discreción la fatiga y el descanso.» Así respondió y satisfizo a sus amigos.

CLXXIV. Es fama también que Amasis, siendo particular todavía, como joven amigo de diversiones y convites, y enemigo de toda ocupación seria y provechosa, cuando por entre agotársele el oro no tenía con que entregarse a la crápula entre sus copas y camaradas, solía rondando de noche acudir a la rapacidad y ligereza de sus manos¹⁴¹. Sucedió que

¹⁴¹ Aunque las leyes egipcias prohibían el hurto, como se ve por este pasaje y por la historia referida en el pár. CXXI de este libro, señalaban un magistrado con el nombre de Archiladron, quien tomaba por escrito los nombres de los que quisiesen profesar tal oficio, y les obligaba a presentarle sus hurtos; y ante él acudían los dueños de lo robado, que lo recobraban dejando una cuarta parte de su valor en beneficio

negando firmemente los robos de que algunos le acusaban, era citado y traído delante de sus oráculos, muchos de los cuales le condenaron como ladrón, al paso que otros le dieron por inocente. Y es notable la conducta que cuando rey observó con dichos oráculos: ninguno de los dioses que le habían absuelto mereció jamás que cuidase de sus templos, que los adornara con ofrenda alguna, ni que en ellos una sola vez sacrificase, pues por tener oráculos tan falsos y mentirosos no se le debía respeto y atención; y por el contrario se esmeró mucho con los oráculos que le habían declarado por ladrón, mirándolos como santuarios de verdaderos dioses, pues tan veraces eran en sus respuestas y declaraciones.

CLXXV. En honor de Minerva edificó Amasis en Sais unos propileos tan admirables, que así en lo vasto y elevado de la fábrica como en el tamaño de las piedras y calidad de los mármoles, sobrepujó a los demás reyes: además levantó allí mismo unas estatuas agigantadas y unas descomunales *androsfin-*

del ladón. Sin defender esta economía como remedio de mayores males, diré que no era cosa contraria a la ley natural, pues la potestad suprema puede moderar el dominio privado de cada uno con ciertas cargas y condiciones a que puede obligarlos.

*ges*¹⁴². Para reparar los demás edificios mandó traer otras piedras de extraordinaria magnitud, acarradas unas desde la cantera vecina a Memfis y otras de enorme mole traídas desde Elefantina, ciudad distante de Sais veinte días de navegación. Otra cosa hizo también que no me causa menos admiración, o por mejor decir, la aumenta considerablemente. Desde Elefantina hizo trasladar una casa entera de una sola pieza: Tres años se necesitaron para traerla y dos mil conductores encargados de la maniobra, todos pilotos de profesión. Esta casa *monolitha*, es decir, de una piedra, tiene 21 codos de largo, 14 de ancho y ocho de alto por la parte exterior, y por la interior su longitud es de 18 codos y 20 dedos, su anchura de 12 codos y de cinco su altura. Hállase esta pieza en la entrada misma del templo, pues, según dicen, no acabaron de arrastrarla allá dentro, porque el arquitecto, oprimido de tanta fatiga y quebrantado con el largo tiempo empleado en la maniobra prorrumpió allí en gran gemido, como de quien desfallece, lo cual advirtiéndolo Amasis no consintió la arrastraran más allá del sitio en que se hallaba; aunque no falta quienes pretenden que el motivo de no haber sido llevada hasta dentro del

¹⁴² Esfinges con rostro de hombre.

templo fue por haber quedado oprimido bajo la piedra uno de los que la movían con palancas.

CLXXVI. En todos los demás templos de consideración dedicó también Amasis otros grandiosos monumentos dignos de ser vistos. Entre ellos colocó en Memfis, delante del templo de Vulcano, un coloso recostado de 75 pies de largo, y en su misma base hizo erigir a cada lado otros dos colosos de mármol etiópico¹⁴³ de 20 pies de altura. Otro de mármol hay en Sais, igualmente grande y tendido boca arriba del mismo modo que el coloso de Memfis mencionado. Amasis fue también el que hizo en Memfis construir un templo a Isis, monumento realmente magnífico y hermoso.

CLXXVII. Es fama que en el reinado de Amasis fue cuando el Egipto, así por el beneficio que sus campos deben al río, como por la abundancia que deben los hombres a sus campos, se vio en el estado más opulento y floreciente en que jamás se hubiese hallado, llegando sus ciudades al número de 20.000¹⁴⁴, todas habitadas. Amasis es mirado entre

¹⁴³ Se estimaba en más el mármol etiópico negro o variado, por lo fuerte de la piedra, o quizá solo por ser extranjero.

¹⁴⁴ Diodoro refiere que las ciudades y pueblos grandes del Egipto antiguamente subían a 18.000, en tiempo de Filadelfo a 20.000, siendo entonces de siete millones. Y no es de

los Egipcios como el autor de la ley que obligaba a cada uno en particular a que en presencia de su respectivo *Nomarca*, o prefecto de provincia, declarase cada año su modo de vivir y oficio, so pena de muerte al que no lo declaraba o no lo mostraba justo y legítimo; ley que, adoptándola de los Egipcios, impuso Solon ateniense a sus ciudadanos, y que siendo en sí muy loable y justificada es mantenida por aquel pueblo en todo su vigor.

CLXXVIII. Como sincero amigo de los Griegos no se contentó Amasis con hacer muchas mercedes a algunos individuos de esta nación, sino que concedió a todos los que quisieran pasar al Egipto la ciudad de Naucratis para que fijasen en ella si su establecimiento, y a los que rehusaran asentar allí su morada les señaló el lugar donde levantarán a sus dioses aras y templos, de los cuales el que llaman el Helénico es sin disputa el más famoso, grande y frecuentado. Las ciudades que, cada cual por su parte, concurrieron a la fábrica de este monumento fueron: entre las jonias, las de Chio, la de Teo, la de Focea y las de Clazomene; entre las dóricas, las de

admirar, si es verdad que un niño no costase a sus padres más que 20 dracmas hasta la edad varonil, pues la población crece con la abundancia de víveres.

Rodas, Cnido, Halicarnaso y Faselida, y entre las Eolias únicamente la de Mitilene. Estas ciudades, a las cuales pertenece el helénico, son las que nombran los presidentes de aquel emporio, o directores de su comercio¹⁴⁵, pues las demás que pretenden tener parte en el templo solicitan un derecho que de ningún modo les compete. Otras ciudades erigieron allí mismo templos particulares, uno a Júpiter los Eginetas, otro a Juno los Samios, y los Milesios uno a Apolo.

CLXXIX. La ciudad de Naucratis era la única antiguamente que gozaba del privilegio de emporio¹⁴⁶, careciendo todas las demás de Egipto de tal derecho; y esto en tal grado, que al que aportase a cualquiera de las embocaduras del Nilo que no fuera la Canóbica, se le exigía el juramento de que no había sido su ánimo arribar allá, y se le precisaba luego a pasar en su misma nave la boca Canóbica; y si los vientos contrarios le impedían navegar hacia ella,

¹⁴⁵ Equivalen a los que llamamos cónsules al presente, pues cada nación, y aun a veces una ciudad, tenían al parecer su compañía de comercio.

¹⁴⁶ Naucratis era, según se dice, colonia de Mileto, si bien no consta la época de su fundación. En cuanto a los emporios privilegiados, es difícil de resolver si son más ventajosos que perniciosos al bien público.

érale absolutamente forzoso rodear la Delta con las barcas del río, trasladando en ellas la carga hasta llegar a Naucratis: Tan privilegiado era el emporio de esta ciudad.

CLXXX. Habiendo abrasado un incendio casual el antiguo templo en que Delfos existía, alquilaron los Amficiones por 300 talentos a algunos asentistas la fábrica del que allí se ve en la actualidad. Los vecinos de Delfos, obligados a contribuir con la cuarta parte de la suma fijada¹⁴⁷, iban girando por varias ciudades a fin de recoger limosna para la nueva fábrica; y no fue ciertamente del Egipto de donde menos alcanzaron, habiéndoles dado Amasis 1.000 talentos de lumbre y 20 minas los griegos allí establecidos.

CLXXXI. Formó Amasis su tratado de amistad y alianza mutua con los de Cirene, de entre los cuales no se desdeñó de tomar una esposa, ya fuera por antojo o pasión de tener por mujer a una Griega, ya por dar a estos una nueva prueba de su afecto y unión. La mujer con quien casó se llamaba Ladice, y

¹⁴⁷ Nos es extraño que los de Delfos fuesen tan cargados en el reparto, pues sin la fatiga de cultivar sus riscos, vivían a expensas del templo, y aun quizá se enriquecían, como sucede con los cuestantes, con lo que recogían para su reedificación.

era, según unos, hija de Catto; según otros, de Arcesilao, y según algunos, en fin, lo era de Cristóbulo, hombre de gran autoridad y reputación en Cirene. Cuéntase que Amasis, durmiendo con su Griega jamás podía llegar a conocerla, siendo por otra parte muy capaz de conocer a las otras mujeres. Y viendo que siempre sucedía la mismo, habló a su esposa de esta suerte: -Mujer: ¿qué has hecho conmigo? ¿qué hechizos me has dado? Perezca yo, si ninguno de tus artificios te libra del mayor castigo que jamás se dio a una mujer alguna.» Negaba Ladice; mas por eso no se aplacaba Amasis. Entonces ella va al templo de Venus, y hace allí un voto prometiendo enviar a Cirene una estatua de la diosa, con tal que Amasis la pudiera conocer aquella misma noche, único remedio de su desventura. Hecho este voto, pudo conocerla el rey, y continuó lo mismo en adelante, amándola desde entonces con particular cariño. Agradecida Ladice, envió a Cirene, en cumplimiento de su voto, la estatua prometida, que se conserva allá todavía vuelta la cara hacia afuera de la ciudad. Cuando Cambises se apoderó después del Egipto, al oír del misma Ladice quien era, la remitió a Cirene sin permitir se la hiciere el menor agravio en su honor.

CLXXXII. En la Grecia ofreció Amasis algunos donativos religiosos; tal es la estatua dorada de Minerva que dedicó en Cirene con un retrato suyo que al vivo le representa; tales son dos estatuas de mármol de Minerva, ofrecidas en Lindo¹⁴⁸, juntamente con una coraza de lino, obra digna de verse; y tales son, en fin, dos estatuas de madera de Juno que hasta mis días estaban en el gran templo de Samos colocadas detrás de sus puertas. En cuanto a las ofrendas de Samos, hízolas Amasis por la amistad y vínculo de hospedaje que tenía con Polícrates, hijo de Eases y señor de Samos. Por lo que toca a los donativos de Lindo, no le indujo a hacerlos ningún motivo de amistad, sino la fama solamente de que llegadas allí las hijas de Danao, al huir de los hijos de Egipto, fueron las fundadoras de aquel templo. Estos dones consagró, en suma, en Grecia Amasis, quien fue el primero que, conquistada la isla de Chipre, la obligó a pagarle tributo¹⁴⁹.

¹⁴⁸ Ciudad de la isla de Rodas.

¹⁴⁹ Parece que Herodoto fue mal informado acerca de la prosperidad del reinado de Amasis, pues mal conviene su narración con las predicciones de los profetas, con el saqueo de Nabucodonosor, y con la de Jenofonte de que Cyro, contra quien Amasis se había coligado con Cresos, se apoderó del Egipto.